DARWIN
EN EL PAÍS
DESCONOCIDO
IGNACIO CONCHA

Índice

Cubierta
¿Qué será de Jemmy Button?
Millares de millas
Niebla como lenguas de mar
Anclas
Ni mapa ni territorio
Alamedas
Un caballo sobre el agua
La isla que salió del mar
Valparaíso, mi amor
Sombras de la plaza
Caldera
Agradecimientos
Créditos

Ese país tranquilo, cuyos contornos son
los de tu cuerpo.

Jaime Gil de Biedma

¿Qué será de Jemmy Button?

Parado en medio de la cubierta del barco, ve que todo se mueve: las islas a su alrededor, el horizonte, las montañas. Y también Wilkinson, a quien tiene enfrente, pero para qué decirle.

—Vaya a dormir, señorito —le dice Wilkinson, cuestión que hace siempre que lo ve embotado, aferrado a la baranda de cubierta—. Hay que dormir, solo así se pasa —repite.

Lo que Wilkinson no sabe, o si supiera le daría risa, es que dormir es peor, porque antes de despertar ya siente al cuerpo perder pie, el estómago comienza su baile y la cabeza no se posa en ningún lado. Es un despertar peor que una pesadilla. No se lo dice para que no haga bromas a su costa. La debilidad no está entre las facultades de un tripulante. ¿Morir joven? Sí. ¿Morir de una infección fácil, ridículamente tratable, dejada ahí por pura desidia hasta que se apodere del cuerpo? También. Pero no este estado intermedio y mezquino de «sentirse mal». No hay nada heroico en «sentirse mal». Escupe al suelo, luego levanta la vista de nuevo. En la luz del día que empieza a caer, definitivamente las islas que lo rodean son ballenas varadas, monumentales ballenas con sus estómagos al aire. Pero mejor aguanta el mareo, porque todo lo que le han dado como solución —encerrarse a dormir, no tomar agua, mirar un punto fijo como un poseído— lo aleja, también, de la vida. Y si es por eso...

El capitán Robert FitzRoy ha bajado desde la popa y se acerca.

—¿Estás bien, Charles?

Charles aún siente vómito en las paredes de la garganta.

—Atento a los movimientos —dice.

—Nos acercamos a Wulaia —dice FitzRoy, dándole unas palmadas (¿de apoyo?) en la espalda.

—¿Una hora más?

—Menos de una hora.

—¿Y ha pensado en lo que le dirá?

—No, no aún —dice FitzRoy, y luego mira al horizonte—. Aunque

me temo que el primero en hablar será él.

Charles lanza una ojeada a FitzRoy y ve que su rostro transmite ilusión. Es que vaya buen carácter que tiene Jemmy. De partida, ríe casi siempre, y solo con mirarlo se adivina su buen humor. Además, siente gran compasión por cualquiera que sufra: cuando a Charles le venían los mareos siempre se acercaba y decía con voz lastimosa: «¡Pobre, pobre hombre!». Pero como había navegado toda su vida, a la vez le hacía gracia que alguien padeciera el mal de mar, así que volvía la cara para ocultar su sonrisa, o una carcajada ahogada en ciertos casos, y para que no se notara seguía repitiendo de vez en cuando: «Pobre, pobre hombre». Aferrado a la borda, haciendo esfuerzos para no vomitar, a veces Charles se daba vuelta y lo pillaba con las palmas en la boca y el cuerpo temblando de risa.

Ya han pasado once meses desde que dejaron a Jemmy, vestido de chaqueta y pantalones, de vuelta en su Wulaia. Entremedio han recorrido la costa de Uruguay y Buenos Aires, investigado el interior y descansado en las playas argentinas por varias semanas, aunque por supuesto lo del descanso no aparece en los reportes a Londres. Ahora vuelven a Tierra del Fuego a buscarlo, y lo hacen siguiendo la misma ruta que hicieron las lanchas el año anterior. Es un trayecto audaz por los vientos huracanados y volubles del noroeste, los mismos que ahora tienen a Charles, de 25 años recién cumplidos, con el estómago vacío y agarrado al mástil de popa.

No es el único del barco que sufre con estos vientos. La señora Daves, que casi no sale de bodega, sufre también al igual que el pequeño George, que a sus 4 años todavía no se acostumbra. Para peor, desde hace semanas la embarcación arrastra problemas que solo se pueden solucionar en Valparaíso, si es que llegan. La botavara está desgastada, y eso que la reemplazaron en Brasil. La vela gavia, de todo lo cosida que está, parece más hecha para filtrar el aire que para retenerlo. Y también se ha extendido entre la tripulación, primero entre los civiles, luego entre los marinos, un fuerte deseo de comer vegetales frescos. El chucrut cansa.

Aun así, y pese a los mareos y a las quejas, el HMS Beagle, bergantín fiel de corta eslora, lleva a Charles y al resto de los tripulantes (dos pilotos, el contramaestre Wilkinson, un carpintero, cinco infantes de

marina, 22 marineros, cuatro grumetes, una cocinera y dos ayudantes de cocina, dos niños, un doctor y Martens, el dibujante) por el canal hacia el estrecho de Ponsonby. Una ola a una ola, de un salto de estómago al otro, atraviesa las llanuras azules y oscuras mientras las montañas redondas pasan por su lado. Tan bien va que FitzRoy se queda junto a Charles conversando. Al principio a Charles no le gustaba conversar mareado, no le gustaba vivir mareado, en realidad, hasta que se acostumbró: era otro Charles, uno peor, quizás, pero el único que podía ser.

—Y aprovecharemos de arreglar las velas, ¿no? —dice Charles, que ahora, con esfuerzo, ha fijado su vista en la vela gavia. La sumatoria es obvia, y es que mientras mejor estén las velas más rápido avanzan, y por lo tanto menos dura el mareo.

—En Valparaíso, no hay para qué antes.

—Vaya que lo necesitamos.

FitzRoy mira la vela gavia.

—Pero, al mismo tiempo, algo en mí se resiste.

—¿Por qué? En cualquier momento estas nos dejan en altamar.

—He navegado medio mundo en este barco. Si se cambian las velas y la cubierta, ¿es el mismo barco? Mi problema es de melancolía.

—Mejor dejar la melancolía que morir en medio del mar. —Así era su yo mareado, algo insolente.

—Entiendo tu punto de vista —dice FitzRoy.

Se escucha un grito.

—¡El estrecho! —dice alguien.

FitzRoy y Charles miran al horizonte de proa. Enfrente de ellos, los murallones de isla Tekenika e isla Navarino se alzan hacia la luz dorada que viene desde el oriente. Entremedio de las dos islas, se abre un pasadizo de no más de unos cientos de metros, el estrecho de Ponsonby, por el que ingresarán a Wulaia.

—Queda poco para llegar —dice FitzRoy, y se acerca a la proa.

Charles piensa en la celebración que habrá al llegar con las papas que quedan de Río Negro, pescados, algún animal, moluscos. Una gran fogata ante la que tendrán que elegir, o lejos de ella, para que los fueguinos no pasen calor, o cerca, calentados pero con los fueguinos transpirando. Y piensa, sobre todo, en el mejor premio: quietud. Tierra

firme. Estabilidad.

FitzRoy le grita a Wilkinson y Wilkinson le grita a Bellany, que parece girar el timón. Los vientos arrecian cuando giran por el estrecho, y la calma llega, al estómago del barco y al de Charles. Sobrepasan la boca del estrecho y luego de unos minutos enfrentan la angostura, situada cinco kilómetros adentro. Son solo unas decenas de metros, de aguas peligrosas por lo bajas, y los marinos atrincan velas, recogen otras y el barco pasa lentamente, con grupos de hombres en cada punta mirando atentos a las orillas. Y hacia abajo, y hacia todas partes. Cuando quedan unos pocos metros para llegar, cuando ya se puede ver la orilla, a Charles le extraña algo, como también les extraña a todos los que miran, asomados por babor, hacia Wulaia: no están las cabañas, tampoco los huertos.

En popa FitzRoy suspende su gesto de preocupación para ocuparse de las últimas maniobras de recalada. Luego todos desembarcan rápido y recorren desconcertados el lugar. No hay nada de lo que dejaron el año pasado, y no se ve ningún rastro de habitantes. Ni de los antiguos, ni de unos nuevos. Se reúnen a unos metros de la nave.

—No veo dónde podrían estar las cabañas.

—¿Las habrán trasladado?

—No lo creo, antes de eso armarían wigwams.

—Pero estaban acá, ¿cierto?

—Acá estaban —dice Wilkinson, malhumorado—. Y allá estaban las huertas —e indica una zona de tierra baldía.

—¿Dónde estarán ahora?

Dónde estarán, piensa Charles, dónde estarán. ¿Qué será de Jemmy Button?

—¿Qué crees tú, Charles? —dice FitzRoy.

—¿Que qué creo yo?

—Sí.

Charles siente las miradas de los demás sobre él. Como encargado científico del HMS Beagle, no tiene la más mínima idea. Se aclara el amargor de la garganta y va a improvisar una respuesta cuando unas figuras asoman entre los árboles, un grupo de yámanas. FitzRoy se da la vuelta y los demás le siguen. Chamberlain y Smith les ofrecen comida. Los yámanas se ven asustados, más cohibidos de lo habitual.

Comen con ansias, y después de largos minutos, en que solo se les escucha mascar y deglutir, hablan.

—Hubo guerra.

—¿Guerra?

—Los onas han hecho una incursión, han muerto yámanas.

—Han muerto. ¿Cuántos?

—Muchos.

—Por eso no hay nadie. Debe haber sido hace poco —dice FitzRoy.

—Si fue hace poco van a volver, ¿no? —dice Smith.

—Los esperaremos, entonces —dice Hopkins.

Wilkinson se adelanta.

—¿Cuántos son *muchos*? —pregunta.

Los yámanas lo miran sin expresión, que es lo que hacen cuando no saben algo o consideran la pregunta estúpida.

La luz del día se va, y la tripulación del Beagle se apura en armar las tiendas. ¿Qué será de Jemmy Button? Mientras lo piensa, Charles, agachado de rodillas en el suelo, arma con piedras un mosaico del tamaño de su tronco. Porque con Jemmy vivo o no, con tristeza o no, es mejor dormir sobre terreno seco. No importa el color ni la edad de las piedras, tampoco si son sedimentarias o graníticas. Planas o redondas dentro, las puntiagudas fuera. A su alrededor se lavantan tiendas. El humo de una fogata serpentea el campamento y el ambiente, que es de cansancio y de tristeza, es interrumpido por algunas bromas mecánicas, de supervivencia. También lo interrumpe Wilkinson, a quien como contramaestre le importa bastante poco cualquier cosa referida a los sentimientos. Segunda autoridad del barco, es el encargado de hacer cumplir las órdenes de FitzRoy o de cambiarlas sin que nadie, en especial FitzRoy, se dé cuenta. Está siempre solícito a discutir con los marinos sobre cualquier asunto de la existencia, pero le encanta hacerlo con todo tipo de cuchillos al cinto y pistolas a la mano, entre ellas una Remington de doble percusión que había arreglado él mismo y que cuelga día y noche a la derecha de su cintura. Recorre las tiendas con ojo vigilante. Luego de cada grito se detiene y le busca la mirada al menos a un hombre de cada pareja.

—Smith y Hopkins, de 10 a 12. Carrick y Eyre, de 12 a 2. Balleny y Biscoe... ¡Balleny y Biscoe! De 2 a 4. Rostron y Brown, de 4 a 6 —al

finalizar dice—: Guardia de a dos, ¿escucharon bien? ¡De a dos! No se hagan los idiotas.

Charles arma la tienda con Balleny y Fisher, los que, al terminar, se echan adentro como sacos. Charles se hace una almohada con sus zapatos y luego se envuelve con un par de mantas. Su espalda agradece las piedras, las acaricia casi. Disfruta de la posición horizontal porque es una posición rotunda: todo está quieto, por fin nada se mueve. La tierra como emblema mismo de la solidez. Respira profundo. Intenta recopilar los sucesos del día, pero ¿cómo lidiar con la desaparición del campamento y de los fueguinos, y con esa supuesta guerra que decían los yámanas? ¿Y si Jemmy está muerto? No sabe qué pensar y su cabeza da vueltas mientras examina posibilidades. Al pasar los minutos, desde las otras tiendas, y desde Fisher mismo, que duerme a su lado y lo empuja a codazos, brotan los primeros ronquidos. La memoria de Charles viaja al día en que llegó por primera vez a Tierra del Fuego. Fue hace trece meses ya, finales de 1832... Ese mediodía el HMS Beagle seguía de cerca la costa atlántica, por el estrecho Le Maire. Mientras se acercaban a la bahía del Buen Suceso, la silueta tormentosa de la Tierra de los Estados se distinguía a través de las nubes. Cuando ingresaron al Canal del Beagle e hicieron la entrada oficial a Tierra del Fuego, Charles comprobó que, tal como le había contado Jemmy, había una gran cantidad de árboles. El mismo Jemmy se encargó de enfatizarlo cruzando la cubierta y acercándose a él.

—¿Ves? ¿Ves que hay muchos árboles? —le dijo Jemmy.

—Nunca dudé —le respondió Charles, mientras miraba con asombro a su alrededor. Y es cierto, había muchos, muchísimos árboles—. Nunca dudé —repitió.

Tierra del Fuego es, definitivamente, un país de montañas, todas ellas cubiertas con una inmensa selva desde la cima hasta el borde del agua. Pareciera que no hay en todo el país una sola hectárea de terreno plano. Pero más que la exuberancia, lo que ocupa la mente de Charles es la idea de que en aquel lugar vería cosas que nunca había visto antes. Para empezar, en todas partes arden fogatas.

—Son para atraer nuestra atención y extender la noticia de nuestra llegada —le dice FitzRoy, que había estado allí antes.

Cada tanto, se ven en la orilla extraños tótems, palos levantados uno contra otro y con ramas y hojas encima.

—Son wigwams —dice Jemmy.

—¿Son qué? —pregunta Charles, mientras saca su libreta de notas, gesto que ya le había ganado bromas entre la tripulación.

—Les llamamos wigwams. Wig-wams —modula Jemmy.

Lo que ocurre es que los fueguinos no forman aldeas sino que se mueven todo el tiempo, y por eso construyen estas tiendas transitorias, hechas de ramas y hojas, en menos de una hora. Viven o arriba de los botes o buceando, y solo en excepciones construyen en un lugar recurrente, una zona por lo general de encuentro azaroso.

Precisamente esa es, piensa Charles antes que el sueño lo venza, la idea del capitán FitzRoy: una aldea más o menos definitiva, y después de un año regresar a ver cómo estaban. Pero ahora esa aldea no existe y no se sabe dónde está Jemmy Button.

Cuando despierta a la mañana siguiente, Charles sale de su tienda y busca a FitzRoy, que pasea meditabundo por la orilla. Camina directo hacia él.

—Creo que sé dónde podrían estar los fueguinos, capitán.

—¿Lo sabes, Charles?

—Tengo algunas sospechas.

La incredulidad en el rostro de FitzRoy casi pasa por desdén. Debajo de esa desconfianza, claro, hay tristeza por su proyecto y preocupación por el destino de los fueguinos.

—Si ya están muertos, más vale seguir rumbo al estrecho de Magallanes —responde FitzRoy—. No nos vamos a estar moviendo por pura ilusión.

—¿Al norte?

—A Valparaíso. A días de mejor sol.

¿Valparaíso? Le han hablado tanto de esa ciudad. Pero Valparaíso, ahora, no.

—Esto queda en el camino —dice Charles con resolución y toma aire —. Jemmy tuvo que haberse ido al lado norte de Tekenika, el que da hacia el canal.

—¿Qué te hace pensar eso, Charles?

—¿Que qué me hace pensar eso?

FitzRoy asiente.

—Bueno, que es imposible que esté en otro lado. Si estuviera por Ponsonby nos habría visto pasar. Y no está en el lado norte de esta isla, porque por allí transitan los onas.

Fitzroy se mesa la barba. Luego mira hacia donde estaban las cabañas, y lo hace con expresión de derrota.

—Podemos invertir un día en seguir al oeste y allí entrevistar a alguna tribu —insiste Charles.

—No lo sé.

—Robert, que no existan las cabañas ni los huertos no significa que Jemmy esté mal.

—¿No?

Cuando hace un año construyeron las cabañas, los fueguinos, partiendo por la familia de Jemmy, estaban felices por la novedad, pero nunca las vieron como algo que los atara al lugar. Ese desapego era lo que el capitán, con sus cristianas ganas de ayudar, no quería aceptar. Para su carácter era más fácil lidiar con la oposición que con lo indiferente y movedizo: si Jemmy no volvió es porque estaba muerto. Por último, Charles apela al sentimentalismo.

—Esté como esté, será importante encontrarlo. Usted sabe a lo que me refiero.

FitzRoy hace una ligera mueca, quizás de emoción. Se acerca Wilkinson, que ya ha escuchado parte del diálogo. Viene mascando unas hojas. Siempre masca algo, Wilkinson.

—Podemos perder un par de días —dice Wilkinson.

—Es verdad —dice FitzRoy, cada vez más convencido. Y para nombrar la razón definitiva, y sobre todo una que sea suya, añade—: Por otra parte, no nos veo en Le Maire con esa tormenta.

FitzRoy dirige su mirada a un punto del cielo, y Charles y Wilkinson la siguen. Encima de Tekenika planea una inmensa nube negra.

—Lo pensaré. Gracias, Charles.

Mientras se aleja, Charles escucha que FitzRoy y Wilkinson hablan entre ellos.

A un lado del barco, un grupo de tripulantes conversa con dos hombres yámanas. Charles se acerca y se queda un poco más atrás observándolos. Nota el modo en que mueven sus cuerpos, en que

indican lugares, en que sonríen con distancia y asienten comprometidos. Uno de ellos lleva un collar rojo en su mano, material inglés, probablemente, tomado libremente o intercambiado por pescados. Es el más expresivo de los dos. El otro, bajo y que parece más combativo, pero también más tímido, reafirma a su compañero y a veces complementa lo que dice con gestos de ofuscación. Una vez que dejan de hablar esperan quietos lo que contestan los ingleses. En cierto momento, el yámana bajo advierte que la mirada de Charles hacia ellos es distinta, más pesada. No interrumpe ni inquiere detalles, no es puramente práctico. Lo mira de vuelta mientras hace un gesto a su compañero, y Charles, inhibido, lleva su vista hacia los árboles.

A la media hora, la noticia del zarpe a Tekenika se desperdiga entre los hombres como una ola que los alcanza lenta e inexorable. A Charles le pone contento seguir en la búsqueda de Jemmy, pero también se da cuenta de que la tripulación embarca en silencio, presa del mismo ambiente aciago y de nubes bajas que sufre hace semanas. A muchos en el Beagle les gustaría ver a Jemmy, pero no hay duda de que desean mucho más estar en Buenos Aires.

De nuevo, otra vez, todo se mueve, y antes de salir del estrecho llega la tormenta. Al principio son unas cuantas gotas, luego un aguacero que cae de frente, con gotas que se clavan en la cara y obligan a cerrar los ojos. Las orillas del estrecho se desdibujan; Byrne e Smith se plantan en los bordes de la proa y desde ahí sondean las proximidades. Sus gritos al timón los recibe un alerta Bellany, que se esfuerza en llevar el Beagle por el centro del estrecho aunque no sepa, como no sabe nadie en el barco, cuál es ese centro. Luego de un rato entran al canal, y pese a que la tormenta mantiene su fuerza, ya han dejado atrás la amenaza de chocar con tierra. Charles se acomoda el sombrero; camina a babor y entra al gabinete. Desde el gabinete desciende por la escalera de popa. Lo hace con cuidado, procurando bajar más lento que el agua que entra como a baldazos por la puerta y cae a saltos por los escalones hacia la bodega. Abajo, en medio del comedor a oscuras, porque arriba la tormenta es tan cerrada que apenas deja entrar rayos de luz al interior, una mujer y un niño de unos 10 años juegan a cartas. Juegan totalmente ajenos a la navegación, y lo único de su actuar que evidencia dónde están es que

cuando uno de ellos deja las cartas sobre la mesa, el otro se acerca a pocos centímetros y aguza la vista.

—Un as y dos 3.

—Yo tengo dos reyes y tres 5 —dice el niño, y deposita las cartas en la mesa.

La mujer acerca su rostro y aguza la vista.

—Dos reyes y tres 5, vaya —estudia sus cartas, mientras dice en un tono que promete revancha—: No está mal. No está nada de mal.

Charles se sienta sobre un banco, apoya su espalda en el muro y cierra los ojos. No tiene mareos, no aún, al menos, y eso le hace recibir los bamboleos del barco con un aplomo poco común en él. De todos modos, si le dan ganas de vomitar, desde esa posición con tres pasos está en cubierta. No es como el año pasado, además, cuando larguísimas y terribles tempestades en Wollaston y Nassau les obligaron a refugiarse en Falso Cabo de Hornos. Las paredes del canal del Beagle moderarán el oleaje, y confía en que, en ese mismo canal, encontrarán a los fueguinos. Los fueguinos... Fueguia Basket tiene, ¿o tenía?, ¿estará viva, acaso?, un cerebro privilegiado. En cada puerto que recalan aprende el idioma, y ya sabe inglés, español y portugués. York Minster es de mediana edad, grueso y fuerte. Es enérgico cuando se enoja, pero quiere mucho a sus amigos de a bordo. Poco antes de llegar a Tierra del Fuego estaba celoso de cualquier atención que se tuviera con Fueguia, por lo que Charles supuso siempre que la haría su mujer apenas llegaran. ¿Qué habrá ocurrido? Jemmy Button es, era, en extremo vanidoso: siempre con guantes, se hacía cortar el cabello y se enojaba mucho si alguien le ensuciaba sus lustradas botas. Por muchas razones, es el favorito de la tripulación. Un atributo común a los tres es que ven a la distancia mejor que cualquier marino; por eso cada vez que Jemmy se enojaba les decía, sarcástico: «¡Yo veo barcos, ustedes no!».

Charles abre los ojos. Bajan marinos empapados desde cubierta, y otros tantos suben. Al fondo, cerca de la hamaca de enfermería, dos siluetas de marinos, acostados sobre sacos, conversan. Un poco más acá, cerca de babor, O'Malley y un joven callado de nombre Russel pelan papas, de las últimas que quedan. Las olas golpean con fuerza las paredes de la nave. Cierra los ojos de nuevo.

—No sé si viene para acá porque hay menos movimiento o para que no lo vean mareado y se burlen de usted.

Por la voz Charles reconoce a Mrs. O'Hara, la cocinera.

—Ambas —Charles le habla al vacío, sabe que es ella pero no sabe dónde está.

—Me parece que más la segunda.

—Puede ser. No es lo más honroso, que digamos —dice Charles, con una ligera sonrisa.

Mrs. O'Hara da un soplido.

—Esa es cosa de marinos, mister. Ninguna mujer lo dejará de querer por marearse.

—¿No?

—No.

Al día siguiente ya no hay lluvia. Cuando sube a cubierta, se entera de que durante la noche FitzRoy decidió recalar en una entrada, lo que hizo que los vientos de la tormenta se transformaran en suaves y esporádicos tironeos al ancla. Por eso durmió tan bien, entonces. Al amanecer, cuando ya FitzRoy dormía, los marinos advirtieron que la entrada era parte de una bahía en toda ley, y que solo tenían que acercarse y abarloar. Ahí es donde están ahora. Con sus ojos todavía acostumbrándose a la luz, Charles observa admirado la gran montaña que se cierne sobre la bahía. Primero, comenzando desde la orilla, una zona de árboles que llega hasta una altura de 400 o 500 metros, después, más arriba, una zona de turberas, cubierta de lo que al parecer son plantas alpestres, y al final una línea de nieves eternas con la cumbre blanca encima.

A mediodía, FitzRoy envía dos balleneras con hombres a recorrer la costa de Tekenika. Charles pasa el resto del día fuera del barco, merodeando el bosque cercano a la orilla. Recoge algunos hongos, hace anotaciones en su diario, pero el trabajo no aplaca su ansiedad. A la mañana siguiente lo mismo, hasta que los botes vuelven. No hay ninguna noticia de los fueguinos.

Con la tristeza transformada en irritación, Charles mira la montaña y decide subir a recolectar. Antes de entrar al bosque se cruza con Smith, que se dirige hacia el barco con un tronco sobre los hombros.

—Voy a hacer recolección más arriba —dice Charles, sin detenerse.

Smith gira con el tronco encima, lentamente, y observa con detención la montaña.

—¿Necesita compañía, mister?

—No, gracias.

—Cualquier cosa grite fuerte.

Temían que se perdiera, eso era lo que ocurría. Ya iban dos años de Porto Praia y aún temían que se perdiera.

Camina hasta el río y mete sus pies dentro del agua. El piso se siente duro y firme. Empieza a avanzar y, luego de unos metros, el río, que llega a la orilla en diagonal, gira y sube hacia la montaña. Al principio, en el primer centenar de metros, cataratas y troncos le cortan el paso, pero después el caudal se ensancha y puede seguir tranquilo las orillas rugosas. Con el ancho que ahora tiene el río se distinguen con facilidad los Fagus betuloides y otras especies de Fagus. La primera vez que vio la Patagonia, desde el barco, le pareció idéntica al Amazonas, pero al recorrerla se dio cuenta de que aquí reina la muerte, que el país completo es una enorme masa de peñascos, colinas elevadas y selvas inútiles, que a todo lo envuelve tormentas constantes y una niebla perpetua. Los bosques están llenos de árboles sin raíz y otros que, aún de pie pero podridos hasta la médula, están por caer. Oh, paradoja, lo más vivo de esta tierra son los monstruos inmensos y fabulosos que susurran su presencia: mandíbulas tres veces la de una vaca, huesos del largo de un hombre, marcas en rocas hechas por seres del tamaño de un barco, si es que no más grandes.

Luego de una hora se acaban los árboles y empiezan las turberas. Sus pies se hunden hasta los tobillos, y cuando siguen hacia abajo intenta cambiar rápido el apoyo. Después de trescientos metros de miseria alcanza una falsa cumbre. Al llegar, respirando fuerte, se da vuelta y mira el horizonte. El canal del Beagle parece ir fuera de este mundo. Bello, sin duda, pero a la vez con un filo traicionero, una música aguda que amenaza con atraparlo. Por eso prefiere los bosques y las plantas a mirar al infinito, ese infinito.

Más arriba la turba se endurece, por el frío y la cercanía de la nieve, y eso le ayuda a avanzar más rápido. Pronto alcanza el borde de la montaña, que continúa a la derecha hasta llegar a la cumbre. Al otro lado de la montaña, en la ladera opuesta a la que ha estado subiendo,

el agua sale a borbotones desde una roca, formando un riachuelo que, cascadas aquí y allá, cae cientos de metros hasta una especie de llanura. Charles mira el espectáculo absorto. Luego se gira y mira hacia el canal del Beagle. Ahí está la bahía y el barco, tan pequeño como un escarabajo. Se sienta a horcajadas, con sus brazos apoyados en las rodillas, y deja que el viento helado le enfríe el sudor. Con las dos manos se estira los pelos enmarañados desde las sienes y respira hondo. El viento lo empuja hacia atrás. Cuando inhala siente el aire frío que recorre sus pulmones, un fuelle que abomba sus recuerdos.

—¿Y él? —pregunta Charles.

—Y él, ¿qué? —pregunta Jemmy, que desde que entraron a Tierra del Fuego se mueve excitado para explicar cualquier aspecto de su país. Lo que Charles ha visto recién es un fueguino en una playa solitaria, sin nadie más alrededor.

—Ah. Ese es un hombre salvaje —dice Jemmy, y con su dedo dibuja, en el aire, un tirabuzón cerca de la sien. Jemmy dice «salvaje» para querer decir «loco». Una mezcla de loco y malvado.

—¿Y eso es normal?

—A veces —dice Jemmy, muy serio—. A veces.

Charles abre los ojos. Allá abajo el barco pequeño y frágil, los hombres como hormigas. El viento sigue tratando de hacerle perder el equilibrio.

Se levanta y se cierra la chaqueta. El cielo ha empezado a perder color. Baja, a medias cayendo, por la zona de turbas. Al llegar a la zona de árboles camina por el río y acelera el paso cuando ya no queda luz. Al final, en completa oscuridad, ve al fondo de un túnel de ramas la silueta de un hombre con un machete y una lámpara. La silueta mira hacia él.

—¡Mister!

—Ea, ¡aquí! —dice Charles.

Otra silueta se incorpora a la primera.

—Ah, muy bien. Ya íbamos a buscarlo —dice Chamberlain, el de la lámpara, cuando Charles los alcanza.

—Smith nos avisó. Una noche fría le esperaba, ¿eh? —bromea Vardy, el otro hombre.

—Se fue recién la luz —dice Charles, que no quiere dar

explicaciones pero las da igual.

—Son bromas, mister —dice Chamberlain—. ¿Buena recolección?

—Muy buena —dice Charles. Hablar de su labor era el modo de no decir lo que pensaba. Además que podían tomar su tristeza por cansancio. Siempre funcionaba, el profesionalismo.

—En el barco se rumorea que nos iremos pronto. Una lástima lo de los fueguinos, pero son cosas del capitán —dice Vardy.

—Llevamos mucho tiempo con las ropas húmedas —dice Charles, y sabe que lo que dice es verdad.

—Sí, hay que seguir adelante —concluye Chamberlain.

—Así es —dice Charles—. Hay que seguir adelante.

Atrás de los últimos árboles, el Beagle flota a la orilla de la bahía y el cielo sobre la cordillera, al norte del canal, escamotea los últimos rayos de luz. Como pocas veces en la Patagonia, el agua está calma: pequeñas olas chocan con las paredes del barco, tan suaves que no alcanzan a hacer ruido. En la orilla, un grupo de hombres, en el que Charles cree ver al capitán FitzRoy, se reúne en torno a una fogata, mientras en cubierta algunos tripulantes conversan en voz queda.

Pasa por los grupos sin entablar conversación. Baja a su camarote, se saca las botas mojadas y se sienta sobre la litera. Toma su diario. Se escucha el crujido lento de las maderas, unos pasos en cubierta retumban de forma apagada. Abre el diario y recorre sus páginas. Allí se lee:

> «¿Qué ha podido obligar a una tribu de hombres a abandonar las bellas regiones del norte, a seguir la Cordillera, esa espina dorsal de América, inventar y construir canoas que no emplean ni las tribus de Chile, Perú y Brasil, y venir a poblar uno de los países más inhóspitos del mundo? No hay razón para creer que los fueguinos disminuyan en número; por lo tanto, disfrutan de una parte suficiente de felicidad, de cualquier tipo que sea, para hacer que la vida valga la pena.»

Lee de nuevo: «Para hacer que la vida valga la pena». Tres páginas más adelante:

> «Tierra del Fuego: Los árboles crecen hasta una altura de 300 a 500 metros sobre el nivel del mar, después viene más arriba una zona de turberas, cubierta de plantas alpestres muy pequeñas, y luego la línea de nieves eternas, que según el capitán King desciende en el estrecho de Magallanes hasta una altitud de

entre 1000 a 1300 metros. En todos los sitios recubre el suelo una espesa capa de turba pantanosa. En el interior de las selvas el suelo desaparece bajo una masa de materias vegetales que se pudren lentamente y que, empapadas de agua, ceden a la presión del pie.»

Y luego:

«Una de las cosas que más me ha sorprendido de Tierra del Fuego es la elevación aparentemente pequeña de las montañas, cuando son, en realidad, altísimas. Ya creo saber por qué. Se debe a que la masa entera, desde el borde del agua hasta la cima, se ofrece a la vista. Las montañas intermedias tienen un efecto en la apreciación de la altura.»

Avanza el cuaderno hasta el primer espacio en blanco. Toma su pluma y la hunde en el bote de tinta. De golpe, se abre la puerta del camarote. Charles y FitzRoy se miran. FitzRoy da unos pasos, se sienta en su litera, que está frente a la de Charles, y comienza a sacarse las botas.

—¿Qué hay? ¿Buena excursión? —dice FitzRoy.

—Sí.

—Bien.

Luego, viene un silencio solo cortado por el sonido de los lazos de las botas al deslizarse por los ojales. Entonces Charles hace una pregunta para la que imagina la respuesta, pero que sabe que debe hacerla de todos modos.

—Qué dice, capitán, ¿cree que los encontraremos? —interrumpe Charles.

FitzRoy mira sus botas un segundo y luego levanta la vista.

—Mañana nos vamos al norte, Charles.

—Entiendo.

FitzRoy deja de desanudarse y pone su espalda en vertical.

—Hasta este momento, he contenido la paciencia de la tripulación, y la mía propia, con el argumento de que el tiempo en el Atlántico estaba malo. ¿Y si salía el sol? Aunque parezca increíble, hoy miraba al horizonte preocupado de eso, de que saliera el sol y las tormentas amainaran —FitzRoy indica hacia afuera—. Pues bien, ya no hay tormenta y asoma el sol entre las nubes.

—Y nadie sabe qué pasó con los fueguinos.

—Eso, sobre todo.

—Me equivoqué, capitán. Supuse que estarían por acá, pero quizás están en otra parte. O están muertos.

—Sí —FitzRoy da un suspiro—. Fue una misión que no prosperó. Como tú sabes, el origen de este viaje fue devolverlos a su tierra. Los devolvimos, y la tierra se los tragó.

—Confío en que su esfuerzo no será en vano, Robert...

—¿Por qué?

—Bueno, si usted cree en Dios...

—Dice el aspirante a párroco —lo interrumpe FitzRoy, y vuelve a sus botas. Desde Brasil, cuando Charles empezó a hablar de su descreimiento en Dios y de la «verdadera» edad de la Tierra, que FitzRoy le hace comentarios. Pero la dureza con la que ahora lo interrumpe sugiere que se da cuenta de que su muy querido proyecto de evangelización, en el que ha invertido tanto esfuerzo, se ha ido a pique. La misión oficial del Beagle es cartográfica, pero nadie que conozca a Robert FitzRoy pensaría que es su misión más importante.

—Lo que quería decir es que si usted cree en Dios —retoma Charles, con el tono más suave que tiene— entonces Dios estará mirando y premiará sus buenas acciones. Estoy seguro de ello.

—¿Y si Dios no existe? —dice FitzRoy.

—Entonces sus acciones —dice ahora Charles, en un tono seguro— serán juzgadas por quienes lo conocemos, capitán.

—Por supuesto que Dios existe, lo dije para probarte. ¿Crees que quiero ser juzgado por quienes me conocen?

—¿No?

—Puedes apostar —dice FitzRoy, y se saca la bota.

Al día siguiente, unos gritos despiertan a Charles. Son de Balleny y Smith. Charles sube a cubierta.

—¿Jemmy?

Jemmy, o un fueguino que a lo lejos se parece a Jemmy Button, rema hacia ellos, mientras algunos de sus compañeros suben sus canoas a la orilla. El fueguino del bote saca agua del mar y con ella se friega la cara y se quita la pintura. Solo después de eso saluda.

—¡Jemmy!

Jemmy da otro par de remadas, se pone de pie y se sujeta a una

cuerda de estribor. Mientras trepa se escuchan los sonidos cóncavos de su barca rebotando contra la madera del barco. Salta a cubierta.

—Mister —dice Jemmy, que extiende su mano con una sonrisa de oreja a oreja.

Charles le da un abrazo. Se acercan tripulantes y lo saludan con vítores y palmetazos.

—Creímos que estabas muerto —dice Charles sonriente.

Jemmy mira a Charles como si de una idea ridícula se tratara.

—Pues no.

—Me alegro entonces. Bienvenido a bordo.

Charles echa un vistazo a los fueguinos de la orilla. Han dejado allí sus barcas y se han sentado sobre las conchas. Miran con atención a los tripulantes del Beagle, que se agrupan unos metros más allá, salvo uno de ellos que pone su cara al cielo esperando que nada más pasar la nube se derrame la luz sobre su piel mojada. Sobre una roca hay unos pescados, al parecer recién colocados allí.

—Está todo igual —dice Jemmy, en tono de crítica.

—No hay nadie que desordene. ¿Y sabes algo de York? ¿Y de Fueguia?

—Nah —la expresión alegre de Jemmy se evapora.

—«Nah», ¿qué?

—No quiero hablar de eso.

—¿Qué pasó?

Jemmy bota aire.

—Ese endiablado de York me engañó, se llevó todas mis pertenencias. Un día... —se acerca Balleny—. ¡Ea!, piloto. ¿Ves mejor? ¿Has necesitado ayuda?

—Ninguna, Jemmy, te prometo que no —dice Balleny.

—Sí, seguro que sí —dice Jemmy, y se ríe. Luego vuelve a mirar a Charles y retoma su expresión de enojo—. Bueno, un día ni York ni Fueguia estaban, y tampoco mis mantas, mi hacha y un montón de otras cosas.

—¿Y dónde está?

—No lo sé y no me importa. Escondido estará, o se fue de vuelta donde los terkeraan.

Charles quiere más detalles, como siempre, pero no quiere poner a

Jemmy de mal humor.

—Qué bueno verte vivo —termina por decir.

—Fuimos a buscar una ballena al final del canal. Estaba podrida. Ni enterrada la salvábamos.

Cuando Jemmy termina de saludar a los tripulantes que lo rodean, incluido el pequeño George, que en los últimos meses ha ganado varios centímetros, se sienta sobre un cajón cercano al segundo mástil y cruza un pie sobre la rodilla.

—¡Estábamos a punto de irnos! —dice Wilkinson.

—¡Tú querías irte! —le responde Jemmy.

—Si te escondes tanto —masculla Wilkinson.

—No saben buscar —dice Jemmy mientras niega con la cabeza—. No saben buscar. No sé qué es peor, si ustedes o los onas.

—Nosotros, Jemmy —dice Charles.

—La diferencia con los onas es que nosotros miramos más lejos —apunta Bellany.

Jemmy sonríe de buena gana.

—Seguro que no, a ustedes hay que ayudarlos.

—¿Y qué tal los meses aquí? —dice Smith.

—Bien, muy bien. Caza, botes, pesca. Lo de siempre. Lo único es que a veces me confundo y ocupo palabras en inglés.

Charles lo había visto. Al dejarlo en Tierra del Fuego, Jemmy le hablaba en inglés a su hermano, y como el hermano no entendía Jemmy remataba en español con un irritado «¿entiendes?».

Jemmy se levanta de nuevo y camina por cubierta. Por la escalera siguen subiendo marineros que se topan de sorpresa con él, alguien que estaba muerto y ahora vivo. Para burlarse Jemmy los saluda con los ojos muy abiertos, como imitando a un espíritu. Pero cuando ve subir a FitzRoy se pone serio.

—Capitán.

—Querido Jemmy.

Sin apenas mirarlo FitzRoy le da un abrazo.

—Qué bueno encontrarte.

—Lo mismo, lo mismo —dice Jemmy, que le da unas palmadas en el antebrazo.

—Muchas cosas de las que hablar.

FitzRoy advierte que hay otros fueguinos en la orilla.

—Invita a los demás.

—Están bien así.

—Les llevaremos comida, entonces —dice FitzRoy, y le lanza a Smith el gesto correspondiente.

Jemmy entra al puente de mando y tras él algunos marinos: para muchos de ellos es la primera vez allí. Entran con sigilo y se apoyan contra las paredes. Se favorecen del ánimo distraído y benevolente de FitzRoy, aunque es más justo decir que para todos es un evento especial y esa alegría borra de forma momentánea las jerarquías. Jemmy da vueltas, inspecciona cosas, cambia otras de lugar. Jemmy, FitzRoy, Charles y Wilkinson se sientan. También Bellany, que por ser piloto y ser sagaz siempre se las arregla para incluirse.

—No me quiero ir, capitán. Estoy contento —dice Jemmy, adivinando de qué se trata todo.

—¿Estás contento?

—Sí, estoy contento.

—Muy bien.

—A veces usa palabras inglesas —dice Bellany.

—Sí, y quedo como loco —dice Jemmy, y todos ríen. Jemmy un poco menos, si supieran lo que es.

—¿Y qué hay de las cabañas y los huertos? ¿No siguieron ahí? —dice FitzRoy, muy serio.

—Hubo un ataque de los onas —dice Jemmy.

—Eso supimos.

—Y luego de eso... —Jemmy encoge los hombros—. Hay muchas islas.

—Wulaia era un buen lugar.

—Los onas buscan tesoros y objetos ingleses. Que ocupen lo que quieran, ya volveremos.

—¿No les dan ganas de establecerse ahí y defenderlo? Honrar lo divino requiere un lugar fijo, Jemmy. Wulaia es protegido del viento y las corrientes —dice FitzRoy.

—Todo ese estrecho, entre las dos islas, es protegido. Y esta bahía también lo es —dice Jemmy, quien, al igual que Charles, no quiere más con lo divino.

Llegan marinos con papas y muchos pescados. También lapas, tucutucus y choros. FitzRoy interroga largamente a Jemmy sobre Fueguia y York, tratando de salir de su decepción. Al terminar de comer, y entre el collar de conversaciones y ruido que por entonces se ha formado y les rodea, Jemmy pregunta a Charles y FitzRoy por sus planes. Charles toma la palabra.

—Iremos al este hasta la bahía del Buen Suceso. Luego seguimos por el océano, y giramos en el estrecho de Magallanes.

—¿Y después?

—A Puerto Hambre. Y después más al norte —dice FitzRoy.

Jemmy mira a Charles como estudiándolo.

—Lejos, muy lejos.

—Sí —dice Charles.

—Ya veo —dice Jemmy.

—Lo importante es que estás bien —dice FitzRoy.

—Queríamos saber cómo estabas —dice Charles.

—Entiendo —dice Jemmy, y ninguno de los tres se siente cómodo.

Después de un rato, cuando ya varios de los marinos se han ido de la habitación, salen y caminan por cubierta. Pronto el Beagle zarpará: hay cielo despejado, sopla viento oeste, no hay nada más que hacer allí. No hay una aldea que cuidar, ni siquiera un Dios, lo que empuja las ansias de FitzRoy y de todos los demás. Salvo para Charles. ¿No será posible quedarse unos días más? Ni siquiera lo pregunta.

Cuando comienzan los movimientos de velas se escuchan unos gritos desde la orilla. Una mujer fueguina grita. Jemmy grita de vuelta.

—Koulana mar'po payaká. Payaká akar.

—¿Quién es? —pregunta Charles.

—Es mi mujer. Cree que me iré con ustedes.

—Así que tienes mujer.

Los gritos continúan.

—Le digo que no me iré en el barco, pero no me cree.

Jemmy se despide rápido de los marinos, y de FitzRoy y Charles.

—Adiós, Jemmy, la Gracia sea contigo.

—Adiós, capitán —dice Jemmy, que, como siempre, no se cree la solemnidad de FitzRoy.

—Adiós, Jemmy, cuídate mucho.

—Señorito Charles, lo mismo digo, lo mismo digo.

Jemmy se mete al agua y nada hacia su canoa, que flota entre unas rocas. La empuja hacia la orilla y bracea detrás de ella.

Luego de un rato, el Beagle desabarloa. El timón gira a babor ayudado por FitzRoy y Balleny, la vela gavia se levanta y Wilkinson les grita a todos, lo merezcan o no; la orilla se aleja. Charles, indiferente al ajetreo a su alrededor, mira a tierra. Allí Jemmy ha encendido una fogata como despedida. ¿Qué será de Jemmy? Charles sabe que nunca más lo volverá a ver. Levanta su brazo y hace una señal de despedida. Jemmy hace lo mismo. Poco a poco, su figura con el brazo en alto se empequeñece.

Unos minutos después el Beagle avanza veloz por el canal hacia el Atlántico. Como pocas veces, desliza con suavidad su estómago por las olas, es más viento que agua. Algunos marinos hacen bromas, contentos de alejarse de esa tierra gélida, y otros miran lacónicos el horizonte, quizás pensando que donde sea que vayan estarán igual. Charles se sube el cuello de la chaqueta y mira las montañas. Piensa en su amigo. ¿Y qué ganará Jemmy, de que le servirá? Probablemente de nada. Probablemente el deseo noble del capitán de mejorar la vida de los fueguinos, y al que se ha dedicado con más devoción que a sus rezos y al levantamiento cartográfico, es una fantasía. Agradece haber conocido a Jemmy, lo echará de menos, pero no se engaña: no está seguro de que haya sido útil en ningún grado...

Pero puede que los fueguinos sí le hayan sido útiles a él. Charles respira profundo y acaricia ese pensamiento con ardor. Mientras el barco gana metros sobre la llanura azul, intenta aquilatar el significado de su idea, que sabe que es tan grande (más grande que él mismo, por supuesto) que está seguro de que se le escapa en todos sus efectos. Los indígenas no son una especie distinta: observándolos no ha podido descubrir un solo rasgo que les pertenezca a ellos y no a los ingleses. Dicho de otro modo, esa mentada línea de separación no existe. Y si esa línea de separación entre yámanas e ingleses no existe, entonces el mundo no es en lo absoluto como dicen que es.

Millares de millas

Montado como un jinete sobre la rama alta de un árbol situado en la cumbre de un monte en la Patagonia, Charles se pregunta si es que podrá bajar del mismo modo en que subió. Trepar ha sido fácil, solo poner un pie delante de otro, una mano agarrada firme a la superficie del árbol —con hongos, musgo y corteza suelta que caían por los lados al vacío— y empujar para poner la otra y seguir. Al llegar arriba, ya cuando la rama crujió, quiso bajar. No es tan sencillo, se dio cuenta en ese momento, ya que para eso debe darse vuelta, y para darse vuelta debe hacer equilibrio sobre el vacío, un equilibrio bastante frágil y precario si se compara con estar tan solo ahí sentado, sin moverse.

—¡Aló! —grita a lo lejos—. ¡Alguien! ¡Aló! —grita de nuevo.

No hay nadie, es obvio. La selva a sus pies es tan espesa que no solo le exigió tres horas para el ascenso, sino que además, ahora, impide que su grito se extienda y lo salve.

Considera de nuevo la situación. De partida, la densidad esclerófila de abajo —llena de enredaderas y helechos gigantes— no es suficiente para amortiguar su caída. Se quedará allí. Por supuesto que lo buscarán, lo llamarán y alguno de los boteros, tan fuertes que suben los mástiles como si caminaran, lo ayudará haciéndole bromas de cómo el señor se mete en tamañas aventuras no aptas para su condición ni formación. Eso en su variante elegante. La tripulación murmurará, claro que sí. Pero eso es mejor que morir.

Ahora bien, si lo piensa, es cosa de pasar ese trance en que el abismo se abre y luego de eso estará en posición segura para ir deslizándose a la zona de ramas. Toma aire... no, mejor no. Mejor esperar. En la posición de jinete estático y en la altura que ya tiene asumida, suspira y mira al infinito. Resignado, escucha pasar el tiempo.

A medio kilómetro de allí, Hopkins y Smith caminan raudos en dirección a la cumbre. Como encargados del bote que debe llevar de vuelta a Charles Darwin al Beagle, saben que volver sin el joven no es

una opción, ya que en esas latitudes una noche a la intemperie sería mortal. A pesar de que aún quedan horas de luz, deciden subir por precaución. Ya conocen el carácter excéntrico del mister, que bien puede hacerle estar allí más de lo conveniente o perderle en el camino por alguna rama o insecto que se cruce a la vista. De hecho, en Río de Janeiro perdió el equilibrio por mirar una inmensa pared de granito, y si no fuera por el brazo oportuno de Chamberlain quizás se hubiera quedado tieso y para siempre en esas tierras.

Entre los marinos se comentan sus ensoñaciones y carácter introspectivo, ese quedarse mirando el vacío o un alga en el mar para sacar conclusiones. Algunos en el barco vinculan esos momentos con el estudio de las escrituras. ¿Vería la cara de Jesucristo en el perfil de una montaña, o señales para interpretar el futuro en los detalles de una hoja? Otros decían que pensaba en cualquier cosa menos en eso. Nadie sabe, y solo la condición de aristócrata y la cara amarga del capitán FitzRoy le ha salvado de más bromas.

Hopkins, que va adelante y usa su machete de forma hábil e impaciente, es completamente calvo y viste una chaqueta raída apretada al cuerpo. Tiene cara de pocos amigos, expresión que con esta tarea de subir la montaña se acentúa. Si tan solo el señorito subiera y bajara en las horas convenidas. Smith, por su parte, desde hace un rato está en mangas de camisa, para aprovechar el buen clima. Es casi dos cabezas más bajo que Hopkins, pero tan ancho de hombros, de hecho, más ancho que alto, que pese a su estatura equipara en potencia física al resto de los marinos del Beagle. A diferencia de Hopkins, no le mosquea subir el cerro, ya que esperar en el bote es bastante aburrido. Y quién sabe, quizás en la cumbre hay una buena vista.

Por lo demás, piensa Smith, volver sin Charles les ganaría latigazos y encierro por un par de días, si es que no el abandono en Puerto Hambre. Al igual que su compañero Hopkins y el resto de los marinos, comparte la extrañeza ante las ensoñaciones del joven geólogo. Resulta que para el mister una montaña no es una montaña, sino que una especie de texto en donde lee una serie de lenguajes. Para qué decir una planta, un animalejo, algo hay en ellos que los mira en silencio, guarda pieles y ejemplares, estudia ramas recogidas del suelo. Para

Smith, en cambio, la naturaleza es la naturaleza, una tormenta que se sufre y se espera que pase o un buen chapuzón en el mar una límpida tarde de verano. En fin, que producto de esa mirada especial es que suben, porque quizás en qué asuntos anda el señorito.

—Creo que ya llegamos —dice Smith.

—Eso mismo dijiste hace un rato —dice el malhumorado Hopkins, sin dejar de cortar ramas y apartarlas a un lado.

—Ahora se ve la cumbre, ahí está.

A Hopkins le gusta escuchar eso.

—Sí, sí, muy bien.

Smith se detiene y pone las manos alrededor de su boca.

—¡Eh, místeeer! ¡Eh, aquí! —vocea.

Se quedan escuchando. Nada.

—Bueno, lleguemos a la cumbre —dice Hopkins.

Un poco más arriba en la montaña, Charles aún duda si deslizarse por el tronco. Tan solo apoyar su pie en ese brazo del árbol más abajo, y luego podría bajar bien. Ya ha estirado su pie derecho, y está en eso cuando escucha un sonido sobre su cabeza, un batir de alas. Y ahí lo ve. Una especie de halcón pequeño, un *phalcoboenus megalopterus* o alguna especie parecida. Un ejemplar magnífico. El ave se detiene a tres metros de él. ¿Lo ha visto? Al parecer no. Se parece mucho a uno que vive a millares de millas de ahí, en Escocia, pero no es exactamente igual. Charles se queda quieto, congelado, a pesar de la posición incómoda en que está y que le hará resbalar en cualquier momento. Aferra sus brazos al tronco y lo observa. Las alas, el pico, la zona roja alrededor de los ojos, el pecho altivo y moteado de grises... De repente escucha un ruido.

—¡Eh, mister!

Justo ahora. Solo debe quedarse quieto y observar, solo aprovechar ese momento.

—¡¿Señorito Darwin, está por ahí?!

Las voces de Hopkins y Smith se acercan. Si tan solo se dirigieran hacia el otro lado, piensa Charles, y él resuelve después cómo bajar. Puede lanzarse a los arbustos, qué más da. Abajo, los marinos caminan mirando en derredor, a las ramas también, porque saben que incluso ahí es posible encontrar a Charles. Se detienen a tomar aire. Hopkins

apoya su mano libre en la cadera.

—Bueno, yo no sé. A menos que esté en la cara sur del monte, pero no creo.

—Yo tampoco creo. O está por aquí o ya bajó.

Smith mira hacia el cielo y parpadea varias veces. Le pega un codazo incrédulo a Hopkins.

—¿Ah? —dice Hopkins.

Smith indica hacia arriba.

Justo encima de ellos, pegado al tronco, estático, se encuentra Charles, mirando hacia un punto en las copas.

—¿Y qué le pasa a este? —dice Hopkins.

—Eh, mister, aquí —dice Smith con suavidad, ya sabiendo que no es necesario gritar.

Para sus adentros, Charles lamenta que lo hayan encontrado.

—Mister? ¿Está bien?

El halcón mira con aprensión hacia los nuevos visitantes. Hopkins clava su machete en el suelo y se acerca al árbol.

—¡Ea! ¡Quién vive! —dice, y le pega unas palmadas al tronco, generando vibraciones que llegan hasta arriba y ponen al ave nerviosa.

Brutos, piensa Charles. Hopkins mira a Smith y se encoge de hombros, como diciendo «yo no sé».

—Mister, ¿necesita ayuda? Porque la luz se nos va y tendremos que subir por usted —dice finalmente Smith.

Charles va a arriesgar su vida y soltar uno de sus brazos para indicarles que se callen, pero el halcón se inquieta por las voces y mira en todas direcciones. Y ahí es cuando ve a Charles. Lo mira un segundo, se miran el uno al otro, científico y halcón, halcón y Charles. Es como una presentación en sociedad pero mucho mejor; Charles la vive como una larga reunión. Luego el ave se deja caer a un claro que se abre hacia un costado y despliega sus alas, un movimiento majestuoso que le hace subir y luego planear por la cara este de la montaña, en dirección a Tierra del Fuego. Lo miraba hace un segundo, piensa Charles, y en momentos estará a cientos de metros, haciéndose uno con el verde circundante. Le escribirá a Henslow los detalles.

—Hola, sí. Estaba haciendo unas observaciones —dice Charles sin mirarlos, ya que está tan apretado al tronco que no puede dar vuelta la

cara.

—Ya lo creo —dice Smith.

—Ah, habla, qué bien —dice Hopkins.

—¿Necesita ayuda? —dice Smith.

—Sí.

Los dos marinos se acercan al tronco y lo comienzan a escalar.

—Está resbaloso. Quién se mete en estas.

—Déjame, yo voy primero —dice Smith, y de un salto se toma de una rama. Luego de un par de metros se para en la última rama disponible, y estirándose todo lo que puede coloca su mano a modo de escalón.

—Listo, apoye el pie.

—Sí, aquí voy.

Charles se deja deslizar medio metro hasta que su pie se detiene en la mano de Smith. Ya más abajo Hopkins lo toma fuerte del brazo y le ayuda a seguir descendiendo.

—Bien, ya estoy —dice Charles, viendo que ahora hay ramas donde apoyarse.

Cuando por fin llega al pie del árbol se estira la chaqueta. Su seguridad vital, y se diría que su dignidad de encargado científico de la tripulación del navío HMS Beagle, está reestablecida. Y el pájaro, qué captura. Charles carraspea, decidido a dejar atrás la situación.

—Es por aquí. Hay que subir para tomar el camino de vuelta.

—Bien —dice Hopkins, envainando su machete con prestancia.

Charles, Hopkins y Smith caminan y llegan a la cumbre. La idea es aprovechar los cortes de ramas y hojas que tantas magulladuras le costaron hace un rato, y así hacer más fácil el regreso. Un modo de resarcir a los muchachos. Vislumbra el camino a un par de metros: la rama rota con el penacho sobre su tronco era la misma que cruzó de subida. Es por allí.

En ese momento ve algo extraño en el suelo.

—Un segundo —dice Charles.

—Estaremos aquí en la bajada —dice Smith. Al menos ya saben dónde está.

—No tardaré, gracias —dice Charles.

Se acerca y saca su martillo. Con un ávido movimiento de muñeca lo

gira para que quede la punta de frente. Luego, lo hunde en la tierra. Hace palanca y ahí aparece. Es una especie de piedra aplanada, blancuzca, totalmente extraña al tipo de piedras del lugar. Le saca tierra con los dedos, luego la sopla. ¿Qué es? Charles la acerca más a sus ojos, como si no creyera lo que ve. Es un fósil. ¿Pero de qué? Mira a su alrededor: la luz comienza a irse del bosque. Como si las ramas, lentamente, absorbieran los rayos de sol. Sopla un poco más el objeto, lo envuelve en un pañuelo y lo guarda en el bolsillo de su chaqueta. Se pone de pie.

Intrigado, pero consciente de que su jornada de exploración ha sido de lo más interesante, Charles camina resuelto hacia los boteros, y al acercarse dice con voz llena:

—Señores, ¡yo los sigo!

La bajada, efectivamente, es más fácil. Más que bajar, es un caer hacia adelante, poner el pie antes que el cuerpo caiga. En el transcurso, Charles observa las plantas de alrededor. Aún le cuesta creer que en este lugar la zoología sea tan escasa. Si hace memoria, en tierra se pueden contar un murciélago, una especie de ratón, dos ratones verdaderos, dos zorros, una nutria de mar, el guanaco y un gamo. Y nada más. En aves, de vez en cuando se escucha el grito de un papamoscas de moño blanco, también se ve el reyezuelo de plumaje oscuro y el trepajuncos, que es por lejos el más común. En lugares despejados se encuentran tres o cuatro especies de gorriones, un zorzal, un estornino, dos opetiorrincos, un halcón (no, dos, debía sumar el *megalopterus*) y muchos búhos.

—Cuidado con la rama —dice Smith.

—Adelante —dice Hopkins, que ya la ha tomado y la sostiene para que pasen.

—Gracias, así estoy bien —dice Charles, que la toma para que Hopkins vaya adelante con el machete.

Pero lo extraño, lo que realmente le desconcierta, es la ausencia absoluta de anfibios. Nadie, ni siquiera Jemmy Button, afirma haber visto uno. Qué cosas. Puede comprender que el clima no sea el mejor para los lagartos, pero ¿para las ranas? ¿Por qué no hay ranas? No lo puede entender. Ha visto algunas moscas y mariposas, incluso abejas, pero no ranas.

En contraste, el mar en esa zona alimenta a una cantidad enorme de especies. Es en verdad asombroso el número de criaturas, de todo orden, cuya existencia está ligada a las algas. Se podía llenar un grueso volumen con solo la descripción de esos bancos de plantas marinas, y de aburrido empezaría a pasarles revista mentalmente si no fuera porque entre los árboles avistan manchas de mar y el bote amarrado a la orilla.

Cuando suben, Charles hace el amague de tomar los remos, pero Smith se le adelanta.

—Yo lo hago. Me mareo menos —dice Charles.

—Smith rema muy bien —dice Hopkins.

—Deje, mister, usted proteja la piedra. O lo que sea que lleve ahí.

Charles lleva la chaqueta echa un nudo. Adentro, en un bolsillo de esa chaqueta, va el fósil. Charles encoge los hombros.

—Bueno —dice Charles. Luego, mirando la piedra—. Ni yo mismo lo sé.

Aquella noche en su cuarto, mientras toma notas y disfruta de una de las últimas pastillas de anís que le quedan, mira de nuevo el extraño objeto. Geólogo como es, no puede analizarlo anatómicamente, pero sí considerar lo extraño de su emplazamiento. Es un fósil marino, sí, encontrado en la cumbre de una montaña. Ningún individuo lo ha dejado allí, estaba en una posición imposible de recrear. Tampoco ningún animal lo ha llevado, o es poco probable. Piensa en la explicación que su amigo Geoffrey daría: Dios habla en renglones torcidos. Los misterios de este mundo son más grandes que nosotros, y solo hay que aceptarlos y disfrutar de su inmensidad. Sobre todo, se debe ser humilde. Esa es la postura que adoptaría no solo su amigo Geoffrey, sino también sus padres, hermanos, sus compañeros de universidad y toda la sociedad inglesa. Pero él tiene una duda, una sola pregunta que, como testigo de primera mano de aquel objeto, se niega a dejarlo: ¿cómo ha llegado esa piedra a la cumbre de un monte?

Se levanta de su camarote y pone el fósil sobre el pequeño banco situado a un lado de la litera del capitán FitzRoy. Lo primero que piensa es que, dado el vaivén del barco, el banco podría tener un reborde para así salvar a los objetos colocados sobre él de resbalar y

caer. Es el primer objeto recolectado en el viaje que le merece ese pensamiento, por lo tanto el primero frágil de verdad. Lo mira. Lo mira de nuevo. ¿Qué misterio yace en él? ¿O es que una persona o un animal lo colocó en la montaña y ese es todo el asunto? Escucha unas instrucciones que un marino da en cubierta. Luego advierte que no son instrucciones, son bromas. Es tarde, y el ascenso al monte lo tiene agotado. Toma el fósil, lo envuelve en el paño con el que ha reemplazado el pañuelo y lo guarda en la repisa inferior del pequeño estante de pared que media entre las dos literas. Luego de guardar su diario, se saca la ropa, se tapa con las mantas y con un soplido corto apaga la vela. Se estira. De inmediato le rodea una oscuridad movida, gelatinosa, una sombra como preámbulo del sueño.

Al día siguiente, justo después de que el Beagle sale con más alivio que alegría de Puerto Hambre hacia el norte, con destino a Valparaíso, Charles se pasea con prestancia por cubierta. En esa primera hora de navegación no hay vértigo, puede otear con orgullo el horizonte, no tiene que recluirse en bodega o apoyarse inmóvil en la borda. Los marinos se mueven con energía a su alrededor, el aire se cuela helado por su cuello y orejas, el pantalón, los tobillos. Se pregunta cómo será el reacostumbramiento de Jemmy Button a la vida fueguina; se mostró en control, pero quién sabe. ¿Volverá, alguna vez, a Wulaia? Y si vuelven a verse las caras con York y Fueguia, ¿qué pasará?

Se le acerca FitzRoy. Ya se han completado las labores de zarpe y ahora Bellany puede seguir solo por un par de millas.

—Robert.

—Vamos con buen paso, como podrás ver. ¿Tienes un buen número de muestras?

—Sí —dice Charles, satisfecho—. No había más que buscar.

—¿Más escarabajos?

Se le había olvidado, en esas tierras hay pocos escarabajos.

—No apareció ningún otro. Increíble.

—¿Ni arriba de los árboles?

El capitán FitzRoy y su sentido del humor.

—No.

FitzRoy da un suspiro.

—Bueno, de a poco ganamos días de cielo azul, ¿verdad? Es que

mira nada más el buen humor que hay. Eso es porque han secado sus ropas y se han tendido al sol como si fuera verano.

Y en realidad, impresiona lo mucho que ha cambiado la naturaleza en tan poco tiempo. Noventa kilómetros atrás, montañas redondas levantaban selvas impenetrables, casi siempre bajo una tempestad. De la zona de Puerto Hambre hacia el norte, en cambio, no solo domina un desconcertante cielo azul sino que en tierra se multiplican las llanuras secas y estériles.

—Pero no durará mucho —dice FitzRoy.

—¿No?

—No. Mira esas nubes de allá —dice FitzRoy, indicando el paisaje más adelante.

Hacia el noreste se ven montañas azules completamente nevadas, con nubazones negros alrededor de sus cumbres.

—En cuanto lleguemos al mar las encontraremos. Y hay viento norte, nada bueno —completa FitzRoy—. Mañana habrá tormenta.

—Ya veo —dice Charles.

El capitán era un serio estudioso de las nubes, y le robaba horas al día para analizar sus significados. Una actividad útil para la navegación, sin duda, pero que también le daba escape a los agobios del barco. Aunque no lo dijera en voz alta, creía en la lectura de las nubes casi más que en Dios, e incluso había inventado un término extravagante para aquella ciencia: pronóstico del tiempo. «Pronóstico del tiempo», repetía mientras caminaba por cubierta, como para recordarles a los marinos la diferencia entre él y cualquier otro navegante. Un apenas disimulado orgullo y un reverente temor a Dios, ese era uno de los tantos dilemas en que a diario vivía el capitán Robert FitzRoy.

Ascendido a capitán en el primer viaje del HMS Beagle, por el suicidio en Puerto Hambre del capitán anterior, nada más cumplir 23 años Robert FitzRoy quedó al mando de un bergantín de 27 metros de eslora y capacidad máxima de 70 personas. Hoy, cinco años después, a los 28, intenta conducirlo con el más elevado de los entendimientos,

aun cuando haya días en que odie el viaje y a todos los tripulantes, sin distinción. Charles lo ha notado, es imposible no darse cuenta: en esos días cita más la Biblia y se apoya más en Wilkinson. Los párpados le pesan, su voz tartamudea. Consciente de los peligros de la soledad, y quizás recurriendo al mismo ojo avizor con el que intenta leer el clima, mientras preparaba la expedición decidió incluir un encargado científico en la travesía, así tenía a alguien culto con quien conversar, a un igual. Cuando evaluaba y evaluaba candidatos, en el puerto de Plymouth, había dudado en aceptar a Charles por la forma de su nariz: tal parece que no indicaba una personalidad resuelta. Pero el carácter agradable y las buenas referencias del joven le convencieron. Lo que no entró nunca en sus cálculos era que quien lo acompañaría era un materialista, a él, que en el extremo sur del mundo se sentía en las tierras del Génesis.

—Y en la costa, además, hay vientos de valle —dice FitzRoy. Dios le habla a través de las nubes y solo hay que interpretarlo.

Charles observa cómo el sol baña la cubierta del barco y los cuerpos de los marinos depositados en ella. Es una atmósfera calma, inmóvil, que sabe que durará poco. La fe incorrupta y la manía que ejercía en sus artes era algo que bien podía definir a FitzRoy, confiado en los designios de Dios, pero haciendo todo lo posible por adivinarlos.

Charles, en cambio, duda de tales designios. «¿Y si el discurrir del mundo no tuviera un sentido?», se preguntaba a veces, o, que para los efectos era lo mismo, «¿si ese sentido se lo dieran los humanos? ¿Y si el cielo que se cierne sobre ellos, con sus nubes y sus tormentas, es un lienzo dibujado por nadie?».

Niebla como lenguas de mar

—El sentido del mundo es que nosotros descubramos el sentido del mundo —responde FitzRoy.

—¿Cómo? —dice Charles.

—¡Que el sentido del mundo es que nosotros descubramos el sentido del mundo! —dice con irritación FitzRoy, que debe gritar por el mismo viento que impide al Beagle entrar a la bahía de Valparaíso. Le ha crecido la barba, hace poco cumplió 29 años.

—Tengo mis dudas, tengo cada vez más dudas —dice Charles, que habla normal porque el viento no va hacia él.

—Está en la Biblia —dice seco FitzRoy.

—Me imaginé.

—Deberías volver a la lectura.

—He estado viajando.

FitzRoy va a responder y se frena.

—Espera —dirigiéndose a Bellany—. ¡A babor! —y a Wilkinson, que está a pocos metros, junto a la borda—. Por el centro, 90 a estribor.

El contramaestre dice algo y FitzRoy conversa con él. Charles camina a estribor. De a poco, a medida que pasan la punta de la bahía, aparece la ciudad, o lo que debería ser la ciudad. Lo que sí se ve, imponente y luminosa, y hace varios kilómetros, es la cordillera de los Andes. Abajo, al pie de un montón de cerros empinados, ahí está Valparaíso.

Cuando alcanzan el centro de la bahía Wilkinson ordena el giro a estribor. Un fuerte viento azota las velas, y estas pasan por ese momento de desconcierto antes de distinguir cómo captar el aire de nuevo. Los marinos se mueven rápido; irán serpenteando hasta llegar a la costa.

El Beagle termina de salvar los últimos metros que quedan hasta la orilla y Charles levanta su maletín con instrumentos y una bolsa con ropa y se sumerge sin dilación en las calles. Por sus techos de tejas le recuerda a Santa Cruz de Tenerife. Las casas son bajas y están pintadas

de blanco, los cerros deben tener unos 500 metros de alto. La luz que le llega a todas las cosas es amable: el puerto, los cerros, el cielo. Sobre todo, las blancas nubes sobre los cerros. En estas latitudes las nubes, cuando las hay, no son un batallón cerrado y oscuro, sino que se separan gráciles y reciben el sol por cada uno de sus costados. Llena sus pulmones de aire. Desde Río que no tenía tan buena llegada.

—¡Charles!

—Mister Corfield.

Charles y Richard se abrazan.

—Iba un poco atrasado. Me avisaron que se acercaba un bergantín con bandera inglesa y me dije «tiene que ser Charles».

—Qué bueno verte —dice Charles.

Richard lo toma de los hombros y lo estudia detenidamente.

—Sigues igual con tu nariz.

Charles sonríe.

—Hay cosas que no cambian —dice Charles.

—¿Y cómo estuvo el País de Fuego? —dice Richard, mientras intenta tomar el maletín y a cambio recibe la bolsa con ropa.

Dejan atrás el ajetreo del muelle, con su montón de pescadores, tripulantes, comerciantes y curiosos, y caminan por el plano hacia el norte. Sí, las casas son de un piso, de adobe o ladrillo secado al sol y blanqueadas con cal; en los cerros lejanos se multiplican las chozas. Charles mira alrededor, mira, si es que se le puede llamar *mirar* a dejar entrar a la pupila a toda esa gente con carretas de mano que vocea sus mercancías, a caballos con tizna y niños corriendo. Gente, muchísima gente. Le han dicho que en esta ciudad del fin del mundo casi todo es encontrable, el salitre y el algodón del Perú, estaño, cobre templado, alfalfa y corteza de quinina de Bolivia, índigo, cacao y sombreros de paja de Guayaquil, azúcar y chancaca de la Gran Colombia, nácar de perlas de Tahití y Panamá, indianas de Inglaterra y licores y sederías de Francia. También bálsamos, maderas de tinte, cochinilla, café, fibras y cueros, todo tipo de pieles, granos y frutas. La ciudad con los más increíbles asesinatos, según Wilkinson, y para FitzRoy el punto del planeta donde no importa lo que hubiera ocurrido antes, ya habría pasado lo peor.

—Así que este es Valparaíso —dice para sí.

Richard camina adelante, con su bolsa de ropa al hombro, a punto de perderse en el tumulto. Como si no le importara cuán cansado pueda estar por el viaje, ¡hay cosas que hacer! Charles acelera el paso y luego se detiene: no, no puede avanzar y al mismo tiempo mirar las cumbres de los cerros.

—Es que no sabes, es tan distinto mirar una cadena de montañas negras y otra en medio de un lindo día. El primer espectáculo podrá ser sublime, etcétera, pero este me alegra mucho.

—Vaya, Charles, y eso que estamos recién en julio.

Horas después se encuentra en la habitación que le ha preparado su amigo en su casa de Cerro Alegre. La habitación es grande y silenciosa, de baldosas rojas. Richard le habló sin parar, entre ahogos, desde que empezaron a subir el cerro, pero luego le ha hecho el favor de dejarlo solo para que descanse.

Se sienta en un viejo escritorio que hay contra la esquina y abre su diario. Hay pensamientos que ha ocultado a su amigo, y que incluso ha escondido de sí mismo durante gran parte del viaje. Hunde la pluma en el bote de tinta y escribe:

«Logré salir de la Patagonia, sí, y salir vivo. Y ahora estoy en un mejor clima. Y en una habitación limpia, en una habitación tranquila y que no se mueve. Estar en Valparaíso es todo un hito del viaje, de eso no hay duda. Pero ¿y qué? ¿Cuál es la diferencia? Estoy cansado, igual que FitzRoy, pero con menos derecho a estarlo puesto que el barco no estaba a mi cargo. Me cansé de esto, quiero volver. ¿Cuál es el sentido de este viaje? ¿Cómo es que Richard logra vivir fuera de Inglaterra, y feliz más encima? ¿No echa de menos?»

A lo lejos, amplificado por alguna quebrada, se escuchan los ladridos de unos perros y alguien que los hace callar.

«Por mientras solo me queda perderme en la espesura, es lo único que me hace feliz, o que reduce mi infelicidad de la manera más efectiva.»

Pasa el día comiendo, sin apenas salir de la casa. Observa los cactus y los lilium del jardín, y no mucho más. Al día siguiente escribe una carta a Henslow, una larga para su hermana y otra para su padre. Al llegar la noche camina con Richard, entre codazos y bromas, hasta la esquina de Dimalow con Victoria. Allí, en medio de la calle, tres

grandes faroles dan la bienvenida a la celebración ofrecida por miss Wellington. El centro de la fiesta es el salón de la casa, una gran habitación rectangular abarrotada de lámparas de gas y sobre todo cirios, y que tiene en cada uno de sus extremos mesas de mantel blanco llenas de panes con paté, carne, aceitunas, y jarras con clery y botellones de vino. Las paredes están tapizadas con un papel verde con dibujos de jarrones griegos y guirnaldas que a Charles le llaman la atención, pues los jarrones están enteros y sin fracturas. Al otro lado del salón se anuncia la vista a la bahía y una terraza con un gran fogón en el que se asan dos cerdos. Oh, y hay gente, muchísima gente.

Es su primer encuentro con la vida social de Valparaíso. Lo primero que Charles nota, nada más en los saludos iniciales, es que Richard es muy popular entre las mujeres de la ciudad; eso significa que bien podría cumplir su promesa, repetida varias veces ese día y el anterior, de presentarle a una soltera. Cuestión que obviamente Charles no quiere, pero ¿cómo negarse sin desilusionarlo, y sin romper la imagen de explorador resuelto que ha adquirido ante él? Lo segundo que advierte es que en cuanto se enteran de que viaja por el mundo recibe preguntas, lo que es un alivio porque acalla las propias. En contraste con la rudimentaria vida del barco, a la que para bien o para mal ya se ha acostumbrado, ahora decenas de personas desfilan por sus ojos, le sonríen o fruncen el ceño curiosas e inquisitivas. Ese universo de desconocidos le parece más caótico que el de bichos y animales, pero se deja llevar por el alegre chocar de copas.

—¿Así que recorre el mundo haciendo mapas? Qué curioso. Y dígame, ¿ha encontrado algún monstruo marino?

—Algunos.

Los ojos de la dama se abren de par en par.

—Pero no vivos, madame, no vivos.

—Ah, eso cambia las cosas —dice aliviada la madame, mirándolo aún de reojo.

—Además, muchos no son grandes.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que pesan menos de 50 kilos.

—Ah, bien. Yo peso 55, y estoy segura de que podría con uno si mi *concierge* me agencia una buena pala.

Y Charles, con una seguridad que no se debía nada a su racionalidad y enteramente a la calidez del vino:

—Apuesto a que sí, madame. No tengo ninguna duda.

—Y dígame, ¿cómo sabe que no volverán a la vida?

—¿Porque están muertos?

—¿Y qué es lo más distintivo de esta zona para usted?

—¿De aquí de Chile? —Charles se mira los zapatos—. Que tengo los pies secos, por fin —dice, sin cinismo, mientras escucha unas risas de su interlocutora. Levanta su vaso y se echa el contenido a la boca. Pies secos y alcohol, y sin marinos alrededor, no podía pedir más.

De repente siente que lo toman por el brazo.

—Madame —dice Richard detrás de su oreja—, Charles tiene muchas historias, pero necesito que me lo preste un segundo.

Y Charles sigue el juego y se deja llevar. Bien parece que Richard, entre que lo presenta a alguien y lo viene a buscar, habla con muchas personas. En un momento está a su izquierda con un señor de bigote de piel cetrina y al segundo siguiente a su derecha, al fondo, improvisa al piano. Para darse un respiro, después de un encuentro con una pareja llegada hace poco desde Sussex, Charles se escapa a la terraza. Allí observa la ciudad. Una luna menguante ilumina el contorno de los cerros, y fogatas aquí y allá, como en un mapa apenas empezado, dibujan líneas de casas y quebradas. Salvo el ruido que viene de la fiesta, todo está en silencio.

Le dan lo mismo, piensa. Todas esas personas de adentro le dan lo mismo. Podría estar en el bosque, solo. Quizás esa es su condición natural. Melancólica de la chimenea familiar, por supuesto, como también del trato almidonado que recibe en su ciudad natal. Pero allá luego de un rato se aburría, así que no puede más que lanzarse a ese equilibrio precario, ese ánimo imperecedero, esa huida hacia adelante que lo tiene recorriendo esas tierras y luego otras, y luego otras. Ese era el sentido. Una copa más y se va a dormir.

Cuando entra de nuevo, ve al otro extremo la jarra con clery. Avanza hacia allá lentamente, entre disculpas. Cuando regresa a la terraza en algún momento queda frente a una mujer joven, quien le sonríe amable. Sonríe de vuelta. La saluda.

—Hola —responde ella y le da una segunda mirada—.

¿Comerciante?

Por el lado de Charles empuja un grupo de adolescentes vestidos muy formales y con el pelo engominado, así que debe encogerse para dejarlos pasar. El poco espacio disponible les obliga a estar a solo un palmo de distancia.

—No, acabo de llegar.

—¿Y qué es lo que comercia?

—Nada, viajo en un barco inglés que llegó ayer. Hace labores topográficas.

—Ah, sí, el barco del capitán...

—FitzRoy, sí.

La mujer parece procesar la información.

—¿O sea que no es amigo de Richard? Lo vi hablando con él hace un momento.

—También. De la escuela.

La mujer lo mira como sometiéndolo a examen.

—¿Le ha gustado el clery?

Charles echa una ojeada a su vaso.

—Me encanta.

La mujer sonríe.

—A mí también.

—¿Y cuál es su labor en el buque?

Charles observa bien a la mujer que lo interroga: tiene la piel pálida, el cuello alargado y la nariz fina, y dos bucles caen con gracia a cada lado de su cara. Y los ojos son redondos, como dos aceitunas negras y brillantes.

—Yo me dedico a... recojo animales, se podría decir.

—Recoge animales.

—Sí, recojo animales y plantas, y los estudio y clasifico.

—Ya veo. Es naturalista, entonces.

Aprendiz de geólogo, en realidad. O «científico en práctica», como dice el diario de navegación. Pero qué más da.

—Así es, madame. Soy naturalista.

—Interesante. ¿Y es difícil clasificar lo que recoge?

—Un poco. Cuando no sé lo que es, embalo el objeto y lo envío a Inglaterra, para que lo estudien allí. De todas formas, tarde o

temprano todo lo debo enviar a Inglaterra, porque nuestro barco es pequeño y no hay mucho espacio.

Podría relatar, y no lo hará, las quejas de FitzRoy, como la vez que metió un pedazo de tronco de alerce al camarote, o las constantes burlas de los tripulantes a su preocupación por piedras y conchas. O el uso que le dieron Mcvoy y Springett al ñandú brasileño para hacerse una manta. Es suavecito, cuándo atrapas más, le decían. Cómo los odió. Mientras el Beagle bajaba por la costa de Buenos Aires los odió tanto, tanto, y solo el tiempo y la ayuda de Mcvoy con los pescados de Río Salado lograron menguar su rencor.

—Charles Darwin —dice Charles, extendiendo su mano hacia ella, que no es mucho. Coloca su codo en noventa grados y casi tiene la mano en su estómago.

—Isabel Martínez-Shaw —dice Isabel, tomando su mano—. Bueno, se me ocurren muchas preguntas.

—Oh, las que quiera, Isabel.

Ella sonríe.

—¿Le han hecho muchas?

—No. Qué monstruos encontré, el canibalismo de los indígenas, cuántos cañones tiene el Beagle, que no tiene ninguno.

—¿Y por qué no le gusta viajar?

—Asume que no me gusta viajar.

—Sí.

Isabel asiente. Un pequeño movimiento de bucles.

—Llevo dos años viajando.

—No es contradictoria una cosa con la otra.

—Sí, me gusta. ¿Vive aquí hace mucho? —prefiere cambiar de tema.

—Llegué hace un par de años.

—¿Y a usted le gusta? —y para suavizar su pregunta, agrega—: Me han hablado tantas cosas de Valparaíso.

—Con el tiempo la he hecho mi ciudad. Verá, aquí no hay una gran comunidad científica como en Inglaterra, pero sí mucho tiempo para investigar.

—¿Y qué se investiga?

—¿Qué se investiga acá?

—Sí.

—Yo, por ejemplo, estudio algoritmos.

—¿Algoritmos?

Ella se ríe de su pregunta.

—Sí. Son una parte del álgebra.

Charles no tiene idea de lo que son los algoritmos. Curiosa persona la que tiene enfrente.

—Ya, entiendo. Y dígame, ¿cómo los estudia?

—Bueno, es mi turno de aburrirlo.

—¿La he aburrido?

Ella le toma del brazo. Tiene unos dedos largos y finos.

—No, en lo absoluto, quería decir que a veces la gente escucha y no entiende.

—Ah, puede hablarme cuanto quiera, yo estudié álgebra en Cambridge.

Decía álgebra por las clases básicas de Gibson, decía Cambridge porque en Edimburgo no había terminado. En las autopsias se desmayaba, esa era la verdad. El primer no-médico de la familia, así lo saludaba su primo. Todos sabían que se iba a caminar por el bosque y volvía a la universidad solo a dormir.

—¿Ah, sí? ¿Estudió álgebra? —dice Isabel con interés.

—Pero usted cuénteme, no quiero robarle el tema —dice Charles.

Isabel tuerce la boca.

—No se preocupe, son cosas de libros —dice Isabel, haciendo un gesto con la mano—. Le envidio mucho sus estudios formales. Mi sabio más cercano es Al-Juarismi.

—¿Quién? Hay mucho ruido.

Y es verdad, había mucho ruido. Ahora la banda de adolescentes canta guiada por un anciano borracho que mueve el brazo en tono marcial. A su lado otro hombre con la cara enrojecida, Charles presume que amigo del primero, canta con un cirio en alto mientras una mujer se lo intenta quitar.

—No se preocupe, está a un par de kilómetros... y siglos. ¿Estará unas semanas aquí?

—Sí. Parto a un viaje por el interior, pero vuelvo. Volveré y estaré aquí.

—Bien, entonces podemos tomar el té y me cuenta de sus viajes sin

tanto... —Isabel hace un gesto para indicar alrededor— bueno, el ruido.

Charles siente alegría, una alegría especial. Como cuando de súbito se sale de un bosque frío.

—Encantado, madame. Con la condición, eso sí, de que me hable de Valparaíso y de sus investigaciones matemáticas. ¿A través de Richard podré contactarla?

Isabel duda.

—No lo sé, supongo que sí. Y si no, me envía una nota.

—Por supuesto —dice Charles.

—Y hablando del rey de Roma.

Charles se da vuelta y ve a Richard, que serpentea entre el tumulto. Con la cara sudorosa, sortea invitados devolviendo algunos saludos e ignorando otros a propósito o por simple borrachera.

—Y usted me contará de Inglaterra —dice Isabel.

—Hace un tiempo que salí, pero sí. Ahora está lleno de trenes.

—¿Tan lleno?

Charles encoge los hombros.

—Eso dicen, al menos.

—¡Charles, tengo alguien que te quiere conocer! —dice Richard—. Bueno, en realidad no quiere pero yo creo que sí.

Lo toma del brazo y luego, cuando repara en Isabel, adopta una postura rígida.

—Oh, Isabel, se conocieron con Charles.

Richard los observa con desconcierto.

—¿Qué tal?

Charles e Isabel se miran.

—Bien —dice Isabel.

—Sí —reafirma Charles.

—Ya —dice Richard. Y a Isabel—. ¿Te molesta si me lo llevo?

—No los retendré —dice Isabel con prestancia, mientras mira a Charles y sonríe con sus ojos aceitunados. Da la impresión de ser de esas personas capaces de poner toda su energía en captar la atención de su interlocutor, pero no le molesta si la pierde.

Richard les da una mirada a los dos.

—Bien, me lo llevo —dice Richard, y toma a Charles del hombro y

se comienza a alejar.

—Confío en que nos veamos pronto, madame —dice Charles.

—Yo también. Pero antes dígame una cosa —dice repentinamente a Charles, mientras con dos dedos lo toma con suavidad de la solapa de la chaqueta—. Monstruos, ¿había?

—No, no vivos al menos —dice Charles.

—¿O sea que podría aparecer uno vivo?

Mientras Charles piensa la respuesta Isabel repara que Richard le deforma a tirones la chaqueta, y eso le divierte.

—Olvídelo. ¡Váyase!

«24 de julio de 1834,
Por lo que he visto hasta ahora, desde el punto de vista de la flora Valparaíso es bastante singular. Solo en los valles profundos hay árboles, en las quebradas se hallan algunos matorrales y hierbas. Qué contraste con lo que hay tan solo 500 kilómetros atrás, en que todo es una selva impenetrable. Desde que desembarqué Chile me ha parecido un lugar admirable para recorrer a pie... Como en todos los países secos, hasta los zarzales son olorosos, y uno queda con el traje perfumado nada más que por pasar junto a ellos.»

Aún en pijama, está sentado en el escritorio de su habitación. Es temprano en la mañana y a su espalda la cama abierta recibe los rayos de sol.

«Los solo tres meses de lluvias...»

Y es en ese momento que escucha pasos vigorosos que avanzan por el pasillo. Retoma el trazo de la pluma.

«Los solo tres meses de lluvias tienen una gran...»

Lo recuerda: anoche, de vuelta de la fiesta, con Richard decidieron partir hoy mismo de viaje por el interior. En realidad fue por insistencia de Richard, ansioso por mostrarle el país e irse él mismo de la ciudad. No quiere ir, piensa. No, quiere quedarse en el puerto. Es cierto que debe investigar la cordillera de los Andes y reunirse en Santiago con un naturalista francés con el que ya se ha carteado. Pero puede ir después.

Charles observa la pluma que pende sobre el papel, y que tiembla

con cada paso de Richard. No, no irá. La puerta se abre.

—Taraaán!!! —ahí está Richard. Da unos pasos dentro de la habitación y pone una rodilla en tierra, al estilo de los toreros. Luego se levanta y hace una mueca que es una parodia a Mr. Arnold, el profesor de gimnasia.

—Bueno, entonces —dice Richard, con su boca fruncida— la salida está planeada para después de almuerzo. Los caballos se están preparando y yo... —y ahora se pone de perfil y en posición de jinete — yo estoy listo para cabalgar.

Charles no sabe si su amigo extraña los años estudiantiles, y por eso los revive con fruición, o es que todavía está borracho. Quizás ambas.

—Hola, sí, buenos días. Estaba pensando que podíamos ir después.

Richard se pone de pie, su mueca se desvanece.

—Después, ¿cuándo? Los caballos están casi listos.

—No sé, en unos días. Las rocas que quiero observar seguirán ahí.

Richard hace un chasquido con la lengua.

—En una semana, o poco más, llegan los barcos australianos. Si esperamos no podré acompañarte y deberás pagarle a un arriero que quizás por dónde te va a llevar.

—Pero ¿cuánto nos puede demorar ir a Limeche?

—Limache. Una semana, yo creo. Un par de días si lo hacemos rápido.

Por otra parte, es verdad que, mientras antes vaya, antes volverá. Y llegará con noticias de Santiago. También le merodea el tema del pago. No tiene suficiente dinero para arrendar caballos y pagarle a un acompañante.

Charles deja la pluma en el escritorio.

—Bueno, en ese caso, mi bolso está... —mira su maletín y su bolsa con ropa, casi intocada en una esquina de la habitación, y luego dice con tono de resignación—. Mi bolso está listo.

—Así veo. No es grande. Fácil de cargar.

—Bien, pero antes debo avisar a FitzRoy —dice Charles.

—No sabía que te irías tan pronto —dice FitzRoy cuando, después de traspasar la puerta del camarote y hacer un corto saludo, le informa. Luce tapado con varias colchas, más bien parapetado en el camarote con su Colt a la vista de quien sea que entre y platos con

restos de comida desperdigados en el suelo y en la cama de Charles.

—Se dieron las circunstancias. Mientras antes parta antes volveré.

FitzRoy encoge los hombros.

—Está en tu contrato. Puedes hacer lo que quieras.

—Entonces ¿no hay problema?

—Aquí estaremos.

—¿Estás bien, Robert?

—Así es.

El rostro de FitzRoy muestra, como antes, desdén.

—¿Y no te gustaría acompañarnos hasta Quintero? —dice Charles. Estaba claro que necesitaban dejar de verse un tiempo, tomarse vacaciones el uno del otro, pero mientras bajaba al puerto Charles había pensado que ofrecerle el tramo por la costa podía ser un buen detalle, oferta, además, que rechazaría.

FitzRoy suelta una risa socarrona.

—No. No me subiría a un caballo ni a palos.

Es a media tarde, entonces, que Charles y Richard cabalgan por la playa con ritmo lento hacia el norte. A la izquierda las olas se mecen suavemente, acarician casi la arena con un sonido de frufrú. A su derecha Richard va sobre su caballo totalmente dormido, se mueve de un lado a otro como un muerto vivo. Detrás de Richard están las montañas, las rocas y macizos que cada tanto mira con atención y que en algún momento subirá a explorar. Unas nubes bajas han tapado el cielo, y a diferencia de los primeros días de sol que lo recibieron en el puerto, ahora un viento frío entumece las manos y la cara.

Ya llevan dos horas de cabalgata y aún no se acostumbra al haber salido tan rápido de la ciudad, como si estuviera escapando de algo. Como si recién no hubiera conocido a una mujer que le gustó. Pero ¿qué podía hacer? Tiene que hacer el viaje por el interior y hacerlo ahora es la mejor opción. ¿Algoritmos? Poco sabe de matemáticas, y por suerte la madame no le ha hecho más preguntas. Pero Isabel Martínez-Shaw, como dijo que se llama, no daba la impresión de estar poniéndolo a prueba, como ocurría tan a menudo en Inglaterra, en que hasta la conversación más trivial muta, antes que uno se dé cuenta, en una lucha de conocimientos. No, no es un alarde competitivo si es que ha insistido en reunirse de nuevo, a menos que quiera competir para

divertirse un rato. ¿Álgebra? ¿Algoritmos? Hasta ahora, que alguien en Valparaíso los estudie es lo más exótico del nuevo país.

Tiene muchas preguntas, y se las lanzará a Richard apenas despierte. ¿Por qué le interesaría el álgebra? ¿Hace cuánto llegó a Valparaíso, y en qué circunstancias? ¿Por qué cuando se fueron de la fiesta la vio, a lo lejos, rodeada de otras mujeres, y no de otros hombres?

Se sentía ilusionado y con ganas de saber más.

Charles había conocido el amor, o lo que los hombres llamaban amor, en la primavera de 1828 en Cambridge, con una mujer llamada Lili. Luego había venido Mary, la hija de unos amigos de sus padres con la que tenía un matrimonio semiconcertado. El semi es porque nunca se habló a las claras y porque cuando exploraba la costa de Buenos Aires recibió una carta que pasó por muchas manos en que Mary le informaba su compromiso con Dumsday, un comerciante de aceite de Liverpool. Nadie había creído que el viaje duraría dos años, Mary la primera. En cuanto a las mujeres en general, tenía que admitir que su trato confiado era bastante injustificado comparado con la poca experiencia que por entonces reunía. Su confianza era una mascarada, el tono docto del investigador que menciona frente a una audiencia una hipótesis que no ha demostrado, y que algunos días está seguro de que nunca lo hará. En el fondo, guardaba la completa seguridad de que con las mujeres no llegaría a nada importante. Por lo demás, cada vez que piensa en el amor le atrapan las mismas preguntas. ¿Cómo ganar experiencia, si no sabe tratar a las mujeres? ¿Cómo tratar a las mujeres, si es que antes no gana experiencia? Sabe y no sabe, como todas las personas, pero siempre había sentido que en su caso ese universo desconocido pesaba más: defectos del carácter, quizás. Era un desconocimiento no solucionable con la mera observación. Debía exponerse para resolverlo, y exponerse era precisamente lo que su espíritu no quería.

Por eso que lo de las matemáticas le seducía, era una música tenue que le hacía acercarse, a pesar o precisamente por no saber nada de ellas. Era como un anzuelo y él feliz saltaba fuera del agua a cogerlo. Le daba la oportunidad de *entender*, antes de hacer nada. Establecer un lenguaje común en un tema que estaba fuera de ellos dos, y crear allí una personalidad que los representara, que lo representara a él, al

menos. ¿No era ese, acaso, el mejor modo de conocer a una persona, con la atención puesta en un objeto del mundo? ¿No era seguir un juego la mejor forma de dar rienda suelta a deseos que en otro caso desdeñaría o dudaría en mostrar?

Luego de un par de kilómetros aparecen los bancos de conchas. Se elevan a unos 300 metros de la orilla, tal como le han dicho. Sube a verlos. Mientras recoge algunas muestras, ve a Richard abajo que se despercude del sueño. Poco después del atardecer llegan a Quintero. Duermen allí y al día siguiente se dirigen al interior. Salvo la exploración geográfica, el viaje es desilusionante: las veces que pregunta a Richard por Isabel no consigue mucho, solo evasivas o generalidades corteses. Habla de sus negocios o le pregunta por el viaje del Beagle. Charles ha notado que a su amigo no le acomoda hablar del asunto. Decide, para sus adentros, que apenas llegue de vuelta a Valparaíso irá a visitarla y a averiguar por sí mismo.

Antes de llegar a Quillota topan con extraños peregrinos, hombres que cruzan el campo con mirada torva y sin destino claro. Luego de Quillota son muchos más. Es la fiebre del oro que, por entonces, se apodera del centro del país. Richard cuenta que a poco de llegar de Inglaterra pensó comprar una mina.

—Pero para tenerla debía abandonar mi vida en Valparaíso, así que lo descarté.

Charles asiente, y no es precisamente que apoye la idea. Cada cientos de metros se abren galerías en la tierra, algunas armadas con pequeños palos, otras solo una boca en el polvo, alrededor de las que pululan hombres delgados y pálidos, con expresión de hambre en los ojos. Si una mina va bien se nota a la distancia, el horizonte es quebrado por cuerpos enérgicos y movedizos, con una ligereza infundida por la extracción de las últimas semanas y por un corro de siluetas que esperan por trabajo. Esas son, en todo caso, alegres excepciones a la mayoría de las minas, en donde al parecer a los mineros se les paga por kilo. Todo aquel con el que hablan menciona historias de forajidos y mercenarios a sueldo que los persiguen, relatos que confirman en las armas a la vista cuando se acercan y que se guardan cuando reparan en sus ropas de aristócratas; las palabras no son necesarias. Si se debe vivir junto a la mina y mantener control

estricto de su funcionamiento no sería el mayor problema, piensa Charles. Es la atmósfera oscura y patibularia, de guerra de cuadrillas, de pobreza y malvivir. Si Richard compra una mina, a los dos días daría la vuelta rumbo a Valparaíso, o al menos eso desearía Charles después de ver cómo el país se ha convertido, en cosa de kilómetros, en tierra de persecuciones, de acechanzas y muerte.

Dos días después, es niebla lo que domina la madrugada. Cubre, con presencia casi paternal, todo el campo: se cuela entre los duraznos y los naranjos, perla los higos y las uvas, humedece el trigo, el maíz y las habas. Parado en medio de una terraza de piedra, como si fuera otro brote más que aguanta el frío imperante, Charles observa. Enfundado en un poncho que le ha cedido Mr. Lambert, el dueño de la hacienda, tiene a su vista el valle completo. La niebla le da la imagen exacta de cómo el mar habría inundado estos territorios hace millones de años, de cómo avanzó, modeló la tierra y formó llanuras y cañadas. Son las 6 de la mañana de un martes, y pronto ese mar blanco desaparecerá para dar paso a gentes, caballos, a la vida de ordinario.

El sol sale tras la cordillera, un grupo cerrado de nubes se interpone. La niebla desaparece de a poco, aun cuando el día no es tan luminoso como se podría esperar. Escucha un silbido y vuelve la vista a la casona. Richard está asomado en calzoncillos. A la distancia, aguantando el frío, hace gestos de no entender qué hace ahí. Charles levanta el brazo para indicar que está bien.

Horas después, ambos están al sol, sentados sobre una roca, y recibiendo encima la pesada locuacidad de Mr. Lambert. Lambert es un hombre grande, que viste una camisa blanca y encima de la camisa una chaqueta café sin mangas que le queda ajustada. Su robustez contrasta con la delgadez de los cuerpos que, cada tanto, escupe la mina detrás de él.

—Verá, caballero, aquí el trato es muy claro, y al que no le gusta puede ir a otra parte. Nadie obliga a nadie —dice Lambert, extendiendo sus manazas delante de Richard y Charles.

—Fair enough —dice Richard, que en circunstancias como estas, en que el interlocutor se afana tanto en impresionar, activa su inglés lacónico. Sentado sobre una piedra, trata de meter al baile a Charles, parado junto a él—. ¿Qué opinas, Charles?

—Ya veo —dice Charles. Pero Mr. Lambert los ha recibido con muchas atenciones.

—Tiene 140 metros de profundidad, y en un viaje cada minero saca en promedio 90 kilos de roca. Comenzamos hace cuatro años, lento pero seguro.

—¿Y los mineros cómo suben? —dice Charles.

—Bueno, ya lo verán.

—Qué curiosidad —dice Richard con una sonrisa.

A Richard le divierte la vehemencia del hombre. Es el goce aristócrata, distante, que sabe poner en acción en las ocasiones justas. Charles, en cambio, piensa en bajar al pique e investigar.

—Y esto es sorprendente: he encontrado una relación entre la producción de la mina y la cosecha de mis naranjos. Mientras más oro sacamos, más dan los árboles —dice Lambert.

—Eso sí que no me lo esperaba —dice Richard, y se toma la rodilla y se balancea.

—¿Y cómo hizo esos cálculos? —pregunta Charles.

El hombre ríe.

—¿Cálculo? Lo he visto con mis propios ojos.

Por lo visto Richard se prepara para un rato de curiosidad fingida y goce secreto. Charles se levanta.

—Permiso —dice.

Pero Lambert habla con tanto entusiasmo que ni lo mira. Richard, por su parte, se limita a levantar su ceja derecha.

Charles se acerca a la entrada del pique.

A Charles le gustan las gentes orgullosas de su quehacer, pero Lambert parece estar orgulloso por las razones incorrectas. Donde se esperaría un mejoramiento de los procesos de extracción, Lambert se ufana de lo obedientes que son los mineros. A falta de perfeccionar el transporte de la carga, que es absolutamente medieval, Lambert destaca que allí nadie está obligado... Esa había sido una de sus mayores discusiones con FitzRoy: un día, mientras estaban en Brasil, el capitán se ufanó de que un montón de esclavos negros se había convertido al cristianismo por propia voluntad, y para Charles en cambio era imposible asumir una intención, pues era claro que si no se hacían cristianos los mataban o quizás algo incluso peor. La discusión

terminó a los gritos, y por dos días Charles estuvo, oficialmente, esperando a que un barco lo devolviera a Southampton... En fin, su problema con Lambert, y con criollos de haciendas vecinas como Vicuña y Ruiz-Tagle, es que en Chile las condiciones de la minería no eran ni por lejos lo excelentes que podían ser, y sin embargo para gente como Lambert eran inmejorables y además muy benéficas para el país.

En la cabalgata de vuelta a la hacienda, Charles contempla meditabundo esos campos y esa flora que se extienden a lo lejos. Algo podía entender a los chilenos, tan dominados por el orgullo de país joven, pero le avergüenza que compatriotas suyos, gentes de Europa, consientan en aquel trato injusto. Ya no eran las vejaciones del general Rozas a los indígenas en la Pampa, esos culatazos a los moribundos, esa arma disparada en la sien que le tuvo días sin dormir, pero era tan engañosa esa supuesta tranquilidad.

—El inglés que se mete a la minería es otro tipo de inglés, definitivamente —dice Richard a su lado.

«9 de agosto de 1835:
Los mineros que he conocido se alimentan exclusivamente de poroto hervido y pan. Ellos prefieren el pan seco, pero sus patrones, dándose cuenta de que ese alimento no les permite un trabajo tan sostenido, les obligan a comerse los porotos. No abandonan la mina sino una vez cada tres semanas y entonces pueden pasar dos días en su casa.

Por triste que sea la situación de los mineros, es envidiable comparada con la del campesino. Su pobreza viene principalmente del sistema feudal que preside el cultivo de las tierras. El propietario le da al campesino un pequeño lote de tierra, para que construya su casa y lo cultive, y a cambio el campesino ha de proporcionar su trabajo, o el de alguien que lo reemplace, ¡durante toda su vida!, y eso a diario y sin sueldo. Es decir, hasta que el padre no tenga un hijo de edad suficiente que lo ayude, nadie lo reemplazará en el trabajo que le debe al propietario. A esto se debe que la pobreza sea tan común entre las clases trabajadoras de este país.»

Al día siguiente, Charles se despierta entusiasmado por la excursión en ciernes, y porque ese día abandonan la hacienda de Mr. Lambert, cosa que le produce gran alivio. Lambert se ha deshecho en atenciones y cortesías, pero ya es suficiente. Se abotona la camisa, se pone encima la chaqueta y los pantalones. Se acerca al espejo y se mira. Le ha crecido el pelo, quizás deba cortárselo. ¿Se verá mejor afeitado?

Sale al pasillo y atraviesa las galerías y patios interiores de la

hacienda. Recibe el sol al cruzar un jardín, lo inunda la sombra de un jacarandá al doblar y entrar en otro patio, lleno de ligustrinas, hasta que llega al umbral de la habitación de Richard. Toca la puerta.

—¿Sí? —se escucha la voz de Richard ahogada por las paredes.

—¿Richard?

Se abre la puerta unos centímetros y aparece la cara de Richard.

—Charles.

—Bien —dice Charles, haciendo un taconeo con sus zapatos—, ahora pido que preparen los caballos, luego hacemos las maletas y nos despedimos de Mr. Lambert.

—¿Para ir dónde, Charles? —dice Richard, amodorrado.

—¿Cómo que a dónde? Para seguir viaje.

—Ah, cierto. Mira, hay un problema. Estoy... —Richard indica hacia adentro con pequeños empujones de la cabeza.

—¿Enfermo?

—No —Richard se rasca el mentón—. Verás, tengo una situación aquí.

De pronto Charles entiende. Esa mujer que los saludó alegre, esos muslos llenos que Richard alabó. Sí, entiende.

—Pero estaré contigo en un rato —aclara Richard.

—Sí, no hay problema —dice Charles.

Camina al patio interior del comedor y se sienta en una banca. Enfrente de él, la figura de un querubín esculpido en piedra caliza corona una pequeña fuente de agua. Pasa un grupo de mujeres llevando ropa blanca recién lavada. Una de ellas hace una broma y se ríen, Charles no sabe si a su costa. Cuando se van por el pasillo, todo queda en silencio. Se queda recibiendo el sol con el mismo sentimiento estático con el que lo reciben ligustrinas y tejas.

Cuando por fin se van, uno de los arrieros que los guía a la salida de la hacienda cuenta una historia que excita su imaginación. Trata de un lago, en lo alto de una montaña, que se cree conectado directamente al mar.

—Pero si es un lago en lo alto de una montaña, ¿cómo va a estar conectado al mar? —pregunta Charles.

—Eso dicen. Cuando hubo sequía, hace unos años, un hacendado pensó en abrir un tranque para que el agua regara el valle. Al final no

lo hizo por temor a hundir al país entero.

—¿Y dónde? —pregunta Charles.

—Allá —indica el arriero, apuntando con su dedo a una montaña al otro lado del valle—. Detrás de esas montañas.

El otro arriero habla:

—Entre esas dos cumbres, ahí está el mar.

Es imposible: esas cumbres están a más de un kilómetro sobre el nivel del mar, por lo que atrás de ellas no puede estar el océano. Pero a Charles, después de una semana de cabalgata, le resulta agradable entregarse a esa ensoñación. Y la seguridad con que los dos hombres lo cuentan... ¿Si fuera verdad?

En los límites de la hacienda se despiden de los arrieros y se dirigen a La Campana. Luego de dedicarle un día a subirlo, continúan hacia el este los dos días siguientes. Una ola de calor los acompaña y les hace el camino más difícil. Finalmente, llegan hasta la laguna de Tagua Tagua. A esas alturas, Charles preferiría volver con Richard a Valparaíso, pero ya ha comprometido por carta su presencia en Santiago.

—Mira lo que es esto, Charles.

Richard se refiere a la laguna de Tagua Tagua, un oasis de la región famosa por sus islas flotantes, masas de raíces y pasto tan compactas que incluso los mismos animales, al pastar, se confunden y se ven embarcados sin querer. Los campesinos las usan para trasladar caballos y bueyes de una orilla a la otra.

Amarran los caballos y se lanzan al agua. Nadan un buen rato. Después se secan en la orilla y dormitan, exhaustos por el viaje. Cuando Charles despierta y mira a la laguna, una de las islas se acerca a ellos, empujada por el viento. A su lado, Richard, descamisado, fuma tabaco, y también la mira.

Cuando llega la noche, hacen una fogata y asan las tres codornices que les regalaron en la hacienda, que comen con pan y queso. Es una noche cálida, de primavera, y Charles la disfruta; no hay rastros de viento sur. Llegado un momento, no puede evitar volver a sus preguntas de investigación. ¿Cómo había conocido Richard a Isabel? Y más importante: ¿quién era ella? A su lado, Richard lanza el humo de su pipa.

—¿De nuevo, Charles?

—Es que me faltan algunos datos.

—De veras que te atrapó.

Según lo que le había dicho Richard y lo que le contaba en ese momento, la historia era así:

Richard había llegado hacía unos años, sumándose a un largo éxodo de ingleses, casi 3000, que a partir de 1820 formaron en Cerro Alegre una cerrada y activa comunidad británica. Unos comerciantes, otros artesanos, todos quieren beneficiarse de la prosperidad de Valparaíso, una bahía abierta y con buen régimen de vientos que por entonces comienza a ser el centro de mercadeo para todo el Mar del Sur. El puerto es el más importante en la travesía marítima por el Cabo de Hornos y el más accesible a las regiones interiores y transcordilleranas, y basa su incipiente riqueza en lo que por entonces se llama «tráfico de reexportación». El aguardiente francés, por ejemplo: se importa en grandes cantidades, y apenas llega a Valparaíso parte en carretas de bueyes a Santiago y las provincias argentinas, pero también es enviado al Alto Perú, a las Islas Sandwich, a Nueva Holanda, Tahití y las costas de México. Así mismo ocurre con el índigo, el azúcar y el bálsamo.

—A la gente le gusta decir que todo viene de Valparaíso y todo vuelve allí —dice Richard—, pero también se puede decir lo contrario: nada viene de Valparaíso, nada se queda allí. A menos que estires la pata, claro.

A poco de llegar, como le contó a Charles en una carta, Richard compró una bodega, ya que a veces los productos pueden estar años en el puerto y algunas semanas el bodegaje no da abasto para guardar todas las mercancías. A menos que las guardaras en las Siete Hermanas con los franceses, pero eso implicaba transporte y no convenía. Con el dinero recibido empezó a dar crédito a pequeños comerciantes que no daban garantías a los agentes del puerto como para comprar a consignación. A veces perdió, pero muchas ganó, y al tercer año se deshizo de la bodega y los problemas de ver entrar y salir mercancía, y se dedicó solo a labores financieras.

—Los números, eso es lo que a mí me gusta. Lo otro es mucho trabajo.

Un día, en una comida de una familia inglesa en El Almendral, es

que conoció a Isabel Martínez-Shaw, una singular joven del puerto de quien ya le habían dado señas.

—Ya, ¿y qué te habían dicho?

—Espera.

Isabel era hija de padre criollo y madre inglesa, una hermosa mujer de veintipocos años que acababa de enviudar y, se da cuenta después, una persona de carácter que se dedica a estudiar matemáticas. Decían que era una genia, que no salía de su casa. También se hablaba de que era rara, impía, una adúltera. El caso es que esa noche terminaron hablando de cuestiones comerciales. Un poco por mantener el contacto, bastante porque lo necesitaba, Richard le hace un relato tragicómico de sus asuntos financieros y le pide ayuda. Luego de hacerle muchas preguntas sobre el negocio, Isabel le sugiere hacer las cuentas de otro modo. «¿Cómo es eso?», inquiere Richard.

Unos días más tarde Isabel pasa por la tienda en La Planchada y, dibujando unos números en un papel, le explica:

«Si ingresa números aquí y sigue la ecuación, sabrá cuán ocupada tiene la bodega. En este apartado escribe el monto, que ingresa a la ecuación por aquí. De esa forma, podrá hacer un cruce entre los artículos de salida y los de entrada, una tabla dinámica, y por lo tanto podrá predecir con cuántos productos llenará la bodega.»

—De manera increíble, funcionó.

—¿Y por qué estudia algoritmos?

—¿Qué es eso?

—¿Por qué estudia matemáticas?

—Ni idea. Con Ruiz descubrimos que esa forma de calcular los impuestos y tasas era más efectiva y nos ahorraba un montón de trabajo. De partida, volvió inútiles a Whigley y al hijo de los Atton, que me ayudaban contando los productos a ojo, por lo que me quedé trabajando con Ruiz. De todos modos, Atton siempre fue un vago. Esperará a recibir su herencia para decir que es empresario.

Al poco tiempo, y como parte del trato propuesto por Richard, y que Isabel no había ni aceptado ni rechazado, Richard le dio algunos excedentes. Para su escándalo, a las semanas se enteró de que Isabel había donado todo el dinero a la Unión de Damas Británicas y a la iglesia La Matriz.

—Y no va nunca a la iglesia, Charles. Nunca.

—¿Y por qué te molesta eso?

—No me molesta que no vaya a la iglesia, si yo tampoco voy. Pero por qué no me dio la plata a mí. Tengo gastos.

—Pero si nunca aceptó lo que le propusiste.

—Lo rechazó la primera vez y después ya no más, quizás sabiendo que lo podía usar para mantenernos en contacto.

—¿Por qué te querías mantener en contacto?

—¿Por qué? Para salir con ella, pues, Charles.

—¿Y te gusta?

—Nah, me gustaba y luego me di cuenta de mi error —Richard hace un chasquido y niega con la cabeza—. Es una mujer muy complicada, Charles. Y no sale con ningún hombre. En Cerro Alegre dicen que es adúltera pero solo porque no se viste de negro los domingos. De verdad es un misterio.

—Por eso en la fiesta la rodeaban solo mujeres.

—Los hombres solo le hablan al pasar. Y los hombres de su edad que le hablan es porque aún no saben quién es y se hacen ilusiones —Richard mira a Charles—. Gente como tú.

—Yo la oí muy receptiva.

—Es una mujer rara, Charles, ya te digo.

—¿Tú dices que quizás...?

—Es una posibilidad. Pero tampoco es que haya muchas mujeres que la visiten.

—¿Y por qué donó el dinero? ¿Orgullo?

—Porque es rica. Lo de las matemáticas lo hace, según ella, para no aburrirse —Richard suspira—. No es para ti, definitivamente.

—Ya veo.

En esa última frase, «no es para ti», hubo algo que a Charles le molestó. Quizás era que Richard estuviera celoso de cualquier posibilidad que él tuviera con Isabel. Pero eso no era lo que le molestaba. Era la otra posibilidad: la presunción de que él no sabía del mundo, de que a él había que cuidarlo, de que otros entendían el mundo real y él no. Quizás lejos de ser para Richard un explorador resuelto, para su amigo seguía siendo Charlie, el niño que recoge escarabajos.

Se queda mirando un rato los restos de la fogata, que aún brillan en la oscuridad.

—Richard, esas conchas que vimos hace un par de días, antes de llegar a Quintero.

—¿Sí?

—Antes estaban en la costa, a la orilla del mar, y la costa subió con ellas.

—¿La costa subió con ellas? ¿Qué dices? ¿Un monstruo saldrá de la tierra?

Richard se ríe.

—La tierra se levanta, Richard.

—¿Eso me querías decir?

—Sí.

Al momento siente un fragor de telas.

—Bueno, buenas noches, Charles.

—Buenas noches.

Anclas

Por muchos sentimientos que albergara la versión de Richard, era cierto que nadie sabía muy bien quién era Isabel Martínez-Shaw. Era hija de un español y una inglesa, eso sí se sabía, y también que luego de casarse en Londres se embarcó a Chile con su esposo. En el cruce de Cabo de Hornos, en medio de una tormenta, este había tenido un ataque al corazón. Isabel desembarcó en Valparaíso con el cadáver. En los días siguientes, como ya había hecho el luto en las largas semanas de navegación, Isabel dispuso el movimiento de bienes y la compra de un terreno con una pericia que asombró a los que recién la conocían. Enigmática, su presencia en Cerro Alegre era una paradoja, una especie de ecuación imposible de resolver: viuda, pero ajena a los rituales de congoja que en su caso se seguían; atractiva y al mismo tiempo inmune a cualquier galantería masculina (su presencia era una roca donde encallaban los barcos más fastuosos); rica, y distante de los modales de su clase; elegante, pero con actitudes que dejaban ver un relajo escandaloso; incómoda para hombres y mujeres, aunque sobre todo para los hombres. El hecho que más contribuía a darle una pátina de convencionalismo era su participación en la Unión de Damas Británicas, de la que era tesorera, donante y consejera y a cuyas reuniones no iba nunca. En la pequeña y recién formada comunidad de ingleses, tan falta de personajes excéntricos, ella era uno.

La tarde del 14 de septiembre de 1834, luego de cruzar los llanos de Peñuelas y entrar a Valparaíso por la cuesta de Carretas, Charles se dirige directamente a la casa de Isabel. Viene cansado, por cierto: luego de despedirse de Richard cerca de Til Til siguió solo hasta Santiago, donde se entrevistó con un naturalista simpático pero que le habló hasta por los codos y subió la cordillera hasta el comienzo de la nieve. Entre piedras y fósiles, llenó una carga de burro, animal que va junto a él y que observa, sin mucho entusiasmo, el puerto por primera vez. En suma, desde que partió de viaje han pasado tres largas semanas.

En La Planchada hay barro y pozas por la lluvia del día anterior, y un sol débil le da algo de vida a la calle. Al llegar a la caballeriza de Tubildad deja su caballo y el burro aún cargado, le pasa una moneda al cuidador y dice que volverá más tarde por la carga. Se pone el bolso al hombro y empieza a subir a pie. Sube lento, guardando las energías, por uno de los muchos senderos que rodean las chozas. Cada tanto pasan niños de los que es imposible saber a dónde van o de dónde vienen. Más arriba encuentra un caballo famélico y con tiña que reposa indolente a la orilla de un precipicio, y aún más arriba las terrazas de la aristocracia, de baldosas y balaustradas límpidas, apuntando ansiosas al horizonte. Cuando llega al final de Cerro Alegre se da vuelta y mira el puerto: el HMS Beagle sigue fiel en el muelle.

Detiene a un inglés que baja con energía y a grandes zancadas y le pregunta por la casa de Isabel Martínez-Shaw.

—¿Ubica un árbol con las hojas redondas, de frutos rojos?

—El peumo.

—Puede ser. Sigue recto por esta calle y si ve aquel árbol es porque esa es la casa.

Una mujer abre la puerta. Lo primero que a Charles le llama la atención es que desde allí, desde antes siquiera de entrar, se puede ver la terraza con vista al horizonte, que está cruzando la sala, a solo unos pasos.

—¿Diga, caballero?

—Hola, ¿estará Isabel?

La mujer lo mira extrañada. ¿Será esa la casa de Isabel? Mira el árbol junto a la entrada y luego de nuevo a la mujer.

—¿La casa de Isabel Martínez-Shaw, verdad? —dice Charles.

—Sí. ¿Le anunció su visita?

—No tuve tiempo. Vengo directo desde Santiago.

De repente una silueta interrumpe la luz que viene de la terraza.

—Ah, ¡es usted! —se escucha desde el interior.

—Así parece.

Mientras espera que Isabel salga de la penumbra, a Charles de súbito le invade la timidez, como si estuviera haciendo algo que no corresponde. Y sus ropas: se sacudió un poco el polvo de su chaqueta de gamuza y se lavó la cara con el agua que le quedaba, pero aún así

está sucio, poco apropiado para una visita. Eso ya lo sabía antes, pero ahora una voz interior lo fulmina, una voz como la de su padre o de su hermana.

Isabel se asoma y la criada se va.

—Venga, ¿quiere pasar a la terraza?

—Como prefiera.

—¿Viene directo del camino?

Isabel ha reparado en sus ropas, por supuesto.

—Sí, es que me quedaba de paso.

Una vez que han puesto delante de ellos un jarrón con té, tazas y un plato con galletas, se sientan en dos tumbonas que dan directo al puerto. La vista desde allí se parece a la que había desde la terraza en la fiesta de los Wellington, aunque Charles no está tan seguro. Como una vista la tenía de noche y esta en cambio la ve de día, cada imagen funciona como réplica de la otra, dos puertos lejanamente parecidos.

—Bueno, ahora sí hay silencio, no como el otro día en la fiesta —dice Isabel.

—Sí —dice Charles. ¿Qué más va a decir? Puede inventar una excusa e irse rápido, aún está a tiempo.

Charles e Isabel se miran nerviosos, aunque algo en Isabel indica que, al mismo tiempo, disfruta la situación, como si pasara lo que pasara será una buena historia que contar. Pero ¿a quién? ¿A quién le contaba sus historias?

—Qué bueno que me pilla aquí, estaba por salir a casa de unos amigos en El Almendral.

—¿Tiene que salir? Disculpe mi llegada sin avisar.

—No, no, queda un rato todavía —dice Isabel, que roza con la mano su rodilla.

—¿Va mucho para allá? —la pregunta atraviesa la garganta seca y tensa de Charles. Toma la jarra y se sirve té en la taza.

—A veces. ¿Quiere azúcar?

—Sí, gracias.

Luego de acercarle el plato con terrones, Isabel lleva las manos a su falda y se plancha el vestido de arriba abajo.

—¿Ha estado bien su viaje? ¿Le gustó Santiago?

—Sí, es una linda ciudad, aunque todo el mundo me preguntaba por

Valparaíso.

—No me diga.

—La última noche conocí a un señor que había llegado hacía pocas horas desde aquí, del puerto, y me preguntó por Valparaíso.

Isabel sonríe.

—Será porque es extranjero.

—Puede ser. Pero también le interesaba mucho la opinión que se tenía de Santiago. Eso es lo que quería saber.

—Qué bueno que se interesen. Hace un año el Gobierno puso a Portales de gobernador. No funcionó tan bien.

—Hay ajetreo considerable por Portales.

—Aquí duró un par de meses y luego se fue. En estos momentos no ostenta cargo alguno, lo que significa que es aún más poderoso.

—Ah, fíjese que en Santiago oí mucho de él y nadie me explicó eso.

Isabel se acomoda en la tumbona y suspira.

—Bueno, cuénteme.

Charles siente que la poca confianza que ha ganado se desvanece en un segundo, como si lo alumbraran de pronto con mil faroles.

—¿Qué cosa?

—Qué ha venido a hacer a este continente.

—Ah. Qué difícil.

—Yo después le hablo sobre álgebra, y así no vuelve nunca más —dice Isabel, y se ríe.

—No lo creo —responde de inmediato Charles, y el énfasis con que dice esa frase casi le avergüenza. Se da cuenta de que le molesta pensar en irse.

Isabel lo sigue mirando. Tiene que decir algo.

—Bueno, como le decía, acompaño al capitán FitzRoy en la travesía cartográfica que comanda: la idea es terminar los mapas de la costa de Sudamérica. En el viaje anterior del Beagle se hicieron grandes avances y ahora toca perfeccionarlos.

—Ajá. ¿Quiere galletas?

—No, gracias. Mi labor, en particular, es recolectar animales y plantas, que envío a Inglaterra para estudio, además de tomar datos y observaciones para discusión geológica.

—Cuénteme más de esa observación geológica.

—¿Quiere detalles?

—Sí.

—¿De verdad quiere que le cuente?

—Sí.

Nadie en el viaje le ha preguntado con ese interés. Está por decir cosas que hasta ese momento solo ha mencionado en cartas.

—Bien, pero si se aburre me dice.

—Bueno.

Charles toma aire. A su alrededor, junto a los muros de la casa, reposan maceteros con cactus, un ciprés enano y una variedad de romerillo. En la esquina hay una palmera joven y un cedrón. La balaustrada de acero de la terraza dibuja bellas formas concéntricas.

—Existe en el mundo un vivo debate entre plutonistas y neptunistas. Los plutonistas afirman que la Tierra se ha formado gracias a la acción del fuego, los neptunistas por la acción del agua. No es una discusión fácil de dirimir.

—Agua y fuego. No hubiera imaginado que ese era un tema.

—Lo es. Pero esa discusión no es tan importante como otra.

—Ah, hay más.

—Catastrofistas y uniformistas... Los catastrofistas dicen que nuestro planeta se ha moldeado a punta de catástrofes, y los uniformistas, en cambio, a cuya cabeza está mister Charles Lyell, sostienen que la Tierra se ha formado lentamente.

—Entiendo.

—Muy lentamente —dice Charles.

—Como se forman los seres humanos.

—Aunque también hay catástrofes.

—Sí. Ya, y ahora lo importante. ¿Qué piensa usted?

—¿Yo? —Charles se siente interpelado.

—Sí, usted.

Charles toma aire.

—Bueno, déjeme pensar.

Isabel se ríe. Al parecer su nerviosismo le hace decir cosas divertidas.

Charles tamborilea con los dedos.

—Creo que mister Lyell tiene razón. De lo que he observado, la

subida del continente en relación al nivel del mar ha sido gradual, no ha habido nada violento. Además, hay una imposibilidad práctica: un súbito levantamiento de la tierra hubiera provocado la extinción del ser humano. Y en cambio, aquí estamos.

—Pero entonces ¿el continente se levanta, dice?

—Aquí al norte de la ciudad, antes de llegar a Quinteros, encontré bancos de conchas a 300 metros de altitud. Son manchas blancas en la cordillera que han ido subiendo, como una marca en la piel que se mueve a medida que uno crece.

—Ya...

—Y la búsqueda de esas marcas de la Tierra se vincula a mi búsqueda de fósiles.

—Los fósiles —dice Isabel.

Isabel lo mira divertida, como si estuviera diciendo tonteras. ¿O es idea suya?

—Sí. Desde la Antigua Grecia los fósiles se han considerado como simples caprichos de la naturaleza, una extravagancia.

—¿Y no lo son?

—Ya no. Son vestigios de seres vivos de otras épocas, que cuando vivían eran muy comunes. Es decir, había muchos más como ellos. En la actualidad están extintos o se fueron transformando en otros seres vivos.

—«Se fueron transformando en otros seres vivos» —repite Isabel lentamente—. Vaya, eso es interesante, ¿no?

Quería decirle cuán hermosa era, eso era lo interesante.

—Lo es, madame. Y fue hace solo unos meses que empecé a pensar que ambos fenómenos, el levantamiento de los continentes y la creación de nuevas especies, están relacionados.

Isabel piensa un segundo.

—¿Y cómo?

—Aún no lo sé, tengo algunas sospechas.

—No quiero sonar supersticiosa, pero ¿cómo saber que no están en otra parte, en una región a la que no hemos ido?

—Es una buena pregunta. Yo no vi ninguno en la Patagonia.

—¿Y si están, por ejemplo, bajo estos mismos cerros y un día salen?

—Si sabe de algo me avisa —dice Charles con una sonrisa.

Isabel se ríe.

—O sea que podría haber monstruos.

Charles encoge los hombros.

—A juzgar por los fósiles que he encontrado, es más probable que se hayan extinguido —dice Charles.

Isabel lo mira interesada. Realmente interesada, ya no con esa hospitalidad complaciente y esa superioridad vaga de hace un momento. Continuaría.

—Verá, madame, todo el asunto de los fósiles nace del hecho de observar un pájaro, o una especie de pájaro, o sea, muchos de su tipo. Cuando en esa tierra en la que vive ese pájaro, se encuentra un fósil que tiene características parecidas, pero no idénticas, se puede estar seguro de que ese fósil es antepasado del pájaro actual. Ahora bien —se apura en decir Charles—, si es que además de ese fósil encuentro otro que sigue teniendo rasgos en común pero también otros rasgos todavía más distintos, entonces ese es un antepasado más antiguo, y se puede trazar una línea de tiempo con los distintos fósiles.

—No son todos el mismo pasado. Son pasados consecutivos.

—Así es, y muestran cómo ese pájaro fue cambiando con el tiempo. Mientras más distinto es el fósil a la especie actual, mayor es su edad. Si es más parecido, su edad es menor.

—Pero dígame, ¿por qué tiene que venir a este continente para comprobar esas cosas? Aún no me ha explicado la razón de su viaje, salvo mantener contento al par de tipos en Inglaterra que reciben con fruición sus restos de monstruos.

Para verla, podría contestar. Para aprender de álgebra.

—Inglaterra, por su clima templado y falta de terremotos, no provee buenas posibilidades de observación, así que este es el lugar. Allá seguramente existían monstruos del mismo tamaño, pero como no se congelaron no se mantuvieron intactos. Y sobre la ausencia de terremotos...

—Están los esqueletos debajo y falta algo que los bata para que se muestren —dice Isabel, moviendo las manos. La mirada inteligente de Isabel se posaba sobre él como un rayo.

—Es un modo de decirlo. Sí, es un gran modo de decirlo.

—Y que Inglaterra es aburrida, eso quiere decir. Los ingleses somos

aburridos.

Charles sonríe.

—No he dicho eso —Charles mira a Isabel—. Pero quizás. Usted no, en todo caso.

—Qué bueno —dice Isabel, en tono de alivio.

Se miran y se crea un silencio incómodo. Charles tose.

—Bueno, esa es más o menos la investigación que llevo.

—O sea que la Tierra es muy antigua.

—Un par de cientos de millones de años.

Isabel abre los ojos, sorprendida.

—Qué perdidos andan los curas —dice Isabel.

—Le traje una cosa —dice Charles.

—¿Cómo dijo?

Charles se aclara la garganta.

—Que le traje una cosa —Charles toma su bolso y saca de él un objeto envuelto en tela. El lino es blanco, o era blanco, pues en sus orillas muestra polvo del camino. Charles comienza a desenvolverlo—. Mire, estaba en Santiago y un librero, un señor Zapioli, Zapiola, me ofreció un par de libros, y entre sus ejemplares tenía este y me acordé de usted.

Charles descubre un libro, que Isabel recibe con los ojos abiertos. El libro tiene tapas de cuero verde y en su portada, con grandes letras doradas y manuscritas, dice «*botella*».

—No es que tenga que estudiar lo que lleva, lo encontré bonito —dice Charles.

—Lo encontró bonito —dice Isabel.

Había vuelto ese tono. Como si tuviera interés en lo que dice y, al mismo tiempo, lo remedara.

—Estético, digamos —dice Charles.

Isabel lo abre y pasa las páginas. Charles escucha el sonido de las hojas mientras mira esos dedos finos moverse.

—Un recuento de los procesos matemáticos, desde los árabes hasta ahora. Muy interesante. Lo leeré con gusto. Y sí, es un lindo objeto.

Isabel lleva su mirada desde el libro hacia él.

—Muchas gracias.

—Oh, de nada. Apareció enfrente de mí y no lo pude dejar ir.

—¿Lo ha pasado bien en su viaje? —dice Isabel.

—Sí —miente Charles.

Isabel lo observa por varios segundos. Luego dice:

—Ahora debo irme, pues me esperan en el Almendral, pero qué gusto que vino. ¿Nos veremos de nuevo? —dice Isabel.

—Sí.

—Bien.

Sale a Montealegre y con pies ligeros se dirige a la casa de Richard. El viento se escabulle por las calles cerro abajo, un viento que le enfrenta y que le limpia el cansancio de todos los días de viaje, no, ¡de los tres años! ¿Quién era Isabel? No sabía, pero quería estar cerca de ella. ¿Se sentiría celoso Richard si le cuenta? Quizás sí, quizás no, pero podría ser un obstáculo para ver a Isabel de nuevo. Se guardará esta visita, al menos por ahora.

Dobla por Montealegre y entra al patio trasero de la casa de Richard. Todo está igual que cuando se fue: leña y dos sacos de trigo guardado al fondo, tablas de madera apoyadas contra un árbol, algunas gallinas dan vueltas.

Ni mapa ni territorio

—¿Querrá té, mister? —pregunta la señora López.

—No todavía, gracias. ¿No está el señor Corfield?

—Creo que salió hace unos momentos. Antes que me pregunte, le aviso que un montón de cartas lo esperan.

—¿Dónde?

—En la cómoda de la entrada.

—Excúseme —dice Charles.

Charles recorre el largo pasillo de la casa hasta alcanzar la puerta de salida. Se acerca a la cómoda de caoba, ubicada al lado de la puerta, y abre el último cajón. Toma el fajo de cartas y lo inspecciona: una de su hermana Catherine, dos de su padre, otra de Whitley. Debajo de la de Whitley, el tomo que le falta de «Principles of Geology». Comienza a leer el índice cuando encuentra una nota entre las hojas. La abre. Es la carta de Henslow.

«Mi estimado Charles: te agradezco el amplio y completo trabajo sobre la flora y fauna de Brasil, y los apuntes sobre el Nothofagus nitida de las tierras altas de la Patagonia. Serán de mucha ayuda para avanzar en nuestras investigaciones, y ya puse a un grupo de estudiantes a estudiarlas. La piedra sedimentaria de Río Negro la envié a Herschel para que la analice. Te envío el tomo de Lyell prometido, que sé que estarás muy contento de recibir.

No obstante, te pido considerar un mejor envío de las muestras. El cuero de Tierra del Fuego llegó deshecho, y las orquídeas estaban secas y enteramente rotas. Tuvimos que botarlas.»

Luego Henslow le cuenta sobre los últimos trabajos de Herschel y los suyos propios, pero Charles no sigue leyendo. «Pasó por Cambridge…», «en ese instante el pulpo cambió de color…», «una roca volcánica que…», «Recibe de mi esposa y yo los mejores des…». Etc., etc. Vaya,

así que ha enviado mal las muestras. Parado en medio del recibidor de la casa, considera la reprimenda. Mandará a hacer unos bastidores, sí. Y en adelante las pieles las envolverá y las enviará en un baúl sellado: hará que le echen brea alrededor y que en Inglaterra vean cómo lo abren. Sí, hará eso. De lo que ya va en camino, ¿qué otras muestras llegarán dañadas? Le preocupan las tortugas acuáticas y las plantas carnívoras de Brasil, sobre todo las de Bahía. Y ese fósil de gliptodonte de Argentina... Pero, por otra parte, no puede hacerlo todo perfecto, ¿no? Es mucho trabajo, esa es la verdad. Acaba de llegar con una carga completa de fósiles de la cordillera chilena. Por lo demás, ¡qué sabe Henslow de Isabel Martínez-Shaw!

Se pone el libro de Lyell y las cartas bajo el brazo y camina a su habitación, y antes de entrar se le interpone la silueta de Richard, que intenta asustarlo.

—¡Charles!

—¡Richard! Me dijeron que no estabas.

—Acabo de volver.

Sin esperar respuesta, Richard le da un abrazo. Luego le pone la mano sobre la mejilla.

—¿Cómo te fue?

—Un viaje largo, pero bueno —dice Charles, y luego entra a la habitación. Richard le sigue. Charles deja las cartas y el libro sobre el escritorio, bota el bolso al suelo y se deja caer sobre la cama. Está tan cansado que podría pasar acostado un par de semanas, pero también con el cuerpo electrizado, preso de una extraña efervescencia.

—Yo volví por Quillota —dice Richard—. ¿No te habría ido mejor por ahí?

Richard se sienta en la silla del escritorio y apoya sus botas con barro sobre la mesa, cerquísima de las cartas y el libro recién llegado.

—Puede ser. ¿Tú cómo estás?

—Estupendo. Es que me enteré de que cobran peaje en el camino de Carrascal —sigue Richard, al parecer decidido a hablar sobre los caminos.

—Sí, algo escuché que están haciendo obras —dice Charles.

—Qué frescura, ¿no te parece?

—¿Qué cosa?

—Que cobren por los caminos.

—En Inglaterra es igual, Richard. Es lógico que cobren si cuesta dinero hacerlos.

—Pero podrían avisar antes.

—Y si avisaran, ¿tomarías el desvío?

Richard encoge los hombros.

—¿Por Melipilla quizás?

—Bueno —dice Charles, que quiere cambiar de tema—, espero que hayan ido bien las cosas.

—Sí, los barcos australianos llegaron sin novedad. Está siendo una buena primavera para el puerto, esa es la verdad.

—Me alegro —dice, Charles, y se saca las botas—. Bueno, yo me miraré los pies un rato.

Richard se queda en silencio.

—¿Y? ¿Qué te pareció?

—¿Qué cosa?

—¿Crees que estará bien?

Charles piensa en cómo se ha podido enterar tan rápido. ¿Es que acaso en esa ciudad todos sabían todo? Richard le podía recriminar que mientras se alojaba en su casa le escondía cosas.

—¿A qué te refieres?

—¿No te contaron?

Charles se sienta sobre la cama, más intrigado que nunca.

—¿De qué me estás hablando?

—Lo siento, Charles, pensé que la noticia había llegado a Santiago. FitzRoy se ha vuelto loco.

—¿Loco? ¿Cómo «loco»?

Minutos después, con las botas mal amarradas, Charles desciende por el sendero que lo lleve lo más rápido posible al plan. A diferencia de su llegada de hace unas horas, en este momento el puerto nuboso y gris se ve incluso más invernal que en junio, ya sin esa paz que sigue después de la lluvia. Y el Beagle, al que solo dedica un vistazo, atento como va a las piedras cerro abajo, parece ahora un peso muerto, un objeto puesto en bodegaje. A su lado el muelle, toda bulla y fragores, no le regala ni una pizca de vida. Era imposible que Isabel, cuando lo recibió en su casa, no supiera lo de FitzRoy. Y si es que no sabía, ¿por

qué no sabía? Era muy extraño. No, si tenía que saber, y por alguna razón no le contó. Al doblar el camino, recuerda la última imagen que tenía de FitzRoy: en su camarote en el Beagle, alterado como estaba siempre en las mañanas, sin ganas de ver a nadie. Así mismo se lo imaginó durante todo el viaje a Santiago, como una imagen detenida. Oh, cuán mal hacemos en detener a las personas en un estado fijo, cuánto cambian apenas volvemos nuestra vista hacia otro lado, como las mareas, como el piso que nos sostiene. Es como si el resto del mundo solo necesitara de nuestra leve, sutil distracción, para mutar de forma violenta. ¿O la presunta locura de FitzRoy es toda una exageración —o peor, ¡invento!— de Richard, acaso un estado febril tomado demasiado en serio?

Al llegar al barrio de la Matriz pregunta a un vendedor por doña Anita. Sigue a un niño y el ruido de chancletas lo guía cerro arriba hasta una casa, en una subida, con una cortina como puerta.

—¿Aquí es?

—Aquí es —dice el niño, y se da media vuelta y se va.

Antes de entrar da un vistazo al mar, que está allí abajo, a solo unos metros, un mar azul oscuro que trasiega una espuma densa, pesada. Traspasa la cortina de un manotazo torpe, y camina a ciegas por un pasillo. Escucha susurros, no sabe si de casas aledañas o de habitaciones escondidas. Siente que pisa barro; a su lado asoman habitaciones con braseros y ollas humeantes, personas que hablan despacio y que lo miran con atención. Llega a un patio de luz, en donde una anciana sentada frente a una mesa limpia unos huesillos.

—Buenos días, ¿doña Anita?

La mujer lo mira sin responder, como si supiera cosas que él no, y se seca las manos en un paño que tiene en su falda.

—Venga por aquí —dice.

Cuando sus ojos se acostumbran a la oscuridad le cuesta creer lo que ve: el hombre que lee las nubes como nadie tiene la mirada perdida, el pelo revuelto y ojeras más gruesas de lo habitual. Es evidente que ha perdido kilos, también. Y eso que Richard, mientras se colocaba las botas, lo ha preparado: empezó por romper cosas en el Beagle, y recaló en una habitación cerca del puerto en que lleva semanas sin levantarse de la cama ni ver la luz del sol; nadie lo ha podido sacar de allí, ni

siquiera caballeros ingleses que le ofrecieron elegir la habitación que quisiera en Cerro Alegre. Según dice, quiere estar cerca del puerto.

Desde el umbral Charles estudia a FitzRoy, que lo ojea con recelo y luego lo ignora. De forma sigilosa da unos pasos y se sienta en una banca al lado de la cama. Luego de varios minutos, habla tranquilo.

—¿Cómo está, capitán?

La voz de FitzRoy brota dura y decidida.

—Viendo lo que vio Pringle Stokes, nada más.

—¿Cómo dice?

—Pringle Stokes —se limita a repetir FitzRoy, sin mirarlo.

—¿Qué pasa con Stokes?

—Él vio algo que nosotros no. Es la deuda.

—¿Cuál?

—El sinsentido de todo esto, pues.

—No lo estoy entendiendo.

—¿Es que no lo ves? Toda esta exploración, estos objetos y animales que recolectamos, que tú recolectas... Ofendemos la obra de Dios, ¿o no te das cuenta? Inmiscuimos nuestras narices en los mecanismos de un reloj más grande que nosotros. Un reloj que no hemos hecho.

—Qué puedo decir ante eso, capitán.

—¿Ves? Te anega la culpa.

Charles se debate entre el silencio complaciente ante alguien que necesita cuidados y el impulso de discutir. Toma el segundo camino.

—No estamos haciendo nada malo. Ni siquiera hemos movido el curso de un río.

—¡Ah, pero la arrogancia, la arrogancia! —dice FitzRoy, y su mano empieza a moverse nerviosa por la cubierta de la cama—. La insolencia de estas hormigas que se mueven ufanas y curiosas, palpando lo que no les corresponde. Cómo nos atrevimos.

—Robert...

—El que está pagando todo eso soy yo, del mismo modo en que pagó Stokes. Lo acepto como mi deber.

FitzRoy sigue aludiendo a Pringle Stokes. El primer capitán del Beagle, en el viaje anterior a la Patagonia, se encerró cuatro semanas en su cabina, aislamiento al que dio fin con un escopetazo en la cabeza. La bala no le hizo perder la consciencia, pero lo mató once

días después. Sus maldiciones, en forma de aullidos primero, como susurros luego, se escucharon en el barco durante toda su agonía. El mismo día de su muerte FitzRoy asumió como su reemplazante. Fuera culpa real o un agotamiento que lo empuja al delirio, Charles siente el deseo de ponerle la mano sobre la frente para evaluar la fiebre, pero se refrena. Como sea, de lo que está seguro es que en la mente de FitzRoy hay un cielo oscuro y encapotado.

—Y la medición cartográfica de las costas, Robert, ¿también la ves como un sinsentido?

—Es un trabajo —dice FitzRoy, seco—. Comprenderás que un huracán de viento no es lo mismo que un ancla que flota, y que cuando la marea sube la pistola cargada hace lo suyo.

Siente una presencia, una respiración. Mira hacia la puerta y nota que la mujer, Anita, ha estado en la habitación todo el tiempo. Está a un lado del dintel de la puerta, con sus manos en la espalda, y en contraste con la luz que entra desde el patio interior es un bulto que apenas se ve. Es como una silueta de mármol, una gárgola. El bulto se desliza y sale.

—Yo nací un día que Dios estuvo enfermo —dice FitzRoy.

—¿Qué dice?

—Hoy no ha venido nadie a preguntar, ni me han pedido en esta tarde nada.

—Deben estar atareados en sus cosas. ¿Cómo está?

FitzRoy hace un gesto de desdén.

—Yo me acabo de enterar —dice Charles—. Llegué esta mañana desde Valparaíso y en cuanto supe vine para acá. Le podría contar el viaje.

—Sí, es algo bueno, que no vengan. Dime, ¿qué provecho tiene el hombre de todo el trabajo con que se afana bajo del sol? Generaciones van y vienen, pero la tierra siempre permanece. Siempre.

Es el Eclesiastés, piensa Charles. O el comienzo de los Salmos.

—Sepa que puede contar conmigo para lo que sea. Si quiere…

—No te necesito, pues no necesito a nadie. Los vientos se mueven más fuertes que nunca y no tengo energías para conversar.

—Le traigo agua a los señores —se escucha. La mujer ha vuelto con un jarro de greda y dos vasos. FitzRoy se pone la mano en la frente y

se lamenta.

—Más fuertes que nunca, más fuertes que nunca —dice FitzRoy.

—¿Qué cosa?

FitzRoy saca de entre las sábanas una Biblia y la coloca sobre su falda.

—Esto me ayuda.

—¿Estaba citando el Eclesiastés?

—No, no estaba citando nada.

—Recién, hace un momento.

—Señora, más agua.

—Sí, cómo no —dice la mujer.

FitzRy toma el jarro, lo acerca a su boca y bebe directo de él a grandes sorbos. Luego lo baja, lanza un eructo y exhala satisfecho.

—Yo, como tantos otros, admiro mucho tu labor, Robert, y como tu amigo quiero que sepas que la expedición no cruzará de vuelta sin ti. Te cuidaremos hasta que estés bien.

FitzRoy le devuelve el jarro de agua a la mujer y vuelve a mirar la Biblia.

—Me acompaña mucho. Sí —dice FitzRoy.

Cuando Charles sale al patio de luz, que ya casi no tiene luz pues atardece, se da vuelta y espera por la mujer.

—¿Ha tenido fiebre?

—Los primeros días, después no. No deja mucho que lo toquen, en todo caso.

—¿Cómo duerme?

—Duerme bastante.

—Eso está bien. Por favor, vigílelo de cerca. Vendré mañana. ¿Hay algo que pagar?

—El señor Wilkinson se encarga de eso —dice la anciana, que aun así lo mira con ojos ansiosos.

Charles busca en sus bolsillos algunos reales y se los pasa.

—Por su atención.

—Gracias, mister.

Charles avanza por el pasillo y sale a la calle a media luz. Baja la colina y al encontrar la Planchada se encamina al norte, al puerto. Todo está más solitario; los toldos y telas se han recogido, los palos que las sostenían ya no existen. Aquí y allá se vislumbran un par de tabernas, un rumor de voces que anidan entre muros, y en la playa se iluminan fogatas con sombras alrededor. Las calles, ahora lo ve con más atención, están llenas de barro y de pozas que le devuelven pedazos de cielo, un cielo quebradizo, ondulante, incierto. Y el barrio también ha cambiado, en las pocas miradas con las que cruza nota una música de peligro que era nueva para él. Apura el paso. Sus botas siguen pisando barro y quebrando pozas hasta llegar a la altura de Cerro Alegre. Desde ahí abajo se ven las casas de los ingleses y sus terrazas. Trepa cerro arriba por un sendero nuevo y llega a un muro de piedras, bajo, que salta para llegar a Montealegre, donde lo recibe un farol, a punto de apagarse, que con amabilidad dedicada, casi personal, lo conduce con su luz hasta la puerta de Richard.

Antes de entrar al patio se detiene y mira el exterior de la casa, y piensa en todo lo que ha vivido ese día: la llegada a la costa, la visita a Isabel, el humor maligno que azota a FitzRoy. Y en ese anochecer lleno de sentimientos encontrados, con un cúmulo de sensaciones, tiene por primera vez el pensamiento de que podría quedarse para siempre en Valparaíso.

Al día siguiente lo despiertan un par de rayos de sol que bailan bajo la cortina. Se viste con calma, sale al patio, donde se moja la cara, y luego entra a la cocina. Ahí encuentra a Richard y la señora López. Aún somnoliento, acepta el ofrecimiento de esta última de pan y huevos y se sienta a la mesa, frente a Richard.

—¿Qué hay? —dice Richard, que lo mira atento.

—Bien.

—¿Y?

—¿Qué cosa? Ah. Está en una pieza sin luz de La Matriz —Charles encoge los hombros—. Estará bien. Pasa que en Brasil había descansado y estaba feliz, pero el último año y el paso por Cabo de Hornos lo maleó.

—Dicen que con un cuchillo rompió un par de velas del barco.

—Robert es así, a veces es muy enérgico.

—Ya.

—Y también hay un recuerdo del capitán anterior que le persigue.

—¿Sí?

Charles piensa si extenderse en la historia de Stokes.

—Estará bien —dice finalmente.

La señora López pone en frente de él los huevos y el pan. Dentro de la paila, en una orilla, hay un tomate pequeño cortado en rodajas con orégano encima.

—Muchas gracias.

Charles toma el pan y lo unta en la yema de los huevos. Se lo lleva a la boca. Richard se levanta.

—Bueno, Ruiz me estará esperando —Richard mira por la ventana —. El clima está cada vez mejor, así que espero que uno de estos días el capitán salga a tomar algo de sol.

Charles, con la boca llena, asiente.

—¿Y has visto a Isabel?

Charles traga el pedazo de pan con dificultad. Cuando termina de digerirlo dice:

—Pensaba verla.

—El sábado habrá una recepción de la Unión de Damas Británicas, si te produce tanto misterio. Así que podemos ir.

Charles asiente.

—Pero vas a chocar contra un muro, ya te digo.

—Puede ser.

Alamedas

La semana transcurre con visitas esporádicas a FitzRoy, visitas que en general terminan en el patio de entrada, solo preguntándole a la mujer que lo cuida cómo se encuentra el capitán y pasándole dinero. Luego Charles regresa a su exploración en las quebradas, una mera excusa para pasar a ver a Isabel. A veces la encuentra, a veces no, el caso es que nunca anuncia su llegada. Charles lo justifica en que recorre los cerros y de repente da con su casa, una razón absurda, sobre todo a la tercera vez que la emplea, pero que de inmediato se transforma en una especie de clave entre ellos. Ambos saben que se reúnen a espaldas de Richard y del resto de los ingleses, y a pesar de que no es peligroso, o no piensan que lo sea, el secreto contribuye a agregarle una excitación inesperada al hecho de recién conocerse. Y crea situaciones absurdas: Charles acude a la fiesta que le invita Richard ya sabiendo que Isabel no asistirá, y obligado a fingir desilusión por no verla. ¿Cuánto importaba cuidar los sentimientos de su amigo? ¿Acaso ese ocultamiento no era mucho peor? Estaba seguro de que no le importaría saber, pero la solicitud de prudencia de Isabel le hace callar.

Al menos, piensa, de la situación completa emana cierto equilibrio, pues si omitía esos encuentros a Richard también le ocultaba algo a Isabel. Porque aunque intenta ser lo más sincero con ella (lo que contrastaba con las respuestas de Isabel, transparentes pero cargadas de un tono enigmático y con esa arrogancia que a él tanto le atraía), lo que no le había dicho, o había embellecido, era el modo en que obtuvo el libro que le llevó de regalo. Lo único cierto es que provenía de Santiago. Pero ¿para qué decirle? Por lo demás, no sabía si le favorecía explicar que para conseguirlo había hecho un montón de gestiones, que incluían a un naturalista francés y un lingüista venezolano.

Luego de separarse de Richard en Til-Til, Charles había cabalgado solo hacia la capital, siempre con su rifle a la vista por si pasaba algo. No pasaron muchas cosas, salvo acacias en flor, hasta que dio con la

ciudad. Al igual que con Valparaíso, que luego de avistarlo desde el mar tuvo que esperar un par de horas a llegar a su orilla, Santiago apareció muy a lo lejos, al pie de la montaña, y transcurrió una mañana completa antes de alcanzar las primeras casas. No era como Tenerife, que asomó de golpe detrás de una montaña, como si saludara agitando los brazos, o Cabo Verde, que surgió de la neblina a unas decenas de yardas, o Río, al que llegaron de noche y que descubrió al otro día, después de dormir a medias con el sonido de los bichos y pájaros y todo lo que prometían, tan ruidosos que se escuchaban quinientos metros mar adentro. Santiago, en cambio, no. Al fondo de una llanura lisa y cubierta de arbustos secos, la ciudad se acercó a él con sigilo, como si lo mirara de reojo, invitándole pero también advirtiéndole.

Se alojó en un hospedaje del centro y comenzó a contactar a gente de la comunidad inglesa y a anunciarse a los encuentros que ya había solicitado por carta. Al tercer día se reunió con el francés.

—A ver, por dónde empezar —dice un hombre de estatura mediana, cuerpo robusto y vestido con chaqueta de lana. Llevan un buen tiempo caminando, así que el hombre toma aire y dice—: Pedro de Valdivia reunió a sus oficiales a las faldas del San Cristóbal, y los mismos indios le recomendaron fundar la ciudad en la isla que formaban los brazos del río Mapocho.

—¿Una isla? ¿Dónde, monsieur? —pregunta Charles.

—Estamos caminando por ella.

—¿Estamos caminando por ella?

—Uno de los brazos del río ya no existe, fue cubierto por O'Higgins para hacer encima la Alameda de las Delicias. Eso fue poco antes que yo llegara.

Charles asiente con sorpresa. Su interlocutor, unos diez años mayor que él, ilustrador y comisionado del Gobierno chileno para crear una historia natural del país, habla mucho, lo que a Charles le viene muy bien. Todavía no le pregunta por el libro de álgebra, pero vamos por partes.

En los primeros días en Santiago su rutina se da así: en la mañana recorre algunos lugares de la llanura, como barrio Dieciocho y Campo de Marte; en la noche cena con comerciantes ingleses, cuál de todos

más sentimental. Claro, con estos es más importante que él sea inglés y que venga en una expedición, y muestran poca o ninguna inclinación por su labor científica. Cuando les pregunta por algún libro de matemáticas responden con risas nerviosas o evasivas que acusan su extravagancia, imposible de mencionar directamente sin caer en la mala educación. En fin, para crear alguna chispa de interés y animar las veladas Charles habla de plantas exóticas, o de algún monstruo marino (muerto, aclara, muerto), pero lo que causa real excitación son los detalles sobre la labor militar y colonizadora del HMS Beagle en el nuevo continente. ¿No tiene el Beagle cañones? Ahí la atención baja, pero Charles la recupera describiendo los batallones argentinos. Y qué se podía esperar, si hace menos de dos décadas que las tropas de España se fueron, y con una patria tan joven los señores ingleses confían, con un entusiasmo al límite de lo prudente, en que Inglaterra reemplace su influencia y mandato. Eso sí que es excéntrico, piensa Charles. Al pasar los días, entre sus caminatas por Santiago y sus noches en sociedad, entre el ímpetu inglés y la calma peligrosa de los criollos, Charles echa en falta un referente, un ancla con que fijar un punto estable en ese mar de incertidumbre y anhelo, y por fortuna lo viene a encontrar en la elocuencia de Claudio Gay y esta caminata por el borde sur del río Mapocho.

—La ventaja de tener la Alameda por un lado —continúa Gay— y por el otro este paseo es que ambos caminos se dirigen al poniente en diagonal. En diagonal, ¿ve?, lo que facilita el traslado. El resto de la ciudad, lástima, se construye sin diagonales. Yo lo he dicho, pero no me escuchan. El trazado en ángulo recto alarga las distancias, cosa poco natural. Porque en la naturaleza, mister, cuando uno ve un árbol al que quiere ir, va directamente, ¿no cree?

—A menos que haya un cerro —dice Charles, y en seguida la frase le recuerda tantas caídas, tantos rodeos sin éxito.

—Tiene razón. Lo curioso es que la posibilidad de que en la selva un cerro o un río le haga a uno desviarse es menor al tributo que, en las ciudades, rendimos de forma constante al trazado en cuadrados. Sí, eso es —asiente Gay—, es un impuesto de la ciudad.

—Entiendo.

—Es más ordenado. Pero podría haber algunas diagonales de vez en

cuando. ¿Para qué perder tiempo? —dice Gay.

Las pisadas de ambos suenan sobre la tierra, mojada por la lluvia del día anterior. Los árboles en flor avisan la llegada de la primavera.

—A propósito de las diagonales, ¿conoce el triángulo egipcio? —dice Charles, empeñado en caer simpático.

—¿Cuál es ese?

—Es un triángulo que tiene un lado con una medida de 3, otro de 4 y otro de 5. Lo usaban los egipcios para conseguir ángulos rectos en sus construcciones.

—Una parte tiene 3, otra 4 y la siguiente 5. Comprendo.

—Si se suman sus lados, son 7 unidades siguiendo el ángulo recto, y solo 5 en diagonal.

—¡Exacto! Es lo que le digo. Y cuanto mayor es la distancia, ¡mayor el trecho de más que se debe recorrer! —dice Gay, como si el triángulo lo hubiese inventado él—. ¿Y desde cuándo estudia tanto las matemáticas, mister?

Charles se aclara la garganta.

—Me interesa porque no la conozco bien, monsieur. Por eso le pregunté por el libro.

—Mire este puente —dice Gay, sin hacer caso.

Al frente de ellos, como continuación de la calle, un puente se eleva sobre el río y une la ciudad con la ribera norte. De unos 150 metros de largo, clava un par de pilares en el agua. Por el lado poniente, justo encima de cada pilar, pareciera haber pequeños quioscos con mercaderías. Transita gente, mucha gente.

—¿Ha ido para allá, monsieur? —dice Charles, mientras apunta a las construcciones de enfrente, un brote irregular de conventos y torreones.

Gay duda.

—Alguna vez, sí. La Chimba es barrio peculiar. Durante la Colonia era una zona indígena, y luego surgieron algunos monasterios y el cementerio. Y las chinganas, claro.

—¿Chinganas?

—Los bares populares. Yo no voy muy a menudo.

Se quedan observando el río y el puente.

—Me disculpa, ahora debo seguir con mis compromisos. ¿Lo espero

en mi quinta, entonces?

—Iré, mi estimado señor. No puedo esperar a ver sus colecciones —responde Charles.

—Le interesarán.

—Y sobre lo que le pregunté...

—Sí, sí, no le prometo nada, pero buscaré.

—¡Gracias!

Charles le estrecha la mano.

Gay da media vuelta y se aleja por San Antonio. Charles mira el río, el puente y el espectáculo humano. Decide cruzar al otro lado. Sus pasos avanzan por las tablas de madera puestas sobre los adoquines, movedizas por las pisadas de los otros transeúntes. El puente, calcula, tendrá unos ocho metros de ancho, con una franja en las orillas para los peatones y el mercadeo. Por el centro suben y bajan carretas. Los pilares de los puentes, con quioscos en su interior, muestran grietas superficiales. Los comerciantes vociferan.

—¡Tomates, un real los tres kilos! ¡Lleve, casero!

—Licor de miel, un real la botella. ¡Oiga! —el hombre mira a Charles, lo interpela más bien—. Llévese la botella, baratita, señor.

—A 5 escudos las ojotas. ¡5 escudos! —grita una mujer, alargando la «u» en un grito que a pura repetición se ha hecho musical.

Al llegar al borde norte, observa en la orilla del río un montón de ojotas de varios metros de alto y ancho: al parecer la gente viene a comprarlas y tira las antiguas ahí mismo en el lugar. No bien piensa eso cuando ve volar, y luego caer en el montón, un par de ojotas, y a su antiguo dueño caminar raudo hacia el oriente, pisando, seguro y orgulloso, sus ojotas nuevas.

Cuando se cansa de curiosear detiene una carreta de caballos sin herradura y da la dirección de donde duerme. La carreta cruza de vuelta el puente, y Charles, ahora desde mayor altura y el lado contrario, ve el arco que este dibuja sobre el río.

A la mañana siguiente se despierta al amanecer, con una tímida luz azul colándose por la ventana. Ahogado por las paredes, le alcanza el primer fragor de la cocina del hospedaje: una tetera sacada del horno apenas pitea, voces como murmullos, leña contra metal. Se queda mirando el techo. ¿Seguía él las diagonales? ¿Su mente, en lo que

refiere al contacto humano, está en cuadrículas? ¿No es un poco absurdo esto de buscar un libro para aprender algo que no le serviría para nada salvo coquetear con la idea de estar acompañado en la vida o, al menos, en su viaje? Luego del desayuno sale a la calle y camina dos cuadras al oriente. La Plaza de Armas, de tierra pisada, es cruzada en diagonal por una ancha acequia con agua detenida, barro y despojos de comida maloliente. En el lado oeste un montón de puestos de ojotas han llenado de ojotas usadas otra acequia, paralela a la calle y más pequeña que la que cruza la plaza. Junto a la catedral, un par de cocinerías a carbón alimentan a paseantes y humean la atmósfera de toda la cuadra, marcando la zona donde se encuentran con una rotunda tierra negra. Al centro de la plaza hay una pila de agua, y desperdigados en derredor, en un orden que no alcanza a dilucidar pero que sabe que existe, vendedores de mote, dulces de harina y huesillos. Un tipo de ropas elegantes pero raídas habla de que el Sol crecerá hasta comerse la Tierra. Fija en Charles unos ojos vivos y Charles desvía la mirada.

Sigue por Catedral hacia el norte. Dobla por San Antonio y luego toma Merced. Al llegar a Miraflores acelera el paso para no oler los baños públicos, abiertos, situados en la esquina. Lo que separa los baños de la calle es, simplemente, un gran basural, y si se observa con atención pueden verse cadáveres de gatos y perros y hasta una pata de burro. Junto al basural los transeúntes pasan rápido, confundiendo, transformando su urgencia por evitar los olores en una atención firme a los quehaceres del día. Al dar con el cerro Charles toma vuelo contra un sendero y emprende la subida. Al comienzo se encuentra con algunos coigües, algarrobos y las mentadas acacias, que se pueden observar en perfecta soledad. A poco de llegar a la cima, el sendero desemboca en una calle aladrillada, que le conduce a un paseo con muchas personas, una mezcla, a partes iguales, de pueblo y señorío. Charles se acerca a la orilla de una roca: al frente la catedral de San Francisco, la Alameda, calles arboladas que se desparraman hacia el sur. Se acuerda de FitzRoy.

En la tarde asiste puntual a otro encuentro, un profesor de la Universidad de San Felipe, mitad venezolano, mitad chileno, que ha mostrado una curiosidad intensa e inesperada por su trabajo. Algo le

ha hablado de publicar su recuento del viaje en El Araucano, el diario del gobierno. Luego de preguntar a diestra y siniestra y un par de vueltas inútiles llega a un edificio en Catedral con Bandera. Es una construcción más o menos nueva, de adobe como todas las de la cuadra, con un asta sin bandera en su pórtico apuntando en diagonal al cielo. El despacho al que lo conducen huele a madera de raulí, a tabaco y papeles viejos.

—¿Algorritmos?

—No, algoritmos. Álgebra.

El hombre se rasca la cabeza.

—No es mi especialidad.

El hombre se acerca a su biblioteca y busca por unos minutos.

—No es economía, ¿no?

Los dos hombres se miran con desconcierto.

—No —dice Charles. Luego encoge los hombros—. Bueno, no creo.

En la soledad y el silencio de la habitación de su hostal, luego de recorrer de regreso calles que se vaciaban a medida que oscurecía, Charles se sienta ante el escritorio y escribe una carta a su hermana. Sus sentimientos, su mente toda, vuelan hasta Shrewsbury.

«Querida Caroline:

Me encuentro ahora en St. Iago, la capital de Chile. He recibido una gran hospitalidad tanto de ingleses como chilenos. La ciudad fue construida sobre una planicie, y su horizontalidad perfecta contrasta, de una forma extraña, con las inmensas montañas nevadas que le rodean.

Llegué hace unos días desde Quellota, donde encontré algunas minas de oro y un lago con islas flotantes (!). El viaje lo hice con Richard Corfield, mi amigo de la escuela, te debes acordar de él. Luego de tanta navegación, y tanta agua, he disfrutado muchísimo el deambular, martillo en mano, por las bases de las montañas, y de forma tan independiente… Un día llegamos al nivel de la nieve pero me fue imposible subir más.

Haré una breve excursión a la Cordillera y luego desde aquí partiré a San Fernando, al sur. Me han advertido sobre los ladrones, y me convencieron de tomar un hombre para el viaje. No quería, pues agrega mucho a mis costos, pero quédate tranquila que tomaré los resguardos.

También me veo en la búsqueda de un libro sobre álgebra, para una mujer maravillosa que me encantaría que conocieras. Pero primero debo yo conocerla más. Baste decirte que sus ojos se me aparecen en sueños.»

Se detiene y lee la última frase. Bota la carta y la reescribe más o menos igual en otro papel. Llegado a la parte de Isabel, dice:

«También me veo en la búsqueda de un libro sobre álgebra, no vale la pena explicar por qué. Ya te contaré toda la historia.

Sé que estoy en deuda de cartas, a Mr. Owen, a Fox, también a mi padre por su carta de mayo y a Catherine por el mensaje que me pasaste. Diles que pronto. Dale mis cariños a mi padre.»

Al día siguiente Charles parte a una expedición de cinco días hasta el paso a Mendoza. Al volver a la ciudad, luego de bañarse y dormir un rato, se dirige a la avenida del Río, a una quinta a medio camino entre Alameda y el camino de San Pablo. Al llegar observa que la construcción de Gay es apenas una casa de adobe que lleva mal el paso del tiempo. Probablemente fue la casa de guarda del fundo anterior. Toca la campana y Gay sale a recibirlo.

—Mister, ¡bienvenido a mi nuevo Gabinete de Historia Natural!

—¿Gabinete?

—Museo.

—Ah, sí, sí. ¡Ya veo!

Gay le pregunta sobre el viaje y bromea sobre su bronceado, que no es más que una irritación uniforme sobre su piel blanca. Cuando entran Charles ve que la casa, a pesar de su aspecto exterior derruido, luce limpia y ordenada. En extremo ordenada. En la sala principal se reparten un par de mesones, los que dejan un pequeño espacio para moverse entre ellos. Charles observa sin hacer preguntas. Sobre la primera mesa hay una algarrobilla y una coronilla de fraile o *Encelia canescens*. Más allá se ve una cactácea con una pequeña placa que dice *Copiapoa calderana*. A su lado un raro ejemplar de canelo, o *Drimys confertifolia*, que no ha visto antes. Una herbácea roja, que probablemente no es de la zona central, se expone con su bulbo subterráneo. Traerse los ejemplares tan enteros siempre era difícil, casi imposible a caballo. La mirada de Charles ahora va a la biblioteca, con los apuntes ordenados por letra y perfectamente limpios.

—Esta especie es única de Juan Fernández —dice Gay, indicando el canelo—. Fui allá el año pasado.

—¿Cuál fue su impresión de Juan Fernández? —pregunta Charles.

En Argentina le habían hablado de ese archipiélago, al mismo tiempo prisión y sitio de plantas singulares.

Los ojos de Gay se abren.

—Es un verdadero caos, una confusión espantosa de arrecifes, montañas escarpadas, precipicios y murallones. En una palabra, maravillosa. Y con seis especies distintas de árboles de chicorácea —deja caer Gay.

Charles lo mira consternado.

—¿Seis? ¡¿Como árboles?!

—Así es, no es solo herbácea. También muchos helechos, esta especie nueva de canelo, y bastantes *saphoras* y bromelias. ¿Qué más? Ah, y manzanos silvestres.

El rostro de Gay muta, de repente, a desdén, y su voz se vuelve monocorde.

—La zoología, en cambio, no es tan interesante. Una especie de lobo marino, al que los pescadores no tardarán en destruir, y el resto es perros, gatos y chivos.

—¿Tiene muestras de las chicoráceas? —pregunta Charles.

—Sí, ya le enseño. Si va le puedo pasar mis apuntes.

—No está en el trayecto del Beagle —dice Charles, mientras se mueven a la otra habitación.

—Pues haga que se desvíe, se lo recomiendo.

—Es una buena idea —contesta Charles. Se puede imaginar las burlas de los marinos, y para qué decir de FitzRoy o Wilkinson, si propone un cambio de ruta.

La siguiente habitación, más pequeña que la primera, está destinada a moluscos y fósiles, como Charles constata apenas entra. El fósil que más destaca es un fragmento de mandíbula de ballena, colocado sobre la mesa de la izquierda. Mira a Gay, y este le hace un gesto de «adelante». Charles lo toma con sus dos manos y lo sitúa frente a sus ojos.

—¿Dónde lo encontró?

—En la costa de Atacama, a unos trescientos metros de la orilla. Seguramente fue arrastrado por una ola.

Charles observa por largo rato sus formas. Siendo un objeto común, casi vulgar entre los naturalistas, quizás en esas apariciones en sitios

extraños, por «arrastres de olas», como dice Gay, está la clave de lo que viene pensando desde monte Tarn: el levantamiento de grandes capas de tierra deja expuesto lo que antes ha sido fondo de mar. A su lado, Gay, conocedor de los pensamientos azarosos y de continuo acecho que suscitan los objetos naturales, se mantiene en silencio. Cuando Charles deposita el hueso sobre el mesón, habla:

—Venga por aquí.

Salen al patio trasero. Allí, de cara al sur, los jardines de la quinta se extienden sin límite. Una luz amarilla inunda los árboles, y las copas ondulan al ritmo de un viento suave que no alcanza a mermar el calor.

—Allá al fondo planté algarrobos y ceibos. También pienso cultivar choclos y arvejas.

—Monsieur, ¿y encontró algo en su biblioteca sobre matemáticas?

—Ah, sí, busqué. Nada. Lo lamento.

—Vaya —dice Charles, desilusionado.

—Pero mire, yo le quería hablar de algo —dice Gay, con cierta inquietud. A juzgar por su tono, era importante.

—Sí, dígame —dice Charles.

—Aquí al frente, cruzando la avenida del Río —dice Gay, indicando a sus espaldas—, está la quintita de Portales.

Charles asiente.

—Si uno sigue a la izquierda y luego dobla al oriente, encontrará un montón de casas y galpones. Y si sigue por ahí, topará con el lugar donde venden la nieve. ¿Bien?

Charles no sabe a dónde va Gay, pero lo escucha atento.

—Sí.

—Bien. Uno prosigue hasta el puente y lo cruza. Justo al otro lado del puente —dice Gay enfático— hay un local llamado El Parral. Es la mejor chingana de la ciudad —concluye Gay con un movimiento del brazo. Saca un reloj de su bolsillo, y luego de consultarlo mira a Charles—. Podríamos ir. Ahora.

—¿Chingana? ¿Los bares? —dice Charles.

—Usted quiere conocer —dice Gay.

En el camino hacia allá, entre el movimiento nervioso de la carreta y el polvo del camino, Charles escucha a Gay dar cuenta del circuito de chinganas con la misma exhaustividad que aplica a la descripción de

plantas y la religión mapuche. En esa taxonomía es importante mencionar que la del Parral es famosa por su chicha fresca, y a media cuadra está la de El Nogal, con buenas aceitunas. ¿Qué tiene que ver todo eso con el libro de matemáticas? Nada.

—Hace dos años el Nogal recibió la visita de las Petorquinas, llegadas directamente desde España —dice Gay a grito pelado y el pelo al viento, en medio del traqueteo—. Ellas y su cancán hicieron una revolución más trascendental que la de los sabios de Constantinopla.

Mientras avanzan, a los lados aparecen casas que recién se levantan en esa parte del valle. Son aldeas nuevas, de rostros negros e indígenas. Con sus construcciones, piensa Charles, tienen el raro privilegio de definir el trazado de las calles. Líneas rectas, zigzags, círculos, diagonales repentinas. ¿Las volverá a trazar después la regencia? Es probable, pero eso no quita a los recién llegados el carácter de colonos, de pioneros anónimos, momentáneos, de una ciudad que apenas toma nota de su presencia y que no tardará en borrar sus huellas. Entre la cháchara de Gay y las vistas del camino Charles ni se da cuenta cuando ya están en el centro. La carreta cruza el puente.

Una vez que se sientan, Gay habla rápido al muchacho que se acerca.

—Una jarra de vino tinto, dos cortos de mistela y cerdo asado para mí y para el señor.

—¿Le digo lo que hay, mister?

Gay da un soplido de impaciencia. Asiente.

—Bueno.

A continuación, el muchacho nombra un vívere y deja caer el «medio real» como una nota rápida, una descarga.

—Dos hojas de bisté, medio real; una hoja de bisté con huevo, medio real; huachalomo asado, medio real; cerdo asado, medio real; dos huevos fritos, medio real; una taza grande de té, café o leche, medio real; jarra de vino, un real —y luego dice, automático—. ¿Quiere que lo repita, señor?

—No. Una jarra de vino y dos cortos de mistela. Y dos porciones de chancho.

—A la orden, mister.

Una vez superado el asunto del pedido, Charles observa el lugar. Cada tres metros un tronco se alza para sostener un techo de ramas de palmeras. Las mesas son frágiles y de madera barata, cada una con su idea propia de lo horizontal. Son las cuatro de la tarde, y en el patio de más adentro un parrón da sombra a un grupo de comensales: una mujer, a golpe de bromas, reparte unas fichas a dos hombres, fichas de un juego que a Charles le parece lejano y misterioso.

—Probará el chancho asado, que vaya que es bueno. *Scrofa domestica* —dice Gay, con acento latín— al carbón por un par de horas. Romero, manteca, orégano, laurel...

Charles sigue observando a su alrededor. Ahora la mujer sacude la mesa y los hombres se apuran en sostener las fichas. La mujer se ríe.

—Interesante lugar —dice Charles.

—Sí. A Portales no le gustan este tipo de sitios, y una vez me confesó que los quería eliminar.

—¿Lo conoce en persona?

—Así es. Fue el que me contrató.

—¿Y qué opina de la medida?

—¿Cuál?

—La de querer eliminarlas.

—Cuando me dijo empecé a venir más seguido. Por si acaso.

Gay se echa hacia atrás, satisfecho de su explicación. Su condición de europeo le permite, al menos en ciertos círculos, decir cosas impensables en la boca de un criollo. Y al verlo con su panza orgullosa, Charles también tiene otro pensamiento: hay pocas cosas más auténticas en este mundo que el gozo de una persona de trabajo.

—Por lo demás —dice, acercándose a la mesa—, ya ha puesto medidas que luego tiene que retirar. Hace un tiempo hizo que pasearan a los presos por la calle, para que así todos conocieran el peso de la ley. Algunos apenas regresaban vivos. La gente los seguía y les lanzaba piedras como si con eso se ganaran el cielo —complementa, mientras llega el vino y la mistela y le roban la atención —. Ah, qué maravilla.

El muchacho deja rápido las bebidas sobre la mesa y se va. Gay toma el vaso de mistela y lo levanta, y Charles lo imita. Charles piensa que hará algún tipo de brindis o alocución, quizás aludirá al viaje, la

recolección botánica o el sentimiento común de ser extranjeros en un país nuevo. Pero en vez de eso, Gay columpia su vaso en el aire.

—Uno, dos y...

Al empezar el conteo a Charles le inunda el desconcierto y la duda, pero cuando Gay llega a tres ya ha entendido que debe acercar el vaso a su garganta y echar el líquido adentro.

Gay lanza un sonido de placer, y luego observa a través del vaso vacío. Lo mira con orgullo, como quien recibe a un viejo amigo.

—Salud.

—Salud —dice Charles.

Gay toma la jarra de vino y llena los dos vasos. Charles toma el suyo y bebe un largo trago. Luego dice:

—¿Y qué opina del escudo? —pregunta Charles.

—¿Del escudo?

Charles ya se ha contagiado del humor de su anfitrión y del espíritu del lugar. Desde que llegó a Chile que no estaba de tan buen ánimo.

—Sí, del escudo que acaban de sacar. El cóndor lo entiendo, pero ¿y el huemul? —Charles sonríe.

—¿Cuál es el problema con el huemul? —dice Gay.

—Que es una especie de otros países americanos además de Chile.

—Pero aquí se encuentra en abundancia.

—En Argentina aún más. Si habla con Portales adviértale.

Gay tose un par de veces, como si de súbito su garganta se resistiera a funcionar, y da sendos sorbos a su vaso. Luego habla.

—Mister, le voy a dar un consejo, si alguna vez llega a entrevistarse con Portales...

—¿Sí?

—No se lo mencione.

—¿No?

—¿Para qué? Además, eso del escudo salió este invierno y es probable que después lo cambien. No haga caso.

—Es cierto —dice Charles.

Charles toma la jarra y llena de nuevo su vaso. Bebe y luego, con el vaso apoyado en el esternón, se queda mirando el lugar. Ahora el grupo bajo el parrón se ríe, y ya se han olvidado de las fichas. Probando un cambio de tono, Gay lleva su tronco hacia adelante y

dice con voz cómplice, como si contara un secreto.

—Según todos los testimonios, el primer café en Chile se instaló en 1806 o 1807, bajo el nombre de «Trucos», que es un juego parecido al billar. Estaba en Plaza de Armas, donde ahora está el portal Sierra Bella. ¿Lo ubica?

—No, lamentablemente no.

—Su salón servía de comedor, centro de tertulia y sala de juegos de cartas. Luego se abrió otro, y otro más. Y fue entonces cuando llegaron las chinganas —Gay mira a su alrededor, luego mira a Charles—. Aquí el baile se da entre gentes de distintas proveniencias. Ese es un tema que pienso desarrollar, los bailes.

—¿Los bailes? —Charles no había pensado en eso. Ha pensado en el cortejo entre las loicas, pero ¿el baile?

Gay se echa hacia atrás.

—Sí, el baile en Chile —y luego, con aire musical, enumera—: Está el paspié, el rigodón, el minué, la alemanda, la contradanza, el rin, el churre, el vals, ¿cuál más?, la gavota y las cuadrillas, sí, estas últimas llegadas a inicios del 20. Como bailes en solitario están el fandango y la cachucha. De bailes de chicoteo la zamba y el abuelito, los dos peruanos.

Gay va a continuar cuando llega el plato con el chancho. Toma el cuchillo y el tenedor y corta un par de trozos.

—Coma, coma.

Charles hunde el tenedor en un pedazo de chancho y lo lleva a su boca. Primero el romero y el laurel le inundan la nariz, y después siente la textura suave de la carne. Repara en que desde su llegada de la montaña que no ha comido nada. Se mantienen en silencio, dando, de cuando en vez, muestras de disfrute. Gay bebe de su copa y luego toma aire.

—Por 1815 San Martín, con su ejército, trajo el cielito, el pericón, la sajuriana y el cuándo. La gavota, un baile francés entre dos personas que comienza como minué, llegó en 1823 y estuvo de moda hasta el 27. Verano del 28, yo diría —va a morder nuevamente el pedazo de

carne pero se detiene y levanta las cejas—. ¿Qué le parece?

Charles, con la boca llena, asiente. Ya se siente achispado, con los efectos del vino en su juicio. Le sirve más vino a Gay, y este profundiza:

—Lo bueno del minué es que no es necesario ser joven para ejecutarlo. Yo lo he bailado en más de un sarao —y luego de decir eso, sonríe y se echa el contenido del vaso a la garganta.

La forma de la luz va cambiando dentro de la chingana. Piden otras dos jarras de vino, y al atardecer Charles dice que debe volver a su hostal pues tiene una cena, la última antes de su regreso a Valparaíso. Se apean con dificultades, prestándose el hombro, a una carreta con un caballo famélico. Charles se baja a duras penas en su hostal mientras escucha la carreta irse con Gay gritando «las diagonales, las diagonaleeees». Se lava la cara con el agua fría del patio y camina donde los Rowington.

En la casa de los Rowington, industriales de productos químicos, Charles cuenta que las plantas esto, que las formaciones geológicas esto otro. Unas papas al vapor y tomar un poco de agua le ayudan a sentirse más despierto.

Se sienta en un sillón. Decide que a partir de allí se limitará a dejar pasar un tiempo y después a hacer las flexiones de despedida.

Un hombre se sienta a su lado. Charles lo mira.

—¿Cómo le va? —dice Charles, más por acostumbrarse a su presencia que por curiosidad.

—Bien. Usted es el que viene en una expedición, ¿no? Lo escuché hablar hace un momento.

—Sí, así es.

—¿Y se está quedando en Valparaíso?

—Me estoy quedando en Valparaíso, sí. Al menos hasta que el barco parta de nuevo —dice Charles, en un intento de broma.

El hombre se queda pensando un rato, y sale de su introspección para mirarlo a través de sus ojos vidriosos.

—¿Y cómo ha visto el ambiente por allá?

—Bueno, mister, la verdad es que estuve solo una noche antes de venir.

—Ah, ya veo. ¿Y se va contento de acá?

—Sí. De todos modos, estuve buscando un libro que no encontré.

—Un libro.

Charles encoge los hombros.

—Nada, una tontería.

—Nosotros conocemos un señor que vende libros, ¿verdad, papá? —dice una voz.

Charles mira al sofá de enfrente y ve a una mujer joven, de piel muy blanca, con la cara enrojecida por lo que Charles cree es la abundante champaña que se sirve en la casa.

—Sí —dice el hombre a su lado—, el señor Zapiola. Tiene todos los libros que uno se imagine. Aunque ya es un poco tarde.

—Le podemos enviar una carreta —dice la mujer.

—No, no se preocupe —dice Charles—, de verdad que no es...

La mujer se levanta de un salto.

—¡Le enviamos una carreta!

Un caballo sobre el agua

FitzRoy siempre había sido bueno en relacionarse con otros, y a Charles esa aptitud le parecía digna de estudio. Durante el viaje, desde la figura entre culta e inútil que significaba ser el científico en práctica de la expedición, vio repetirse como un calco la misma escena: a poco de recalar en un puerto, FitzRoy pasaba de gritar a la tripulación, desgreñado y airado, la cara congelada en un solo gesto de desprecio, a lavarse, peinarse y ponerse su chaqueta limpia, caminar calmo por el muelle y asomar bajo el techo de una recepción con la sonrisa plácida del que no solo está convencido de que porta una verdad inmutable, sino que además se sabe generoso al compartirla. La frase «Capitán Robert FitzRoy, para servirle» era la cortina que se abría para mostrar el escenario de su franqueza, los gráciles actores que eran sus palabras. Unos metros más atrás Charles tomaba notas, y concluía que un punto clave de esa transformación, sin duda un capítulo importante en cualquier estudio dedicado a tal conducta, era que FitzRoy, frente a gobernadores, alcaldes y obispos, tenía la audacia de presentar su intransigencia y malhumor como *aspectos atractivos de su personalidad*. Esa era la esencia, el quid de la interacción de FitzRoy con las personas de poder.

—¿Una copa de vino? Sí, claro. Después de aguantar brutos durante tantos meses, me la merezco (risa cívica para todos los presentes). Ven aquí, Charlie. Te presento a monseñor García —y al monseñor García, con un toque en el codo y emulando una voz baja, de confidencia—. Es ateo, ¿sabe? (sonrisa bonachona) ¡Llevo un ateo en mi barco! Y más encima hay que alimentarlo —rodea los hombros de Charles con el brazo, luego regala al grupo una mirada profunda y cómplice—. Y come más que todo el resto.

A Charles, en cambio, no se le da así de fácil. De recorrer las montañas de Escocia pasa tan rápido a encontrar gentes distintas que no sabe qué hacer. Pero mientras conoce gente en Valparaíso advierte cierta regularidad en las preguntas que le formulan, y con esa

información empieza a pulir su ingreso en los círculos sociales.

—Me llamo Charles Darwin, viajo con el Beagle, que está aquí en el puerto. No, no he encontrado monstruos vivos (risa cívica para todos los presentes), aunque sí especímenes valiosos. Como el barco es pequeño nos podemos mover con facilidad y rapidez por los canales, aunque también es más frágil ante las tormentas. No, no son caníbales.

Es una fórmula de presentación algo caprichosa, pero con un tono espontáneo y sencillo que hace avanzar la conversación y le permite concentrarse en lo que le importa:

—¿Cómo se llama la crema que tienen estos pasteles? ¿*Huevo mol*? Interesante. Este vino es muy agradable, ¿seguro que es de la misma cepa que el anterior? ¿Cabernet también? Tiene un sabor distinto. No lo sé, distinto... ¿Luego de esa calle comienza otro cerro? Vaya, pensé que era todo una misma colina.

Y así, entre intereses propios y ajenos, gustos adquiridos y otros que deja atrás sin que haya testigos, va creando en el nuevo país un lenguaje propio, una forma única, solo de él y de nadie más, de comunicarse con los otros. Pero ¿de dónde surge ese lenguaje? Eso se pregunta a veces. Es distinto al que usa con su hermana o su padre, distinto al de sus compañeros de universidad o los que tenía en la escuela. Es diferente al que usa con FitzRoy para hablar de vientos y corrientes, y definitivamente distinto al que despliega en sus notas a Henslow sobre plantas y animales. ¿Qué palabras o gestos nacen? En esas semanas en Valparaíso descubre dentro de sí un territorio nuevo, y avanza por él a pasos prudentes, con la curiosidad de quien quiere aprenderlo todo.

Ninguno de esos avances le sirve con Isabel, en todo caso. Una vez que pisa la casa de Cerro Alegre le domina un estado de consternación, un aturdimiento apenas disimulado, y ante todo lo que Isabel hace o deja de hacer no es capaz de imaginar una reacción diferente a la que nace en el momento. Se queda sin un rango de emociones entre las que seleccionar la que más convenga a sus propósitos; a merced, simplemente, de la que surja de su rostro y boca. El lenguaje que con tanta maravilla se observa aprendiendo se interrumpe, se topa con murallones, barrancos y ríos tumultuosos. Isabel le pregunta cuáles son sus colores favoritos y no sabe qué decir, o de repente le cuenta a ella

una historia de Brasil y se pregunta cómo mover las manos o dónde dejarlas para que no molesten, y pierde el hilo de lo que dice. Además, en ese terreno al otro lado del río, o más bien como un párrafo borroneado en medio de la página chilena e íntima que recién lee, está la petición de Isabel de no decir nada a Richard sobre sus encuentros. A Charles no le gusta escondérselo a Richard, ¡se está quedando en su casa!, pero si dice cualquier cosa rompe su pacto de silencio con Isabel, y romper ese pacto ¿descarta la posibilidad de otros pactos, más hondos, más valiosos?

En los encuentros en la sala de Cerro Alegre, Isabel le cuenta sin miramientos sobre el nuevo país, sobre plantas nativas que le regalan otras señoras y plantas exóticas que cultiva ella, o de dónde proviene la tela celeste de su vestido. Le habla sobre algo que él no sabe, cualquier cosa, y Charles alarga las historias con más preguntas, preguntas que no buscan respuestas sino un tono, una voz, un sonido que pende en el espacio igual como un plato gira sobre una pértiga. A veces ella se cansa de hablar y se interrumpe.

—¿O no? ¿Qué piensa usted? No sea tímido.

Al volver a su casa, Charles se sienta y escribe lo que recuerda, para así no perder detalle. Cuando mira el papel, observa que las notas se acumulan como estratos de una roca curiosa:

«Las casas son más extensas que en Argentina y Brasil porque con los terremotos no se puede construir segundo piso. Pocas tienen agua potable. Las casas de los ingleses tienen, pero no todas.

Mientras en el campo habita más de una familia en el hogar, en Valparaíso los hogares suelen ser de una sola. Puede deberse a muchas cosas, entre ellas (sobre todo) a la propiedad libre de cerros y quebradas. Si aquí alguien encuentra un buen lugar, entonces es suyo.

Un punto y una línea son lo mismo. Un punto es una línea mirada de perfil.

Huevo mol: con la canela hay que tener cuidado, se echa al final. El caramelo debe quedar espeso pero no de pelo.

Verduras y legumbres. Locales: zapallo, choclo, ají y calabaza. Importadas: zanahorias, lentejas, garbanzos, trigo. En árboles frutales, además de los limones, abundan naranjos, manzanos, damascos y duraznos, solo que en esta época no se dan. La mermelada es un deber.

Doctrina católica. Es el mayor aprendizaje teórico que tienen los niños y las capas bajas de la población. Pero muchas veces esa doctrina choca con las costumbres del pueblo, que en las fiestas cristianas practica una devoción de carácter carnavalesco,

con consumo de alcohol y uso de atuendos y representaciones (diabladas, les llaman aquí) que desafían a la Gobernación y a la Iglesia y deja atrás el carácter íntimo y doloroso con que el señorío ejerce la religiosidad.

En el campo el mayor número de matrimonios ocurre en mayo y un poco menos en diciembre, porque las labores agrícolas disminuyen y la falta de lluvias hace transitables los caminos a las parroquias.»

Un martes de nubes bajas, de un gris sucio que acecha el puerto, Charles acude, como todas las tardes, a casa de Isabel. Conversan a mediavoz en el claroscuro de la sala, como si la escasa luz diurna les impusiera respeto. Luego que despuntan unos truenos, Isabel dice:

—¿Quiere quedarse a cenar?

Es primera vez que ella le invita a quedarse hasta más tarde. Charles escucha voces en la calle, que imagina que se refieren a la inminente lluvia. Mira por la ventana y responde:

—Gracias, madame, pero parece que está por llover. Mejor me voy.

—Si llueve yo le presto una capa.

—Son pocas cuadras, no es necesario.

—¿Eso significa que se queda? Porque si son pocas cuadras...

A Charles no le gusta la idea de alargar su visita, añade descaro a la mentira. Ya es suficiente con salir intranquilo a calle Montealegre, como obligado al anonimato, y esas llegadas donde Richard con la mirada esquiva, contando de caminatas por cerros que solo sabe de oídas.

—Es verdad. Me quedo.

—No se preocupe por Richard —dice Isabel. Charles intuye que debe ser así, que una vez que se conversa mucho con alguien es difícil que los pensamientos no se hagan predictivos, que no surja una especie de telepatía. Isabel continúa—. ¿Por qué tiene que contarle? No está mintiendo.

Isabel corta tomate y pan y calienta una olla de pollo arvejado en el fogón de la cocina. Luego se sientan. Mientras Isabel sirve un gran vaso de vino a Charles y otro para ella, retoman la conversación sobre el puerto: en las últimas semanas se discute en todas partes el proyecto del Gobierno de levantar un muelle para reemplazar al actual. Se dice que la construcción desviará los barcos a San Antonio, pero los comerciantes, apoyados por cierto orgullo localista de los marinos,

argumentan que no pueden quedarse sin puerto y piden que se construya al lado del actual, no encima, aunque eso traiga problemas. Por lo demás, ¿quién pagará las carretas desde San Antonio? Con el vaso de vino bien ceñido en la mano, Charles plantea, quizás con una mirada demasiado inglesa, que dos puertos son mejor que uno. Isabel dice que es difícil pensar así con el rol central que ocupa Valparaíso en el continente, una perla para la que todo lo que le quite brillo será malo. Charles habla de Chile e Isabel responde que no existe eso de «Chile»: de Concepción hace tiempo que llegaban clamores de independencia y lo mismo Coquimbo, que hasta había creado su propia moneda. El caso es que no se ponen de acuerdo, ni los comerciantes con la Gobernación ni Isabel con Charles. Afuera, las nubes ya se descargan sobre la calle y se oyen a lo lejos pequeños gritos de gente que corre a ponerse a resguardo.

—Bueno, madame, gracias como siempre por la conversación. Y por la comida. Ahora será mejor que me vaya —dice Charles. Deja el cuesco del durazno que come sobre el plato y se limpia las manos con la servilleta.

Ella le devuelve una mirada sin gestos. Los ojos le brillan, quizás por el vino, quizás por cansancio.

—Sí, déjeme ir por la capa.

—No se preocupe.

Isabel lo escucha pero ya se ha levantado y no interrumpe su movimiento. Cuando asoma por el pasillo con la capa Charles se levanta y se acercan a la salida. Caminan lentamente. Antes de abrir la puerta Isabel se detiene, se vuelve hacia él y da un pequeño salto sobre sus talones.

—Está muy fuerte la lluvia. ¿Por qué no se queda? —dice Isabel. Todavía tiene la capa consigo; la aprieta contra su pecho, como si de un manto poderoso se tratara.

—¿Dónde? ¿Aquí?

—Hay una habitación al fondo que está lista. No será tan tonto de salir a mojarse —y luego, sin esperar su respuesta, o tomando su silencio como un sí—: Venga.

Isabel toma una de las velas del comedor y detrás de la luz de ese pabilo ambos transitan el largo corredor que lleva a la parte trasera de

la casa. Allí, al fondo, una puerta da a un pequeño patio embaldosado. Por visitas anteriores Charles lo recuerda con cactus y otros maceteros (una pequeña palmera, ¿un cedrón?), plantas que ahora se refugian en el claroscuro y pegan su sombra débil a las paredes. También se acuerda de la pequeña habitación. Nunca preguntó qué era. Una vez que entran, Charles ve que en un corto espacio hay una cama con una colcha blanca, un escritorio y una ventana con vistas al oriente. En el muro opuesto, el que da al cerro, asoma un *chiffonier* y un poco más allá un lavatorio, todo bajo un techo de vigas gruesas que se proyectan en dirección a la bahía.

Isabel se acerca a la mesa de noche y prende la lámpara con su vela. Luego se da vuelta y Charles ve su cara iluminada por el fulgor.

—Utilizo esto como mi estudio, a veces —dice Isabel—. De todos modos, allí hay mantas para la cama. Por favor siéntase cómodo, la habitación es toda suya.

Y Charles, que se da cuenta de que su silencio y el hecho de estar ahí ya equivale a un sí, a un sí rotundo, asiente con la cabeza.

—Gracias.

¿Qué le dirá a Richard? Esto es demasiado. Pero a la vez es extraño, de una extrañeza que le gusta, una ladera en la que al primer deslizamiento uno se deja llevar.

—Bien, ya está. ¿Necesita algo más? —dice Isabel. Sus ojos brillan como dos aceitunas. Está junto a la puerta, con las dos manos delante, y sonríe.

—Creo que no. Gracias, madame.

Isabel lo queda mirando.

—Le dice que se quedó en el puerto.

—¿Cómo?

—Le dice que se quedó en el puerto. Richard entiende esas cosas.

Charles asiente en forma queda. Toma la vela de la mano de Isabel y la deja sobre la cama. Después acerca a Isabel hacia sí y la besa. Isabel sonríe.

—¿Sabía que iba a pasar esto? —pregunta Charles.

Isabel niega con la cabeza.

Charles la va a besar nuevamente pero Isabel, sin darle tiempo, se inclina sobre la cama, coge la vela y con la otra mano toma la de él.

—Ven —dice.

Ambos extienden los brazos, como dos bailarines, para que Charles apague rápido la lámpara sobre la mesa de noche. Luego Charles se deja llevar, primero por el patio de baldosas, después por el pasillo. Eso significa que frente al brillo movedizo de la vela pasan cactus, pasan cipreses y un romero, pasan líneas de luces en los cuadros del pasillo. Ve el jardín interior de la casa observarlo quieto y circunspecto a través de los vidrios de la galería, como si lo supiera todo. Cuando entran a la habitación Isabel ya ha apagado la vela. Deja la vela sobre una mesa, se da vuelta y lo besa. Lo atrae hacia sí, y llevando sus caderas hacia atrás suaviza el empujón con el que sus cuerpos golpean el muro. Charles se sienta, o más bien Isabel lo deja sobre la cama y comienza a desvestirse. Con una mano suave rechaza su ayuda. Primero el nudo que pega el camisón a su cintura. Luego un hombro, luego el otro. Sentado, Charles se saca su camisa. Isabel tira el camisón hacia abajo y el camisón cae. Sus cuerpos, aún a medio vestir, se encuentran en la oscuridad. Charles descubre que Isabel tiene una piel suave, unas caderas tibias, unos muslos llenos que se abren hacia él como nada que hubiera sentido antes.

Al día siguiente Isabel no está a su lado. Aún medio dormido, recorre con sus ojos la habitación. Dos cuadros grandes de vistas asoman a un lado y otro de la cama, y en la mesa de noche hay un jarrón con trazos largos de unas flores azules (¿una variedad de dalia?) colocadas, quizás, el día anterior. Al frente de la cama un escritorio, arrimado contra la pared y recibiendo toda la luz que entra por la ventana de la cabecera de la cama, tiene un pequeño bote de tinta y tres plumas, dos libros gruesos, con tapa de cuero, una libreta de notas y lo que aparenta ser un ábaco. Una vez vestido, se acerca: las fichas del ábaco son de madera pulida y barnizada, con una veta que recorre de lado a lado la esfera.

No sabe si esperarla o no, así que sale a la calle. Sube por Montealegre hasta llegar al mirador, y continúa hasta llegar a un pequeño bosque. Allí, en medio de los árboles, respira profundo. Se huele las manos, se sacude el pelo. ¿Qué ha sido eso? Solo recuerda el cuerpo de Isabel, es decir, Isabel es aún el cuerpo suyo, se confunden, caminan juntos, y el cuerpo solitario en un bosque que alguien viera

desde el exterior es solo una ilusión. Allí el cuerpo de Isabel lo acompaña. ¡Ni el observador más inquisitivo podría descubrir lo que siente! Podrían acercársele e interrogarlo, y nada. Si lo toman y revisan su piel, sus piernas, sus hombros, encontrarían que estaba igual que siempre.

Camina de vuelta a la casa de Richard. Come un pan con queso de pie en la cocina y luego se queda en el patio, sentado sobre una pila de leña, recibiendo el sol.

A la hora llega un mensajero que pregunta por él. Le pasa un papel y le dice en voz baja que es de la señora Isabel. Charles lee:

«Charles, perdona, salí un momento a caminar y cuando volví ya te habías ido. ¿Quieres venir a tomar el té?»

Cuando regresa a Cerro Alegre lo reciben los ojos de ella, que coronan una sonrisa y están llenos de un brillo y de un deseo; no hay cuidado o disimulo o moderación, solo contento. Charles mira ese rostro y lo ve como un reflejo de lo que él siente, como un aviso claro y enorme de que vive algo real.

Es un refugio en las montañas. No les hacen preguntas, tampoco ellos dan mucha información. Entran rápido a la pieza y solo después, cuando Charles sale a buscar agua y algo de comida, se enteran de que no hay más visitantes.

—¿Y dices que acá hay aguas calientes?

—Bajando al río. Tú, tranquilo, que ya habrá tiempo de eso.

Al día siguiente caminan por el bosque. A los pocos minutos encuentran senderos sinuosos, llenos de raíces y hojas, que desembocan en ríos y cascadas. Pasean entre árboles altos y viejos, y se detienen y espían juntos el temblor de las hojas bajo el sol, que es un velo verde de luz salpicado de manchas de oro. En la tarde, luego de dormir una siesta, van a investigar las termas, una serie de pozas dominadas desde lo alto por una roca a la que bordean pequeños riachuelos calientes y vaporosos. Bajan por el sendero lentamente, procurando no resbalar en el suelo de barro. Al llegar a la orilla Charles se arremanga y hunde su brazo hasta el codo. Cuando mira a un lado Isabel ya se ha sacado la capa que cubre su traje de baño.

Por el sonido que hacen todas las pequeñas cascadas, Isabel debe gritar.

—¿Está bien para ti? ¿O no está perfecta?

Charles sonríe mientras sacude el agua de su mano.

—Está bien.

Isabel se mete a la poza sin demora. Cuando el nivel alcanza su cintura se hunde hasta el cuello. Charles empieza a desanudarse los zapatos.

La noche, que llega lenta por la altura de las montañas, los pilla en la habitación. Isabel se ha quedado dormida hace poco, y el farol del pasillo, a través de los postigos de la ventana, pinta con retazos su nariz, las cejas y parte de sus pómulos. Su piel, enrojecida por las aguas termales, desprende la apariencia de una porcelana que aún no se enfría, dejada ahí para que el aire nocturno haga lo suyo. Charles está sentado al escritorio y con los pies sobre un banco. Ha leído un rato el libro de Lyell, o al menos eso intentó hacer, y luego de unas páginas se rindió y se quedó mirándola. ¿Quién es la mujer que duerme en esa cama? Esa es la pregunta en la que se pierde, con un goce sin disimulo, en esos momentos. No le interesa responder. ¿Es una pregunta por simple afán de complicarse la vida, por esa manía de querer saberlo todo, o la acción natural de rellenar los intersticios del suelo que pisa, aquel terreno por el que avanza, a un ritmo cada vez más rápido, su existencia? Levanta los pies del banco, deja el libro sobre la mesa y camina hasta la cama. Se sienta en el colchón junto a ella, haciendo esfuerzos por no despertarla. Vistas desde arriba, las aletas de su nariz se dilatan de forma rítmica, como un animal agazapado, y la piel poco a poco pierde el rojo que hasta hace unos minutos parecía consustancial a ella. De todos modos, piensa, esa tierra con vacíos por la que avanza es extrañamente fija, estable, aun cuando esté sometida al vaivén caprichoso de las emociones. ¿En qué consiste ese equilibrio extraño de estar sujeto al movimiento de otro ser? Es una paradoja. El columpio va de un lado al otro y él observa la piedra de abajo y sigue siendo la misma piedra, solo que la observa desde posiciones distintas. Pero siempre desde el mismo asiento. Lo que le gusta de ella, de conocerla, es que puede ser muchos Charles y al mismo tiempo seguir siendo el mismo, y que siempre tiene derecho

a nombrar a esa cara, la que le devuelve el espejo, la mejor versión de sí mismo. ¿Qué sistema nuevo era ese? ¿Cuáles sus artilugios? Ni en la escuela ni en la universidad le hablaron de nada parecido. Lo había visto, a lo lejos, tal como se observa un movimiento planetario, un fenómeno hermoso y frío, algo que para él era la euforia de la conquista o el alarde de un poder. Pero no se mencionaba esto que siente ahora. ¿Quiénes hablaban de esto, de no ser nada para el mundo a ser lo que uno quisiera y luego pasar a olvidarse completamente del mundo? Una mirada perdida en objetos encuentra unos ojos en los que descansar.

De repente, los ojos de ella se abren. Isabel necesita unos segundos para darse cuenta de que él la mira.

—Charlie, ¿qué haces?

Esta frase, aun con el tono confiado e íntimo con el que es dicha, lo hace sentirse interrogado.

—No tengo sueño, nada más.

Ella cierra los ojos, quizás aún en la creencia de los durmientes, no incorrecta del todo, de que con ello desaparecerá ante la vista de los demás. Isabel le toma la mano y esconde su cara en la almohada.

—No me mires.

—Me voy a acostar.

—Sí.

De todos modos, en la universidad para los demás la juventud era una fiesta que recién empezaba, y parecía que se felicitaran por los pasillos del campus de lo buena que estaba, mientras que para él esa nueva condición de adulto era una sarta de compromisos de los que escapa yendo al bosque, a cazar escarabajos, o simplemente mirar de lejos los edificios repletos de gente. Allí, entre árboles serios, ramas quejosas y raíces podridas no había presiones por emparejarse, no existían compromisos ni competencia a la que favorecer. ¿Qué iba a saber él de todo eso, si nadie se lo había enseñado? ¿No se podían hacer esas cosas por carta? Las amigas de sus hermanas le preguntaban por los brotes de alfalfa y luego se iban radiantes, tan felices como siempre. No las entendía, y mentiría si dijera que cuando ya bien entrada la veintena se esforzaban por estirar la actitud de adolescentes las entendía más. Si él tenía un sentimiento irresuelto, estar junto a

otra persona en su misma situación no lo ayudaba. ¿Soñaban ellas con un príncipe? ¿Era él o perdían el tiempo? En ese entonces no sabía qué era el tener tan cerca el cuerpo de otra persona, y no sabía que luego, años después, lo recorrería tanto con las manos, y no como palpando un territorio nuevo sino como si lo formara en el momento con sus valles y ríos. Era una nueva forma de comunicarse, era empujar una puerta y que la puerta se abriera a claroscuros sedosos y pieles que cedían. Antes pensaba que luego de aprehender un cuerpo desnudo no había más, y si había algo más era una familia, ignoraba que existía eso, ese momento que lo pillaba ahí, en medio de las montañas de Cauquenes, entre aguas calientes que atravesaban, por canales subterráneos, rocas frías como el mar. ¿Con qué otro suceso bendecido por la convención encadenaba ese instante? Pues con ninguno. Brillaba en su vida como una perla y eso lo llenaba de consternación y lucidez y ganas de vivir.

No se anima a cumplir su promesa de dormirse, y decide salir al jardín. Se levanta y camina hasta la puerta, atraviesa la habitación en un silencio que es como un vacío que le ha costado mucho conseguir. El piso de ladrillo devuelve el sonido apagado de sus pasos. Una luz débil llega a las paredes pintadas de cal y rasguñadas por algo (¿un perro?) cerca de la puerta.

En el patio de la hacienda, la noche de fines de noviembre rezuma el contacto con el aire propio de la primavera. Transcurre un aroma a madreselvas, y un rumor de grillos ahoga las voces de los habitantes de la casa, que llegan a él como si fueran susurros, como ecos de otra época. De forma súbita, le inunda el deseo de que el tiempo no avance, que se detenga y se quede ahí con él. Con Isabel que duerme mientras lo espera. No quiere volver a Valparaíso ni a ninguna ciudad. Quiere estar ahí para siempre dejando que sus pulmones se llenen de aire.

Al otro día, cuando entran en las aguas del río, los muslos blancos de Isabel relucen al sol. Ella camina hacia él pisando las piedras del fondo con divertidos gestos de dolor, luego se afirma en su hombro.

—¿Habrá alguien mirando?

—No creo.

Se deja caer en el agua helada. Charles le sonríe desde su posición de acostumbrado al frío, ganada con esfuerzo cinco minutos antes.

—¿Lo estás pasando bien?

—Sí —dice Charles.

—¿Te preguntas de dónde vienen estas aguas?

Charles encoge los hombros. Isabel se ríe y mueve el agua a su alrededor.

—Ven, tonto.

La entrepierna de Isabel es un pequeño monstruo, un animalejo que le da y le pide a partes iguales y que lo premia con orgasmos como látigos, como trenes en marcha, y luego que la confusión pasa solo atinan a abrazarse agotados y con el sudor como una bata que los cubre y se pega a sus cuerpos con una carga eléctrica.

—¿Y qué te ha parecido el libro? —dice Charles. Están en el patio, bajo un parrón que hace de comedor de la casa, y comen un pastel de choclo, tomates y carne asada.

—¿El libro? —la pregunta toma por sorpresa a Isabel, que reacciona como si le cobraran una deuda que contrajo estando borracha—. Ah, el libro. No lo he abierto. Pero lo tengo en mi habitación, en Valparaíso.

—¿Y te interesa?

Isabel le da una mirada que no sabe cómo interpretar.

—Por supuesto, Charlie. Ya lo leeré.

La neblina de la madrugada vuelve difusos los contornos del valle, y a medida que avanzan la hacienda se empieza a confundir con las rocas. Bajan la montaña lentamente, con las ancas del caballo llevándolos de un lado al otro. Isabel se toma fuerte de Charles pues el sendero es resbaladizo y angosto, tan angosto que antes de partir deben soltar la mula y enviarla delante. Así, por largos minutos reciben, con un movimiento coordinado, los resbalones de las patas del caballo. Para suerte de ellos, a la media hora la pendiente del camino se convierte en una planicie tranquila y aburrida.

Charles mantiene su atención en el camino, salvo cuando el peso de un mentón se apoya sobre su hombro y una voz susurra:

—Charlie, ¿podrías pasar por debajo de ese sauce?

Y eso es lo que hace, pasa debajo de ese sauce. Y se detienen en esa

entrada de río, se bañan, se besan, dejan que el sol los descubra y luego reemprenden viaje con las ropas secas sobre el cuerpo húmedo. Aquí y allá se despliega la geometría particular de tierras cultivadas, una mezcla de líneas y hortalizas, ángulos abiertos y cultivos de choclo que a Charles le da mucho placer. Encuentran vallas puestas con desgano y bueyes seguidos, con una mano sobre el lomo, por su dueño. Hay piedras que de lejos se ven de un modo y que al rato aparecen con una textura nueva, inesperada.

Luego de cruzar el Cachapoal adivinan, en la frecuencia de casas, que se acercan a Rancagua. Al llegar a la ciudad toman una carreta y desde ahí Charles conduce hasta Casablanca, y lo hace, ahora sí, con el rifle a mano. Duermen en Casablanca y al día siguiente, después de almuerzo, retoman viaje. Al final de tres horas atisban felices el semicírculo azul y las pintas plateadas de la bahía de Valparaíso, lo que coincide con los nuevos ánimos que les da el aire fresco de la costa y la caída de la tarde. Descienden rápido el rastro ondulante que los llevará al puerto. Cuando se introducen en la polvareda del camino para sobrepasar una carreta, la gente que va en ella los mira fijo, como diciendo ¿quiénes son estos señores?

Charles mira extrañado a Isabel.

—Es que no llevamos anillo, Charles.

—Ah, un anillo.

—Así es —y luego de unos segundos—. ¿Te cuento algo?

—Bueno.

—¿Conoces a mister Atton? Vive en la esquina de Miraflores.

—Sí, lo ubico.

—Quizás lo viste en la fiesta de los Rowington.

—Ahí mismo.

—Cuando no está con mujeres colecciona porcelanas, y dicen que paga el precio que sea por cualquiera de las dos. Además, es el mayor benefactor de la Iglesia aquí en el puerto.

—Mister Atton! Quién lo hubiera dicho. Al menos suelta el billete —dice Charles.

—Creí que querrías saberlo. ¿Y conoces a mister Owen?

—¿El del negocio de las pieles?

—El mismo. Mister Owen es muy adicto a tomarte del brazo y darte

un pequeño paseo para hablarte de la relajación de las costumbres y la falta de disciplina en esta parte del mundo, no sé si te ha pillado.

—Casi. Le vi reservándose para una ocasión especial.

—Lo suele hacer a la primera. Owen tiene dos hijos con su criada, que viven en la Matriz. Los tuvo un tiempo como ayudantes de su esposa, que por supuesto no sabe que los que hacen sus mandados son hijos de su esposo.

—Vaya. Eso sí que es amor ciego.

—La anciana miss Cuissard, matriarca de los Leiva, se pedorra todas las cenas, lo que contradice los aires franceses que siempre se ha esforzado en mantener. El hijo, Claudio, preocupado de la herencia como está, no atina a decir nada, claro. Él, que presume de fino e incluso se cambió el apellido al de su madre para parecer más francés, mientras la lleva con un brazo echa a un lado a la gente que se acerca a cobrarle las deudas que tienen. Ha tenido que irse al campo un par de veces por eso. Por las deudas, no por el olor.

—Qué curioso.

—Nunca los sobreestimes, Charles. No vale la pena —dice Isabel, y luego se sienta de nuevo con la espalda derecha. Llena sus pulmones de aire, y agrega—. Charles, ¿te gustaría quedarte en mi casa?

—Sí, claro. ¿A ti te gustaría? —dice Charles, y de inmediato le lanza una mirada interrogante.

—Por algo te lo pregunto.

—¿Eso es sí?

Isabel solo lo mira.

—Ok, sí.

En los días siguientes, que transcurren bajo la sombra amable del ciruelo de la casa de Isabel, Charles se sorprende del enamoramiento, esa especie de mecanismo que hace que uno se guste más. Porque sí, eso es lo que ocurre, ahora se gusta más. Cuando observa su imagen en el espejo de la entrada de la casa, piensa «soy la pareja de Isabel Martínez-Shaw», y ese conocimiento es la base sobre la que construye cualquier certidumbre o cualquier disculpa hacia sus propios errores, sin importar cuáles sean..., todo está perdonado. Él se define ahora como el hombre que la abraza, que le toma la mano mientras caminan entre las habitaciones, y ella es la persona que, luego de mirar a la

calle como algo que no tiene importancia, que claro que no la tiene, cierra las cortinas y le ofrece el cuello para que le dé besos. Se sorprende a sí mismo representando, incluso en la más peregrina de las acciones, gestos que a ella le gustan.

Al cuarto día van juntos al mercado, salida que Isabel aborda con resolución y cierta tirantez en la espalda y él con moderada prestancia. En realidad, salvo el efecto que pueda tener en Isabel, a Charles no le importa la opinión de los demás, pues el desarraigo con el que vive y que le da tantos problemas también tiene el efecto de protegerlo de los rumores locales. Lo que más le importa, sobre todo ahora que la idea de quedarse crece en su mente, es que FitzRoy no se entere por otra persona. Debe ir y contarle..., el asunto es cómo plantearlo para que no sufra un ataque de celos. Pero con quien debe hablar antes es con Richard, eso lo primero.

La luz cae en diagonal por la ventana de la sala de Richard e inunda el suelo de tablas, las tablas por las que ha pasado tantas veces, primero alegre y curioso de descubrir el nuevo país, luego cansado por las expediciones, al final prudente en mantener un secreto.

Richard lo mira curioso, esperando a ver qué va a decir luego que Charles le anuncia que debe hablar «algo importante» con él.

—Estoy teniendo un amorío con Isabel, Richard. Acabamos de ir a las termas de Cauquenes juntos.

Richard lanza su cabeza hacia atrás, como si sufriera un espasmo involuntario del cuello.

—¿A Cauquenes? ¿Y cómo fueron?

—¿Cómo fuimos a Cauquenes? En carreta hasta Casablanca, luego a caballo. ¿Por qué?

—Vaya, es mucho viaje.

Richard toma unos papeles y los deja encima.

—Bueno, me alegro, Charles.

—En caso de que te lo preguntes, desde hace un mes, hace muy poco. Por eso te cuento ahora.

—En caso de que te lo preguntaras, sí, lo sospechaba, porque salías todas las tardes y no tenía noticias de ti en el puerto —Richard intenta una mueca de sonrisa. Luego se queda pensando, da un suspiro—. ¿O sea que las expediciones por Valparaíso...?

—Algunas veces. Algunas veces fui.

Richard asiente.

—¿Cómo está Isabel?

—Bien.

Richard lo mira con una cara que Charles no sabe cómo interpretar. Una capa de fiereza se mezcla con otras emociones, ¿burla, quizás? Es como si sus ojos, sus labios, sus dientes y pómulos no se pusieran de acuerdo entre sí. ¿Sentía suspicacia? ¿Admiración? ¿Decepción?

—Envíale mis saludos —dice Richard.

—Así lo haré.

—Le conté —dice Charles.

—¿Y qué te dijo?

—Te mandó saludos. ¿Y ahora?

—No sé. Contarle a Richard es contarle a todo Valparaíso.

—Ya fuimos juntos al mercado, ¿no? Nos han visto.

—Sí, pero ahora que lo cuentas como algo oficial, manifiesto, es distinto. No es la noticia lo provocador, es la honestidad.

—Ya. ¿Y qué pueden hacer con esa supuesta provocación? —cuando hacía esas preguntas se sentía a medio camino entre la actitud de investigador y la inocencia infantil.

—No mucho.

—Ah, bien —dice Charles con alivio.

—A menos que tomen tu estadía en mi casa como prueba de adulterio.

—¿Adulterio? ¿Cómo «adulterio»? ¿Con su marido muerto?

Isabel se ríe.

—Soy viuda, no soltera, lo que agrava la falta. Bueno, ven. Comamos algo.

—Pero si está muerto —insiste Charles.

Isabel ya ha avanzado a la puerta.

—Si dono dinero para la construcción de una iglesia supongo que se arreglará. ¿Quieres comer?

En la terraza, donde pasan la tarde, un cielo claro corona la bahía, que en ese día de comienzos de diciembre los saluda con un aire limpio y transparente. Se pueden ver hasta las playas de Viña del Mar. Al rato

Charles se encuentra criticando con énfasis la extracción minera.

—Los mineros se vigilan unos a otros, con los suficientes incentivos para matarse. Y el modo en que está organizada la producción no es eficiente tampoco. Pudiendo hacer una vía donde llevar carros con material, lo hacen a hombre. El modo en que aclaran el oro y el cobre tampoco es el mejor.

—¿Y valdría la pena que lo hicieran de otro modo?

—Sería más eficiente y sobre todo más humano. Además, y algo que me llama mucho la atención, es que cuando el dueño de un predio utiliza un río se apodera del río completo, ¡no de una porción! Eso en Inglaterra está prohibido.

—Entiendo —dice Isabel. Mira embotada el horizonte, un horizonte que a esas alturas tenía propiedades tranquilizadoras en su espíritu—. Pero imagíneselos a ellos, un montón de europeos pobres, o no tan pobres, y un montón de criollos ídem que luego de mucho esfuerzo y artimañas logran hacer fortuna con una mina o un campo.

—¿Y?

—Bueno, que de repente llega un inglés colorín a opinarles de las tierras.

—Cuando me vengan las canas se me acabará lo colorín, pero a ellos no se les irá la codicia si la gente se sienta a esperar. Por lo demás, lo que le digo no es una opinión. Eso ocurre ahora y evidencias hay muchas. Otra cosa es que no les importe.

—A mí me importa. No te enojes. Ven.

—No me enojo. Pero ¿entiendes lo que quiero decir?

—Sí.

Isabel hace que acueste su cabeza en su falda, y le hace cariño en el pelo. Saca lentamente los cabellos de su frente. Charles tiene unos mechones de pelo colorines que son bonitos pero también ridículos, y eso le gusta.

Por el masaje de Isabel, y por la tarde que los rodea como una sábana, Charles cierra los ojos. Siente cómo su pelo se desliza entre los dedos de ella. Luego de largos minutos, en los que está a punto de caer dormido, dice a media voz:

—En Til Til, mientras estaba de viaje con Richard, me pasó algo extraño.

—¿Qué?

Charles toma aire.

—Un día pasamos por la altura del cerro La Campana, y después llegamos a una laguna. Laguna de Tagua Tagua, se llamaba. Sí. Era una laguna pequeña, bonita, en medio del campo. Habíamos cabalgado todo el día desde una hacienda. Cuando la vimos era tarde, el sol ya bajaba, así que hicimos campamento. Nos dimos un baño para sacarnos el sudor.

—Ya...

—Me dormí muy rápido, estaba cansado. El caso es que a mitad de la noche... escuché un crujido, un ruido, no sé qué cosa escuché, y me desperté. Miré a todos lados, estaba todo oscuro, muy oscuro, no había luna. Además, la fogata se había apagado, calculo que habrá sido bien entrada la noche. Y miro a la laguna, que teníamos al frente, y veo la silueta de un caballo. Los nuestros estaban amarrados más atrás, así que era otro caballo. El caso es que no movía los pies, estaba quieto sobre el agua.

—¿Cómo quieto sobre el agua?

—Lo que le digo, sobre el agua. Estaba parado sobre una roca, quizás, pero la roca se movía o se deslizaba, porque yo notaba que se movía hacia un lado. Yo veía sombras, nada más, pero escuchaba la respiración del animal, y creía ver las órbitas de sus ojos y sus fosas nasales expandiéndose. Pero no estaba seguro. Me senté y traté de mirar con más atención, y al rato la imagen se fue disolviendo en la oscuridad.

—¿Y?

—Y en un momento no se vio más. Y como se escuchaba todo tan silencioso, y yo estaba tan cansado por la cabalgata, di la vuelta sobre mi manta y me dormí.

—¿No estabas preocupado?

—Sí, pero no tanto parece porque al final el sueño me ganó. Decidí que podía ser perfectamente mi imaginación, una visión nocturna.

—¿Y qué pasó?

—Me quedé dormido.

Isabel sonríe.

—Sí, pero qué pasó después.

—Ah. Al otro día me desperté y basado en lo que vi y lo que conversé con gente de ahí pude reconstruir lo que era —Charles toma aire y luego da un soplido—. Yo no las había visto bien al llegar, pero la laguna tenía en su orilla masas compactas de pasto y barro, y a veces el viento llevaba esas islas al centro de la laguna. El caso es que muchas veces en que el viento las empujaba había animales pastando sobre ellas. Entonces, no era raro que ovejas, chanchos, bueyes, caballos, incluso gallinas, terminaran en el centro del agua. Y si no se animaban a nadar pasaban la noche, o el día, allí en medio.

—¿Y hasta cuándo?

—Hasta que el viento los regresara a la orilla. O un campesino los fuera a buscar.

—¿Estás inventando?

Charles abre los ojos.

—Juro que no.

—¿Y por qué no despertaste a Richard?

—No sentí peligro. Y bueno, si era mi imaginación, iba a hacer el ridículo. En el mejor de los casos estaba viendo algo que era solo para mí. Algo maravilloso. Algo único.

Isabel se queda pensando en silencio, armando en su mente la imagen del caballo. Charles concluye:

—Así que era eso, un caballo, que me miraba desde el agua.

Isabel corre a un lado uno de los mechones de Charles. Cuando su mano sale de la frente los ojos se encuentran.

—Un caballo, que te miraba desde el agua.

La isla que salió del mar

Al llegar diciembre el puerto tiene más actividad que el resto de la temporada. Los barcos, navegando de verano a verano, anudan al muelle en el espacio que encuentran, marinos bajan y cruzan las tablas, caballos, burros y carretas se acercan a la orilla y los hombres, mal equilibrados sobre botes y barcazas, reciben mercaderías y acarrean gente a la playa, desplegando sobre el resol del agua una actividad que solo se detiene en la noche, y eso apenas. Así también es esa época, la de fines de 1834. De vez en cuando los serenos nocturnos, que ahora llevan insignia del gobierno y se hacen llamar con el nombre solemne y también ridículo de «policías», corren a la gente que arma fogatas en la playa. «¡Portalianos!», les grita la chusma ágil, y la policía responde sacando sus garrotes en señal de descontento por el mote o buscando confirmarlo. Son grupos de tres o cuatro, no más, y se disuelven en la bulla del puerto del mismo modo en que lo hace Charles, que si no fuera por su pelo colorín y su barba hirsuta sería confundido con cualquiera de los canillitas y ropavejeros que pulula por ahí.

Lo de Charles e Isabel ya se había sabido y generado un escándalo, un escándalo refractado y absorbido por las capas habituales de pudor y cotilleo, pues Isabel poseía tierras y eso la hacía una persona importante para los señores ingleses y la gobernación de Valparaíso. Cualquier sanción debían pensarla bien. Como señaló más de un respetable anglicano, era cierto que la podían enviar a un convento y confiscarle las tierras, pero eso implicaba enfrentarse a la Unión de Damas Británicas, es decir, a sus propias esposas, que por más escandalizadas que estuvieran no consentirían en empeorar la situación, quizás obedeciendo al secreto sentido común (común para ellas, claro) de que en realidad no estaba casada y que esa relación fornicaria no era tan distinta en el tamiz movedizo y lúbrico del puerto. Y también ayudó la preocupación de Isabel de no mostrar preocupación, actitud que operó como disuasivo en la mente de sus

más severos censores.

Disuelto el temor por hacer pública su relación, la vida de los convivientes se extiende en los días de forma plácida y sin obstáculos, en paseos por El Almendral y Playa Ancha y mañanas completas en la cama. Asombrado, Charles ve que el vértigo que tanto padeció durante el viaje queda atrás como bancos de algas despidiéndose en la espuma. Los sábados en la tarde, justo cuando la luz comienza a bajar, las amigas de Isabel llenan la casa en un hormigueo: Kate Archer, rechoncha y simpática, hablando siempre de lo especial que era su convencional marido, Laurie Till, con su fijación por explicarlo todo con inesperados cálculos esotéricos, y la elegante Ana Gram, un océano de sensatez y moderación, salvo cuando contaba chistes. Todas expertas en el arte de conversar y en dejar cualquier crítica, si es que la tenían, para otros salones y despachos. Ante ellas no es solo un tripulante: es un aventurero, un joven apuesto, una futura eminencia, en la práctica ya un marido. Apenas una frase ligera y encontraba su aceptación, o al menos eso es lo que Charles siente. En definitiva, la casa de Isabel es una cumbre en donde respirar tranquilo, un lugar en que puede ver el paisaje recorrido, una silla tranquila en un patio con tiempo para malgastar. ¿Y si es verdad lo que dice Richard, que si vive en casa de Isabel es ella la que tiene el control? ¿Para eso echarás por tierra la misión del Beagle, Charles?

—Igual antes vivía en casa de mi padre, y después en el barco de FitzRoy —responde, con la soltura e insolencia que solo el estar enamorado le puede otorgar.

Se queda un largo rato en la orilla y luego un botero somnoliento y con olor a alcohol lo lleva hasta el Beagle. Una vez que está en cubierta repara en que hace meses que no siente ese sonido cóncavo bajo sus pies, ese suave bamboleo. No lo echa de menos.

—¿Te sorprende verme bien, Charles? ¿Acaso pensaste que no me recuperaría? —dice FitzRoy.

—No, no es eso. Es lo rápido de la recuperación.

Y bueno, sí, también pensaba que FitzRoy jamás volvería a navegar, pero eso no se lo dice. Qué contraste entre el FitzRoy de La Matriz y el que ahora se aferra a los brazos de la silla como si la madera le transmitiera algún tipo de energía, destinada solo para él.

—Navegar es nuestro deber. Y ya sabes, mientras haya viento, habrá Dios.

—Así es, el mismo viento que rompe las naves hace volar a las gaviotas.

—Ningún viento rompe mis naves. Ninguno.

—Bien —Charles se aclara la garganta—. Yo venía a hablar algo contigo, Robert.

—¿Qué cosa?

—Llevamos ya tres meses en Valparaíso..., bueno, esperando —no quería hacer referencia a la crisis nerviosa de FitzRoy—, esperando para partir de nuevo, ¿no?, y en ese tiempo he tenido tiempo para pensar. Mi vida ha cambiado mucho.

FitzRoy asiente. Charles toma aire.

—Y lo he pensado bien y me quedaré una temporada en Valparaíso.

—Isabel Martínez-Shaw —dice FitzRoy, pronunciando cada sílaba como si le enrostrara una hipocresía, la evidencia de su inconsistencia moral.

—Sí. Eso sobre todo.

—¿Qué le dirás a tu padre? Él es el que ha financiado todos tus gastos.

—Y ha sido una expedición muy fructífera.

—¿De qué vas a vivir ahora? ¿De su dinero?

—Del mío. Aún me queda.

—Dinero que te pasa tu padre.

—No, que me envían de Cambridge.

—Por el trabajo que has hecho en mi barco —FitzRoy mira a un punto del piso. Luego observa de nuevo a Charles, se despega del respaldo y apoya sus codos en la mesa. Dice en tono de confidencia—: Charles, es una mujer casada.

En su expresión se mezcla ferocidad y lástima, tan distinta a la vulnerabilidad de hace unas semanas. De verdad que se había recuperado.

—Eso ya lo sabía cuando la conocí, no es ninguna sorpresa —se defiende Charles.

—Me imagino que es una decisión tomada.

—Sí.

FitzRoy se queda pensativo. Desde la habitación se siente un tipo caminando en cubierta, y a otro cortar algo mientras insulta al aire.

—¿Sabes lo que dicen los marinos de las mujeres, Charles?

—Dicen muchas cosas.

—Que uno recién las conoce cuando se separa de ellas.

—¿Y usted lo cree así, capitán?

—Sí —dice FitzRoy, desafiante. Sabe que Charles da por descontada su distancia de aristócrata con lo que digan y piensen los marinos, y sabe que esta vez se equivoca—. Es más, lo creo de todas las personas. Uno las empieza a conocer cuando se distancia de ellas. Lo que quiero decir es que espero que escribas, Charles. Cuéntame cómo sigues.

—Gracias, Robert. Le prometo que escribiré. El viaje del Beagle es más importante que cada uno de nosotros por separado.

—Así es —dice FitzRoy, y sonríe. Pero a los segundos su sonrisa se desvanece, como si hubiera sido hecha para eso, para desaparecer—. Eso sí, antes que abandones nuestra misión te quería pedir una cosa.

—¿Sí?

FitzRoy se levanta y camina hasta el portillo, que está abierto de par en par y deja entrar la poca luz que hay en el cuarto de mando. Desde donde está sentado, Charles ve que tras la figura de FitzRoy asoma el cielo de Valparaíso y la punta de algunos cerros.

—¿Y qué sería?

La silueta de FitzRoy se gira.

—Hemos hablado con Wilkinson de volver al sur.

—Ya.

—Y necesito que nos acompañes.

—Como te dije, Robert, estoy decidido a quedarme aquí y no subirme por un buen tiempo a un barco.

—Sí, yo sé, pero esto sería solo por unas semanas, nada más para terminar el trabajo en Chile.

—Robert...

—Charles, entiendo tus razones para quedarte aquí, pero antes que este río se convierta en océano, antes que lances esta misión por el suelo, te pido que consideres mi propuesta. Por tonta que te parezca.

—No la considero tonta, Robert, en lo absoluto, y entiendo que necesitas a alguien que te apoye. Aun así...

—Velo como un modo de ayudarte a ti mismo.

Charles va a decir algo y se interrumpe.

—¿Cómo?

—Podemos arreglar un buen pago. Con ese dinero puedes vivir aquí con independencia varios meses, al menos hasta que te establezcas mejor. Isabel estará contenta y orgullosa, ¿no?

—¿Y por qué sería tan terrible? —le dice a Richard cuando en la Planchada su amigo saca a relucir las mismas suspicacias de cómo va a vivir de una mujer. Ya ha dicho que sí al último viaje con el Beagle al sur, pero igual le molesta esa insistencia, como si su acuerdo de hace media hora fuera una obligación y no una decisión romántica. Lo hace por Isabel, no por lo que opinen los demás o por salvar su honra. No entiende el afán de los demás con la mentada independencia. Es obvio que puede ser independiente de Inglaterra, de su padre o de Isabel, pero ¿es ahora eso lo más importante? Unas semanas atrás Ruiz también le había dicho algo, mientras cargaban unos sacos para la tienda. O al menos eso se había imaginado él. Lo dijo sin malicia, con genuina curiosidad.

—¿Y a qué se va a dedicar, mister? —luego, para descansar, había dejado el saco en el suelo y mesado su bigote.

Y un poco más atrás, tan solo unos días, Charles había recibido una carta en la que su padre se mostraba desconcertado por la detención del Beagle y preocupado por la posibilidad, que Charles había deslizado sutilmente en su último escrito, de que su hijo se quedara a vivir en Chile. Al leerla Charles pensó que si ahora le decía a su padre que no le pediría más dinero, se enojaría muchísimo. En el mismo barco en que llegó esa carta llegó otra de Catherine, pidiéndole mesura y diciéndole que «no echara por tierra» la inversión hecha. Que pensara bien lo que haría. «Por lo pronto, si no te dedicas a la recolección de especies, Charlie, ¿de qué vas a vivir? No sabes hacer nada más».

Le gusta quedarse dormido con su mano en la cadera de Isabel. Le parece un amuleto con el que navegar todas las circunstancias.

Aunque es cierto, en todo caso, que los otros ingleses hacen algo o al menos tienen algo que cuente como actividad, aunque en realidad no hagan nada. Muchos son herederos, claro, y no pasan de ser vagos

bien vestidos, pero la coartada les funciona. Charles sabe que en algún momento los paseos por el valle central se harán pocos y tendrá que ir a otra parte. O dejar totalmente la recolección y dedicarse a los negocios. Sin ir más lejos, el hijo de los Atton le había propuesto explotar una mina de burilio de sodio cerca de Quintero, y Charles le inventó una excusa amable.

Cuando al mejunje mental lo interrumpen momentos de mayor claridad, está seguro de que Richard dice lo que dice por celos, su padre por no perder a su hijo (y su inversión) en Sudamérica, FitzRoy por solitario y posesivo, su hermana por seguir los dictámenes de su padre. La persona en la que más confía es Isabel, pero no le parece bien plantearle sus dudas. Después de darle vueltas, busca un momento para hablar con Ruiz. Ruiz no lo idealiza, y eso descarta que actúe sobre él con desilusión, que es otra forma de venganza. Cuela la pregunta como hipótesis de investigación, como estudio (¿para Inglaterra?) sobre las gentes y el carácter local, pero Ruiz, hombre de bigote frondoso y mirada ladina y astuta, agarra el asunto al vuelo.

—¿Que si aquí es mal visto? —Ruiz apoya las dos manos en el mostrador y lanza un resoplido, el mismo resoplido que precedía al «sí, lo tenemos, pasillo cuarto arriba a la izquierda»—. No sé. Lo importante es que haga lo que usted quiera, mister. Si a otros no les gusta... bueno, cuántos viven de la señora y se jajajean sin problemas, pues. Además que, entre nosotros, estos no son ni ingleses. Tampoco son chilenos, son una cosa rara que no vale la pena tomarse en serio.

Charles no pregunta más, en parte por la humillación, mezclada con alivio, de mostrar por primera vez ese tormento silencioso, y que agradece que Ruiz trate con tanta naturalidad, en parte por sentir que la frase no admite interpretaciones y ahondar sería abusar de la paciencia de su interlocutor.

La noche antes de partir, el dormitorio apenas abre sus ventanas a las últimas luces del farol de la esquina, iluminado como está por el candelabro sobre la cómoda. Los amantes han resistido varios ciclos de besos y toqueteos, y ahora se recuperan de una nueva descarga de actividad. Charles ha disfrutado del rito de Isabel de limpiar la punta de su verga con un pañuelo a pequeños golpecitos. Luego deja el pañuelo a un lado, levanta una pierna y se sienta sobre él. Sus muslos

están pegajosos y la sangre que se mueve por su piel aún no se aquieta. Le acaricia el cabello y lo mira entre una mezcla de fulgor y prudencia, luego le toma la cara y lo besa. Él, adivinando que ese gesto esconde algo más, una intensidad misteriosa, le rodea la cintura con sus brazos, pero ella se separa.

—¿Crees en el alma, Charlie?

Charles la queda mirando. Da dos pestañeos.

—No sé.

—¿No sabes si crees o no crees?

Dos pestañeos más.

—Ambas. ¿Qué quieres que crea?

Isabel lo mira con ojos inquisitivos, que esconden suspicacia pero sobre todo amor. Pasa las manos por su pelo. Le da otro beso.

—El uno no puede ser dos. ¿Entiendes lo que quiero decir? Te echaré de menos.

En el puerto la despedida es corta, pues se saben mirados, y Charles sube rápido con sus bolsos. Cuando llega arriba, luego de las miradas de los tripulantes que él imagina irónicas, sorprendidas o en el mejor de los casos indiferentes, se apoya en la borda y mira hacia el muelle. Allí está Isabel, tan segura de sí misma, con la espalda rígida y una sonrisa desplegada hacia él. Oteando la muchedumbre, ve en el otro extremo a Richard, que le da un saludo corto. Siente el súbito temor de que las cosas no se mantengan así, que un movimiento de mundo haga que el amor que ella le profesa, y que tan cálido se mantiene tras esa capa segura e invulnerable que ahora pone en escena, se diluya o se trastoque. Siente dudas de si debe hacer el viaje, al punto de observarse desde afuera, como si el cuerpo que viaja no fuera el suyo y que el correcto estuviese en tierra, frente al barco. Pero hay ruido de cuerdas y gritos de zarpe e Isabel se ve contenta, y decide concentrarse en su cara mientras el espacio entre ellos se alarga.

Cuando la proa asoma fuera de la bahía, un viento norte le limpia la frente. Los mareos se anuncian todavía lejanos, como olas tímidas. En las primeras bromas avizora, impresión que corrobora en los días siguientes, que el carácter que le asignan los marinos ahora es distinto: no es solo que tenga una dama, lo pase en horizontal mejor que en vertical, sino que puede y de hecho piensa quedarse en tierra, y de

algún modo esa sola posibilidad explicita que él también es un sujeto en tránsito, igual de nómada y abierto que ellos. El señorito no es tan señorito. El hombre tiene su vida.

«Querida Isabel:
El 21 de este mes finalmente llegamos. El país tiene bastantes laderas pero no es muy montañoso, y está cubierto de verde, excepto por algunos claros que se abren en torno a las cabañas. Pasa nublado y me resulta difícil atisbar la cordillera, pero el otro día el volcán Osorno se destacó en relieve, justo antes del amanecer. A medida que el sol subía, el contorno fue desapareciendo en el resplandor del cielo del Oriente. Quise mucho que estuvieras acá.

Mañana, y es la razón por la que te escribo ahora, partimos bordeando la isla, daremos toda la vuelta. Yo iré a caballo en el primer tramo, y espero encontrar el Beagle anclado en Castro. Desde allí iremos a Cailín, lugar al que algunos llaman el "Fin de la Cristiandad". Veremos si está a la altura de su alias.

Una cosa rara, esta te interesará mucho. Aunque se supone que aquí los indígenas son cristianos, se dice que muchos aún se reúnen en ciertas cuevas a comunicarse con el diablo. Lo del diablo lo dudo, porque es dicho por gente que no las ha visto, pero me gustaría enterarme un poco más de esas ceremonias y definitivamente te veo allí en medio observando y sugiriendo preguntas, incluso ofreciéndote como vocera.

Como sea, varias personas me han dicho que estoy más flaco. Yo no sé si es así, pero en todo caso, cualquier mejora en mi aspecto (¡aunque no sé si es una mejora!) la atribuyo a ti. FitzRoy ha estado estable, pareciera que las tormentas, y acá hay muchas, le dan algo en lo que concentrarse. Toda su energía se va en hacer cálculos y llevar gestiones, y no en buscar los errores en los demás. Alabado sea el cielo.

Acá hay muchos líquenes y helechos pequeños, y como los animales no son muy notables me concentraré en las plantas. No me queda otra. Las orejeras han resultado estupendas.

Te quiere siempre. D.

pd: Toda la gente de aquí viste de lana azul. Es rarísimo.

pd 2: Y las ganas que tienen de que "los liberemos". Primero pensaron que éramos la avanzada de una flota española, luego de una inglesa. Lo bueno es que cuando digo que vengo a recoger plantas la decepción es completa y me dejan tranquilo.»

«Querida Isabel:
Me tocó observar un suceso maravilloso que tengo que contarte. No sé cuán rápido llegue la noticia a Valparaíso, pero si lo hace antes que esta carta, aquí tienes la

descripción de primera mano. Es lo siguiente: hace dos noches recién me había acostado a dormir cuando siento gritos en cubierta. Como tú sabes acá siempre gritan mucho, te acuerdas de cuando pensé que nos invadían. Pero estos eran gritos extraños, no eran de temor, ni de indignación o broma, o más bien eran de todo eso a la vez. En el entresueño reparé que a esos gritos les sucedían otras voces, preguntas entrecortadas, pasos en la escalera, pero no había nadie que llamara a las armas ni ordenara movimiento en las velas. Me vestí rápido y subí. Cuando llegué a cubierta miré a donde miraban los demás. En el horizonte, a unos 10 kilómetros de distancia, o quizás menos, llamaradas naranjas salían de la montaña, pequeños estallidos que desafiaban lo oscuro y luego volvían a su fondo primario. El volcán Osorno hizo erupción, Isabel, y en las horas siguientes otros volcanes han hecho lo mismo. Parado ahí en cubierta, igual que un conejo alumbrado por una lámpara, me preguntaron que qué montaña era y encogí los hombros. Alguien dio la idea de acercarse. Apoyé la idea con fuerza, y FitzRoy, aún dubitativo, ordenó navegar en la dirección de la erupción. A la media hora la lava se hizo más nítida, podíamos ver los ríos de material caliente bajar por la montaña. Algunos rezaban, otros decían que por qué no volvíamos. Uno de los marinos echó una cuerda al mar y la tocaba cada cierto tiempo para ver la temperatura del agua. Habremos estado a un par de kilómetros. El mar era como una cortina de metal en espera al calor que acechaba a unos kilómetros, al fulgor naranja de la orilla que las olas mostraban al bajar. Nos acercamos hasta que empezamos a temer que debajo del agua anidara lava que alcanzara el barco y lo destrozara por completo. ¿Y si venía un solo chorro espeso y rojizo que rozaba la máscara del barco, un beso silencioso y terrible? ¿Y si se calienta el mar y morimos del calor? En fin, todo tipo de temores y supuestos empezaron a surgir, así que FitzRoy, que no se mostraba temeroso pero parecía recibir con callada gratitud los llamados a la prudencia, ordenó dar la vuelta. Pero la vi, Isabel, alcancé a verla. En la orilla tomaba la forma de monstruos encogidos, acechantes, de negro llameante y rojo blanquecino, bajaba y se deshacía y ante obstáculos se volvía a formar y a saltar y a atacar el vacío y luego seguir bajando en estrépito.

Como sea, la atmósfera ha estado sucia, llena de humo, y como te digo nos encontramos con un barco que venía del norte que nos habló de la erupción del Aconcagua. El tiempo luego de la erupción lo he vivido con un sentimiento de vacío, como al día siguiente de una fiesta muy alegre pero que deja sillas cojas, vasos rotos y cansancio. Ya tengo ganas de volver. Siento que ya no me queda más de viaje, Isabel. Solo quiero estar contigo y recordar sucesos junto a ti. Contártelo todo en persona. Mi afición no es tanto por lo refulgente y lo que brilla, es por contarte cosas y recibir el calor que surge de tus expresiones.

Siempre tuyo, tu querido Charles.»

La mañana que el Beagle entra en Valdivia una luz limpia baña la cubierta. En tierra las nalcas y olivillos miran tranquilos desde la orilla, dejándole al mar playas de arena negra y rocas brillantes, llenas

de lapas y estrellas de mar. Se baja con su bolso.

—¿Vas a descansar? ¿Los mareos te obligaron a tomar vacaciones? —le dice Wilkinson.

—Voy a trabajar, Wilkinson, haré algo útil mientras tú te frotas contra los mástiles.

Camina por las calles de la ciudad, y por una razón desconocida alguna gente lo saluda. Se hospeda en una casa de una pareja de franceses, que le ceden una habitación pequeña con vistas al río.

Mientras se sienta en la cama agradece estar solo, se da cuenta de que ya aguanta cada vez menos la compañía obligada del barco. Al bajar pide a la mujer que en la noche le tenga carne y vino. Se mantiene todo el día recogiendo especímenes, y al otro día camina un par de horas hasta un bosque denso. Luego de gastar medio día entre el ramaje descubre que el bosque da paso a una playa.

Se sienta en la arena, ha trabajado todo el día. Saca el pan y el queso y come con ganas. A su lado, como una compañía discreta pero fiel, reposa un atado de pequeñas hierbas y ramitas, señales del pasado a un futuro que gusta de imaginar más calmo y amoroso. Más próspero. Le da un mordisco al pan y mira el mar. Se respira en el aire algo puro, una atmósfera de comenzar de nuevo, de inicio de los tiempos. Cuando termina de comer se desanuda las botas y mueve los dedos al sol. Se tiende de espaldas y cierra los ojos. ¿En qué estará Isabel? ¿Ya habrá recibido alguna de las cartas? Las copas de los árboles se mecen para él, generan un rumor de hojas que le cantan al oído «ven, quédate, no te levantes más» o «descansa, que aquí estaremos para ti, siempre». ¿Se movía la Tierra? Se estaba moviendo.

Se estaba moviendo.

Charles se incorpora. Los árboles, hace un momento causa de un suave rumor, se abrazan con furia, pelean entre sí, pero la rabia viene de abajo, el barro endurecido en el que descansan ondula como una alfombra movida de un extremo por un gigante. ¿Qué ocurre? Charles se levanta y debe abrir las piernas para tenerse en pie, toda esa superficie, el piso bajo sus pies y el pastizal de más allá y las ramas se mueven, todo a su vez y sin ninguna melodía que los una.

El escozor dura uno o dos minutos que se hacen eternos, una furia en la forma de un zumbido, de aleteos de pájaros, y luego sobreviene

el silencio, el silencio más terrible que Charles ha escuchado en su vida. Con pulso nervioso se coloca las botas y camina a la ciudad. Al llegar le cuesta entender lo que ve. La costanera está desdibujada, como si una mano hubiera manchado con tinta las líneas que separan al río de la tierra. Algunas personas se mueven lento, como si estuvieran bajo anestesia, mientras que otras transitan rápido, aunque en sus rostros no se lea siempre que tengan claro adónde van. Otras solo miran a su alrededor, como si el terremoto aún siguiera y algo les pudiera caer encima.

Le paga a los franceses y camina a las afueras. Encuentra un caballo suelto. No hay nadie mirando. Se sube. ¿Cómo estará Isabel? Y sí, la estrella crece. Un cuarto de hora después esa estrella está mucho más grande, y otras luces, más pequeñas, salen de su cuerpo y hacen una trayectoria por el aire cual fuego artificial. Después de una hora el fulgor inunda todo el mar. El volcán Osorno hace erupción. Eso se repetía una y otra vez que le contaría, a la luz de las velas y con sus ojos abiertos. ¿Y ahora qué? Cabalga por caminos cruzados de árboles arrancados de raíz y oye historias sobre ciudades completas en el suelo, de columnas de vapor que salen del mar, de ríos que ahora suben a la cordillera, quizá para siempre. De casuchas y casas hacendales en la ruina salen personas con miedo, y también presas de una efervescencia, mezcla de angustia y alegría, que no sabe explicar.

Tres noches después llega a Concepción. La situación es bastante peor que en Valdivia, pues no hay ninguna casa en pie. Pero a su alrededor nota el mismo ánimo ligero. ¿Será el sentimiento de igualdad que la circunstancia deja? Quizás ya nadie tiene nada que perder, liberados como están de las comparaciones de la vida corriente. En un terreno cerca de la Plaza de Armas se acumulan tiendas improvisadas, incluso un rápido techo de ramas, y los rostros de sus habitantes transmiten esa unión de barbarie y alegría.

Atraviesa la ciudad en dirección a la costa. En Talcahuano ni ruinas quedan, una ola inmensa las ha barrido y dejado en su lugar montones de ladrillos, tejas y vigas, por entre los que se desliza una segunda ola, la de los humanos que recorren las calles mientras recogen y roban todo lo que pueden. Ninguno de los muertos tiene zapatos. Charles va con la mano firme en su carabina aunque nadie repara en su presencia.

Ya cerca del puerto ve el Beagle, que reposa a unas decenas de metros al interior de una bahía mansa, engañosamente inofensiva, decorada en la línea de su costa por troncos de árboles. Cree ver la silueta de Bellany, Wilkinson, Smith. Hace gestos con el brazo para que lo vayan a buscar.

—Charles, estás vivo —dice FitzRoy, cuando Charles aún no pasa del bote al barco.

—Sí —dice Charles—. ¿Y ustedes?

—Hay mucho por hacer.

El terremoto, Charles no se demora en comprobarlo, ha cambiado por completo la fisonomía moral de FitzRoy, que ahora desborda entusiasmo por esta nueva misión, por esta catástrofe que es una prueba de Dios. Son los problemas, especialmente si son de los prójimos, sobre todo si parecen inabordables, los que alimentan la llama de su fe, y a ellos se aboca con vitalidad y entrega absoluta, como recién llegado a un banquete. Así, el hombre hasta hace poco caprichoso e irritable, que recuperaba el humor en la tarde y guardaba rencor por semanas si cambiaban su velaje, ahora se muestra decidido, de mente preclara, irradiando y en algunos (pocos) casos imponiendo el sentido del deber a cada integrante de la tripulación. Como a todo cristiano ferviente, a FitzRoy la idea del Apocalipsis le alivia.

—Ya escribí a Valparaíso. Apenas me respondan iremos por provisiones.

—¿Y si se demoran? —pregunta Charles.

—No te preocupes, lo solucionaremos —dice FitzRoy, mientras da una fumada profunda a su pipa. Y luego remata—: Las personas nos necesitan.

—Seguro que sí —dice Charles, intentando equiparar su entusiasmo.

—Porque ahora comida hay, pero en una semana no habrá.

Abajo, en el camarote, las cosas están más o menos igual que como las dejó. Saca su libreta de notas, acomoda el taburete, llena la pluma de tinta y y se empuja a un pulso firme. Cuando termina, sale de su cabina y sube las escalas a cubierta. Va hacia la proa, donde Chamberlain.

—Aquí la carta para el Liebre.

—Listo, mister. ¿Algo más?

—No, nada más.

—¿Ningún especímen?

Charles piensa la respuesta.

—Sí, la carta.

Durante la noche, durante la larga noche de Talcahuano, se vislumbran fogatas en distintas partes de la ciudad, luces que por momentos igualan, en su versión precaria, débilmente humana, el espectáculo de una erupción. Porque a veces los fuegos se mueven: caminan o corren de un lado a otro acompañados de gritos, de ladridos de perros, de nombres lanzados al vacío y que languidecen en lo oscuro. Desde el primer terremoto decenas de temblores pequeños han sacudido la tierra, y salvo un grupo que guía el premunido Wilkinson, ningún tripulante se interna en la ciudad; es demasiado peligrosa y además la instrucción, cuando venga un temblor fuerte, es desanclar con quien esté a bordo y navegar mar adentro. Así es como se habían salvado, así es como se iban a salvar de nuevo.

Mientras mira el agua, Charles se pregunta cómo viajará la carta en esas circunstancias. ¿Llegará con el Liebre? ¿Tendrá Isabel las otras cartas, las leerá una y otra vez, dormirá con ellas? Antes deseaba arribar a Valparaíso con una explicación nueva y brillante sobre las erupciones, ahora sobre todo lo que estaba ocurriendo. ¿Y si se casa con ella? ¿Y si tiene hijos, una familia, una vida estable? Una vida estable, eso es. Estratos de sol puro. Capas de anémonas y tierra, de piedras y azar. En Chiloé había hecho una lista de razones para casarse y para no casarse, y la de casarse era más larga que la otra. ¿Y si la efervescencia acelera su ímpetu? ¿Si el movimiento de la tierra es irreal y la ilusión verdadera son ríos subterráneos de cuya existencia apenas sospecha?

Una semana después, la respuesta desde Santiago todavía no llega, y FitzRoy empieza a impacientarse.

—No sé qué irá a pasar. Ya no hay alimentos. No se entiende.

A esas alturas los tripulantes miran a la orilla de Talcahuano, a solo 40 metros, como un territorio maldito. Se escuchan gritos y peleas, comienzan incendios. El día anterior un tipo se plantó en la playa y les gritó insultos por una hora. Lanzó piedras que no alcanzaban al barco, pero las seguía lanzando.

—Quizás hay necesidades más urgentes —dice Charles.

—¿Cuáles? —dice FitzRoy, enojado.

Charles encoge los hombros.

En la noche se queda mirando el agua. La comida se acaba y solo les queda el pescado, aunque por el agua terrosa de la bahía los peces se han ido mar adentro. Parece una pesadilla.

Al otro día FitzRoy está aún más malhumorado, hundido en su impotencia frente al Apocalipsis. El capitán Robert FitzRoy no teme al fracaso, pero huye con toda su alma del sinsentido: es esa simple huida la que guía su movimiento en el mundo. Estar frente a una emergencia y no poder ayudar es intolerable y le impugna de frente su responsabilidad, su ineptitud. ¿Qué debe hacer? ¿Quitar alimentos a la tripulación y repartirlos? ¿Acarrear gentes a un área menos destruida, aunque luego estas no sepan qué hacer ahí?

—Charles, ¿y si me acompañas a Santa María?

Charles lo mira desde el umbral del camarote. Adentro, sentado sobre el camastro, FitzRoy se resiste a ser el FitzRoy sombrío.

—¿Sí? —responde Charles.

Van con Smith. Mientras caminan por la isla, que tiene como suelo una roca seca y pálida que hace que la luz del sol se refleje y los deje casi ciegos, las olas golpean con estruendo la costa. Avanzan, en medio del ruido, bañados de una luz amarilla.

Charles mira como preso de un hechizo las rocas de la isla, ahora liberadas, y quizás para siempre, de la eterna compañía del mar. A la altura de sus ojos aparece una amonita. Se acerca y con un movimiento de la muñeca gira el martillo para que quede la punta de frente. Comienza a sacar roca. Una vez que tiene la amonita en su mano la observa, luego la guarda. Mira hacia arriba y hacia abajo: varios estratos, de colores y amplitudes distintas, se suceden de forma horizontal. Hay una concha de caracol cerca de sus pies. Luego otra amonita, más pequeña que la anterior. Charles anota en su cuaderno el tipo de capa y guarda pedazos de la roca que le rodea. En uno de los estratos más bajos encuentra un fósil de huevo.

Después de un rato indeterminado, se gira. A la distancia FitzRoy conversa con Smith, o más bien le explica algo. FitzRoy repara en que Charles se ha despegado de la pared y le habla, pero hay tanto ruido

por el oleaje que Charles no escucha. Y hay tanta luz que apenas lo ve. Con gestos FitzRoy dice algo como «¿seguimos, Charles?». Charles asiente e indica con su mano hacia adelante, hacia el sur.

—Demos la vuelta —dice FitzRoy.

—Bueno.

—Mira, por allá.

Charles mantiene su vista en las rocas. Desde hace días que se escuchaba desde el Liebre y el Adventure que una pequeña isla cerca de allí había subido varios metros, y ahora tiene enfrente una franja de roca oscura que ve con ojos nuevos el mundo y renueva los suyos propios. Lo que antes estaba oculto ahora se expone. Lo que antes era un misterio cerrado ahora aventura pistas sobre su sentido: puede que esa pared no explique la existencia de la isla, pero guarda la genealogía completa de sus mudanzas, miles de años reflejados en una caligrafía multicorde. ¿Y si este pequeño movimiento (gigantesco para miles de toneladas de roca, pero pequeño comparado con el mundo) es una muestra de lo que el tiempo es capaz de hacer? ¿Y si el molusco del monte Tarn y la arena de playa que encontró en el ámbar de un arrayán, camino a Farellones, fueran todos parte de una misma explicación?

—O sea que ahora estamos más alto que si hubiéramos venido hace una semana —dice Smith.

—Bueno, sí.

Los tres miran a sus pies. Smith salta.

—¿Y si se cae?

—No creo —dice FitzRoy—. Pero mejor no probar.

Smith sigue saltando.

—No sigas.

Smith salta una vez más.

—¡Detente!

Una ola revienta junto a ellos, se mueven hacia adentro.

—Sigamos —dice Charles.

Después de dos horas dan la vuelta completa a la isla. El bolso de Charles está lleno y tensa los cintos. Llegan a donde está el bote, situado arriba de un pequeño promontorio de roca. Smith lo ha arrastrado solo hasta allí. Por increíble que haya sido su hazaña, ahora

lo difícil parece bajar.

—¿Tú dominas esto, Smith? —dice FitzRoy.

—No se preocupe, capitán.

Smith se pone en la cola del bote y simplemente lo empuja hacia abajo. El bote cae de punta y con un par de saltos se queda flotando. Enseguida, sin dar tiempo a que una ola se lleve el bote o lo empuje contra las rocas, Smith salta y cae en el centro mismo. FitzRoy le lanza un remo, Charles el otro. Mientras FitzRoy y Charles descienden en zigzag por el borde del roquerío, Smith se mantiene remando cerca de la orilla.

Comienzan a cruzar a la bahía de Talcahuano. La luz en el horizonte se ha vuelto débil, y Charles y FitzRoy la reciben con aspecto cansado. Pero el paseo ha servido para elevarles el ánimo, para no pensar en lo que no controlan, en el camarote oscuro y húmedo.

—Es curioso que en la roca la capa de más abajo sea tres veces más ancha que las otras. Un tiempo totalmente distinto al otro.

—Pues, sí, y nosotros seremos una capa más —le sigue la corriente Fitzroy, casi bonachón. De repente, su sonrisa se esfuma—. De todos modos, esto es obra de Dios, ¿no? Supongo que lo sabes.

FitzRoy mira a Charles, quien desvía la mirada.

—Es todo obra de Dios —repite FitzRoy.

Charles mira Talcahuano.

—No lo sé, capitán.

—Simplemente estás detallando cómo operan sus designios. Los animales, las plantas, los ríos, los volcanes, son las formas bajo las cuales Dios se hace presente. ¿No se te ocurre pensar así?

—Se me ha ocurrido.

—Y lo descartas.

Charles toma aire y luego lo mira.

—No hay ninguna razón para mantener esa hipótesis. La distancia entre Dios y el mundo no es la que hay entre las instrucciones para realizar una acción y la acción misma —Charles abre los brazos—. En la naturaleza no hay instrucciones.

—No hay instrucciones escritas —dice FitzRoy, severo—. No van a estar en las nervaduras de una hoja.

—¿Y por qué no?

—¿Lo están? Lo que haces tiene un valor, Charles, pero me decepciona que insistas en convertir esta expedición en un instrumento para el ateísmo.

—No es ese mi objetivo, capitán.

¿La ira de FitzRoy se deberá a la irritación de la espera? ¿O estará empujada por el resentimiento derivado de su relación con Isabel?

Están a medio camino entre la isla y la bahía. El mar se mueve alrededor y a veces las olas entran al pequeño bote. Smith rema con todas sus fuerzas.

—¿No? Propugnas la visión de un mundo sin sentido, en el que las cosas surgen porque sí.

—Es un nuevo sentido.

—«Un nuevo sentido» —dice FitzRoy burlesco—. ¿Qué mierda de argumentación es esa? ¿Has visto cómo actúan las gentes en las calles de Concepción y Talcahuano? Roban y quitan a vivos y muertos. ¿Y por qué? Por la ausencia de Dios.

—¿Fue por la ausencia de Dios?

—Sin el don divino de la templanza y la compasión, el hombre es el lobo del hombre.

—El lobo es un animal cooperativo, capitán.

—¿Cómo?

—Hasta donde sabemos, el lobo es un animal cooperativo.

FitzRoy mira a Smith mientras niega con la cabeza.

—Arrogancia y ateísmo van siempre de la mano.

FitzRoy toma aire y luego da un resoplido.

—Mira, Charles, son interesantes las conversaciones que tenemos en mi barco, y también en mi bote, pero...

—Robert, no te pongas así. Sobre lo que conversábamos, no sé si el ser humano, al natural, es egoísta o generoso. Viendo lo que ha pasado después del terremoto se podría llegar a cualquier conclusión.

—¡Relativismo moral! —dice FitzRoy.

—No sé dónde se puede ver allí una prueba de la acción de Dios, o de su existencia.

—A tu relativismo ahora le sumas el cinismo. Para desarrollar la bondad el hombre debe contar con, primero, educación, y segundo, la Gracia del Señor. Sin una de esas dos cosas ahí quedará. Y no quiero

seguir con esta discusión, ¿a quién ayudamos? A nadie.

Charles encoge los hombros. Smith sigue impertérrito el compás de las remadas.

Cuando llegan al Beagle, varios marinos esperan asomados a la borda.

—No hay carta —dice Wilkinson, que para evitar que FitzRoy se deprima de nuevo ha acentuado su costumbre de decir las cosas a lo bruto.

—Llegó el Saxe Cobourg y nada, puras mercancías —dice Chamberlain—. Ni siquiera se quedan aquí, siguen a Chiloé.

—Veremos qué hacemos —dice FitzRoy, mientras trepa al barco.

En la noche FitzRoy, Wilkinson, Bellany, el viejo Deane y Chamberlain se reúnen en la sala de mando. Casi una docena de tripulantes, entre ellos Charles, Hopkins, Smith y Mrs. O'Hara, miran desde lo oscuro con su espalda pegada a la pared.

—Creo, capitán, que lo mejor es seguir al sur y terminar la prospección —dice Wilkinson.

—Quizás cuánto ha cambiado... —ante la mirada severa de Wilkinson, Chamberlain deja la frase a medio terminar.

—Quizás cuánto ha cambiado la costa —prosigue Wilkinson.

—Claro que cambió —dice FitzRoy—. Probablemente haya que reinspeccionarla en un radio de 200 millas. Vamos a llegar a Inglaterra con mapas que no sirven. —FitzRoy tira un mapa sobre la mesa. FitzRoy da una mirada a sus hombres.

—Entonces ¿seguimos al sur? —pregunta Bellany.

—Y hay otro punto a favor de seguir —Wilkinson mira a sus hombres, reforzando la conexión secreta entre el contramaestre y sus marinos—. Si vamos a Chiloé ahora, estaremos a tiempo de irnos de Chile antes que llegue el invierno.

Se escuchan voces de entusiasmo, de alivio incluso.

—También pensé en eso —dice FitzRoy—. No por nada se mató Stokes. Este invierno es duro para el carácter, y créanme que no están solos cuando se sienten desanimados —y así, dando a entender que las

víctimas del clima son otros, FitzRoy intenta ocultar su carácter insoportable. Mira a Wilkinson—: Partimos a Chiloé y en abril estaremos en Perú.

Las voces de apoyo se transforman en vítores, en frases de alegría al compañero de al lado.

—No me parece una buena idea —dice Charles.

Se hace silencio.

—¿Y por qué, Charles?

—Podrás recolectar muchas plantas —dice Chamberlain.

—Usted ha dicho, capitán, que esta expedición no solo tiene que ver con la prospección cartográfica, sino que también con traer el Evangelio a este mundo. Que esa es, de hecho, la principal misión.

—Sí. Y lo sigue siendo.

—Pero si continuamos viaje le daremos la espalda a los siervos de Dios.

Se genera un murmullo de estupefacción.

—Tú sabes que hemos esperado la carta de Egaña, y por mientras hemos hecho todo lo posible por ayudar a la gente. Todo. ¿Qué más podemos hacer?

—Así es —dice Chamberlain—. ¿Qué más podemos hacer?

—Y por lo demás, Charles, ¿qué interés tienes tú en cualquier labor cristiana? —dice FitzRoy.

La pregunta es comprensible también para el resto de la tripulación. ¿Por qué el señorito, que es medio ateo, ahora se preocupa tanto por los Evangelios?

—Yo soy tripulante de este barco, y en esa condición, y también como su amigo, me encargo de recordarle algo que sé que es importante para usted —Charles toma aire y se adelanta un paso—. Si no han contestado de Santiago es, evidentemente, por todo el barullo que ha venido luego del terremoto. Quizás se han caído puentes, se han abierto surcos en los caminos. No es difícil de imaginar. Pero lo que es seguro es que hay gente que nos necesita. Tenemos que actuar por nosotros mismos, no podemos esperar. Es el momento, Robert, de que su nombre quede inscrito en la historia de este país, ligado para siempre en la región a la grandeza, y creo no equivocarme cuando digo que todos queremos eso.

Le creen. En algún momento, mientras habla, Charles siente eso, que le creen. Y ese sentimiento coincide con una visión tan clara: un vestido blanco, el frufrú de una falda moviéndose por el salón y recogiéndose al sentarse.

FitzRoy fija la vista en la mesa, donde dos lámparas iluminan un montón de mapas raídos, restos de comida y dos compases.

—Mmm —dice.

—Lindos los principios pero estar en junio en Tierra del Fuego será miserable —dice Wilkinson, y se escuchan unos gruñidos que lo apoyan—. Ninguno de mis hombres quiere eso. Al final los que se tragan la tormenta somos nosotros.

—He hecho el cálculo —dice Charles, pero es mentira, no lo había hecho—, y si el Beagle va y viene de Santiago y luego rehace la costa podría estar camino a Perú a fines de mayo.

—No está mal —dice FitzRoy—. Bien. Gracias, Charles. Ahora les pido que me dejen solo para pensar.

Mrs. O'Hara levanta su mano. Con un gesto FitzRoy le da la palabra.

—¿Sí, Mrs. O'Hara?

—Con respecto a lo que dice el joven Darwin, quizás puede ser bueno lo de la grandeza y todo eso.

Valparaíso, mi amor

«Amor mío:
Recibí tus cartas casi juntas. Narducci vino a dejar la de Chiloé tarde en la noche y al otro día recibí la siguiente. Te mando esta ahora y a ver si te llega a tiempo para servirte de consuelo.

Por aquí ha seguido todo más o menos igual, salvo lo del terremoto, claro, y un corte feo en la muñeca que se hizo Silva mientras levantaba los maceteros y ramas caídas del patio. Ha venido el doctor García y ya está recuperándose. Sobre las consecuencias del temblor, no han sido graves, o no tan graves como en Concepción. ¡Qué bueno que no te pasó nada! Yo pensaba todo el tiempo, ¿estará en tierra, lo habrá pillado en altamar? Y con todo lo que no me gusta altamar prefería eso, ya verás si los terremotos no producen cambios. Acá una gran masa de tierra se derrumbó en cerro La Virgen, por suerte deshabitada, y bastantes casas se han caído, casas que la gente ha vuelto a levantar al instante con los mismos destrozos. Valparaíso es así. Pasé el martes y estaba todo en el suelo, y el jueves las casitas estaban de nuevo en pie. No sé cuántos muertos, no he querido ni preguntar, pero imagino que pocos. En fin, ya se respira, pasados unos días, cierta normalidad, y los comentarios sobre el terremoto comienzan a ser reemplazados por los chismes habituales, lo que siempre es una buena señal.

Y a propósito de rutina, Mrs. Archer organizó una sesión el otro día. Miss Corrigan insistió mucho que llamara a Tomas. Pero luego Laurie dijo algo que me molestó más, volvió con eso de «invocar a nuestros demonios y enfrentarlos». Es una expresión que detesto. De partida, es un cliché, pero además, ¿por qué «demonios»? ¿Qué misterio hay en ello? Los demonios uno sabe que son malos, los ve a la distancia y dice «ah, me quieren hacer daño» o «me quieren matar». Pero el hecho de entrar en un mundo totalmente nuevo implica que no sabemos qué nos beneficia y qué nos perjudica, y eso es lo difícil. Interactuar con el más allá pensando de antemano que se tiene una medida, aplicando como una hoja de calco nuestro orden moral, tanto de lo elevado como lo trivial, me parece un gran error. Además, no tiene que tratarse de pelear con algo o alguien. En resumen, me parece que Laurie tiene una visión superficial de la vida espiritual. Haré lo posible porque no venga de nuevo.»

—¡Valparaíso a la vista!—grita Bellany.

Charles mira al horizonte. A lo lejos una línea de tierra, con la leve sinuosidad de los cerros, asoma custodiada por nubes altas como fieles guardianes. Un viento norte golpea el barco por babor y los dedos de

Charles se aferran al papel.

«Mrs. Archer habló un rato con su hija, y después Diane intentó llamar a Percy, un amante de juventud, sin éxito. Al final perdí interés y propuse cambiar a las cartas.

He seguido con tu libro. Es muy interesante, aunque hay ideas que ya parecen listas para ser superadas. De partida, propone que hay tres maneras de realizar ecuaciones diferenciales, y en realidad hay más.»

Charles espera con paciencia el desembarco, dando miradas a los pliegos amarillos, y cuando sube el cerro va leyendo.

«Hoy sale un barco para allá, así que te enviaré la carta esta misma noche a la dirección que me diste. Espero que no tengas que atravesar de nuevo territorios asolados, Charlie. Si es por mí, que te la pases en altamar hasta regresar aquí a mi lado. Te prefiero mareado pero vivo, eso es mejor que muerto y tranquilo.»

Antes de doblar por Montealegre mira el Beagle, que anclado en la orilla reposa junto a otros barcos. Siente con emoción inédita la claridad del cielo azul sobre su cabeza, el blanco esponjoso de las nubes, el viento limpio que sube por las calles.

«Cuídate mucho, te espero.
Te quiere siempre.
Isabel»

Abre la reja y toca la puerta.

—¡Charles!— Isabel corre a colgarse de su cuello y Charles disfruta recibir de nuevo esa cintura entre sus brazos. Es como si la cintura lo abrazara a él.

Los días que siguen se convierten en una nebulosa de esos mismos besos y abrazos. Charles contesta cartas, extiende un poco más las anotaciones del viaje y da vueltas por los cerros, curioso de confirmar las descripciones de oídas, pero la mayor parte del tiempo Isabel y él pasan más en horizontal que en vertical, como si la cercanía de los cuerpos los protegiera contra cualquier nuevo movimiento terrestre. Un día van a una cena a casa de Mrs. Archer. A Charles no le gustan mucho esas cenas, le parece que son un modo de comprometerlo, de implantar una deuda en él. Pero Mrs. Archer es tan simpática y despliega tan bien su don de gentes que dan ganas de estar en deuda

con ella, como si esa deuda le hiciera a uno parte de un grupo, el grupo de los que le deben algo (una cena, una presentación, una pregunta sobre las cosas esenciales de la vida) a Mrs. Archer y por lo mismo al cabo de las reuniones se despiden con un brillo agradecido en los ojos y una sonrisa de pómulos rojos por el calor y el vino. Durante la cena la anfitriona se extiende sobre las sesiones de espiritismo, que se supone que son secretas pero que su carácter chismoso le hace contar a medias cambiando los nombres propios por «alguien». Entonces alguien preguntó esto, alguien gritó y lloró o preguntó por su amor de juventud. Luego del postre —castañas con crema— hay una representación. Los actores, casi todos chilenos salvo un mestizo y un japonés, se dividen en dos grupos, unos se meten en grandes cedazos y declaran sus textos mientras son arrastrados por los del otro grupo por el escenario como un saco de papas. Al mismo tiempo, un hombre toca en un piano pequeño que Charles nunca ha visto. Al volver a la casa se pasan despiertos un par de horas. Se dedican un tiempo lento, descubriéndose el uno al otro, regalándose valles de placer que se observan recorrer con un pasmo de niño y cumbres de excitación que a veces coinciden y multiplican su resonancia y efecto.

El martes toca donde Ms. Griffith, el sábado es una tertulia del viejo Victorino. El domingo caminan de la mano lentamente por la Planchada, saludando de vez en cuando a algún personaje. Isabel entra en una tienda de telas y luego en otra de lámparas y ollas.

Al día siguiente Charles se encuentra en la cama a medio dormir, apenas abriendo los ojos, cuando Isabel susurra a su lado.

—No te dije, pero recibiste una carta de Henslow el otro día.

—¿De Henslow?

—Sí.

—Luego la leo —dice Charles, mientras se recuesta cómodamente sobre los almohadones, pero cuando sale al baño pasa por la carta y la abre con uñas y dientes. Le da ansias saber qué responde Henslow.

«Querido Charles:

He leído las notas que me has enviado, y las he contrastado con las muestras que las acompañaban.

Sobre tus ideas acerca de estas variaciones, les he dedicado varias semanas a

pensarlas, cayendo a veces en la incredulidad, otras entusiasmado por cómo une en una sola explicación cosas que pertenecen (¿pertenecían?) a ámbitos distintos. En la noche mi mirada iba desde los ejemplares de chinchilla hasta tu carta subrayada.

Y al final de varias caminatas, esto es lo que he pensado: si es cierto que todas las especies tienen un pasado común, y que precisamente eso explica, en vez de contradecir, la diversidad de la vida, entonces la tuya podría ser una idea revolucionaria. Pero no deja de saltar a mi atención lo atrevido de tu planteamiento y las pocas pruebas que tienes a tu haber. Seguramente en el viaje podrás encontrar más, porque si no se quedará en el nivel de escándalo pasajero, como lo de Deil sobre los planetas. La llama patagónica, tal como dices, es un caso ilustrativo, pero necesitas encontrar más pruebas que se correlacionen con el argumento expresado. ¿O es que las tienes y no me las has contado? Cumpliré con tu petición de no decirle a nadie, pero el valor que observo en tu idea hace más duro y pesado tu encargo. Procura no alargarlo demasiado.

Si logras tener un conjunto sólido de pruebas, Charles, será una revolución, la mejor idea jamás pensada, aunque debo admitir que también me confunde y me repele. Solo espero que tu viaje con el HMS te las pueda proporcionar.

Por acá Harriet y yo iremos a la feria de vinos de Rochester, creo que estaremos una semana por allá. Escríbeme a Cholsey directamente, si te viene mejor. Moore sabrá avisarme con rapidez de cualquier envío tuyo.

Deseo que estés bien de salud y me sigas contando de tu próximo destino.»

Charles deja pasar unas horas y le escribe a Henslow.

«Querido John:
He recibido con placer su carta, leída recién hoy por los fantásticos sucesos (y con fantásticos no quiero decir que excluyan lo terrible) provocados por el terremoto ocurrido hace poco en Chile. La línea de la costa se levantó y arrasó con ciudades enteras, realmente no sé si este país se pueda algún día recuperar. Estuve en una isla que se levantó tres metros, la isla Santa María, frente a las costas de Concepción. Espero más adelante proveerle de mis notas sobre el terremoto, que estoy ahora ordenando.

Le agradezco mucho sus palabras, siempre es bueno una voz de confirmación, especialmente si esa voz es la suya. No tengo más muestras, pero sé que es una idea a la que solo me podré acercar de lado, observándola de reojo, pues no se concluye de buenas a primeras de ningún fenómeno biológico natural. Es una variable sistémica, a su modo una transformación de Lamarck y una negación de Lyell. Ambos estaban equivocados, eso ya lo sabíamos, pero también ambos conservan razón en elementos que unidos construyen una explicación razonable de por qué están emparentadas las especies. Pero ¡no tengo cómo probarlo!

Y además, ha ocurrido otra cosa. Me encuentro viviendo en estos momentos en Valparaíso, en la casa de una mujer de la que me he enamorado. Isabel Martínez-

Shaw es su nombre. No sé cuándo reemprenda mi viaje, ni si es que lo haré. Creo que podré seguir mi trabajo desde acá, encontraré la manera.

Mis saludos a Mrs. Henslow, dígale que extraño pasear por el jardín y recibir sus reprimendas. Y su pastel de carne, por cierto.

Y si se lo pregunta, no, todavía no le escribo a mi padre y mis hermanas para contarles de mi decisión de quedarme aquí. Así que estoy lejos de recibir una respuesta, por suerte. Pronto lo haré.

Eternamente agradecido, y esperando sacarle el máximo provecho a sus consejos, se despide.

Charles.»

Una semana después el Beagle parte al sur repleto de mercaderías para la gente de Concepción, y Charles lo ve irse de reojo, como una onda lejana, ocupado en sus pensamientos. FitzRoy lo había mandado a buscar, para hacer esas reuniones que tanto le gusta hacer antes de cada partida, y Charles no se aparece, decidido como está a ser un hombre de familia en la punta de Sudamérica y a comenzar a serlo cuanto antes.

Sentado al escritorio de la habitación del fondo, escribe con autoridad sendas cartas a su padre y sus hermanas, comunicando su decisión y explicándose lo mejor que puede. Un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer. En la carta a su padre promete pagarle todo lo invertido. A su hermana le dice que no tiene otra opción. Una vez que las termina, se las pasa a Silva y prepara la once para Isabel.

Sin embargo, el propio paso del tiempo, como un viento suave y persistente, agrega matices y grados a su postura. Una tarde se dedica a releer la carta de Henslow. En la espera y ansia de respuestas a su anuncio intenta encontrar en la carta señales, alguna pista que adelante o adivine si hace lo correcto o no.

«Pero no deja de saltar a mi atención lo atrevido de tu planteamiento y las pocas pruebas que tienes a tu haber.»

«Solo espero que tu viaje con el HMS te las pueda proporcionar.»

Y de repente, un pequeño punto en su mente se ilumina y contagia al resto del cuerpo. ¿Y si convence a Isabel de irse juntos a Inglaterra? Le da vueltas a la ocurrencia. Es difícil, pero no imposible; se da cuenta

que hasta entonces ha estado atrapado entre dos opciones, ser geólogo o ser enamorado, cuando puede ser algo mejor que ambas. Se quedarán en Valparaíso un tiempo y luego, cuando Isabel lo desee, seguirán al norte para instalarse en Dawn, quizás se hagan una casita cerca de la de su padre. Hortensias y margaritas, un sendero de piedras hasta la granja. Isabel estará contenta, y él podrá seguir con su investigación.

—Quería hablar contigo.

—Sí. ¿Estás listo para el picnic?

—Ah. Sí, casi. Me cambiaré la chaqueta.

—Maravilloso.

Cuando ya la carreta serpentea el camino a El Almendral Isabel se acuerda.

—Dime. ¿Qué piensas? —Isabel le sonríe.

—He estado pensando algo. Es que le comuniqué a mis padres y a mis hermanas que me quedaba aquí de forma indefinida. También lo hice con Henslow y con Selnick.

—Sí, me habías dicho. ¡Bien!

—Y ahora he pensado otra cosa.

—¿Qué?

—Si te gustaría, en un tiempo más, irnos a Inglaterra.

De súbito el rostro de Isabel cambia, como si su dueña topara, por fin, con un obstáculo previsto hace largo tiempo.

—No tiene que ser ahora —dice Charles.

—Pensé que habías renunciado a vivir en Inglaterra.

—No si es contigo.

—No lo creo, Charles, no —dice en tono serio, la voz inéditamente baja—. Mi casa está acá, lo siento —le toma la mano—. ¿No te gusta?

—Claro que sí, estoy contento. Es solo que pensaba que para seguir con mi investigación, y luego presentarla y defenderla en Londres, será mejor irnos para allá en algún momento. Viajar juntos, de hecho. ¿No te gustaría eso?

—Como te digo, esta ciudad es mi casa —Isabel da un vistazo alrededor, que abarca en un rápido barrido los cerros, las rocas y las olas—. Buena, mala, más o menos, pero es mía.

Charles detiene la carreta y el polvo que dejan las ruedas los

adelanta.

—No tiene que ser pronto.

Isabel da un suspiro.

—¿Qué es lo que te hace falta? Porque mal no lo pasamos.

—Mal, no, claro que no.

—¿Entonces? He intentado que tengas todo.

—Sí, es verdad. Pero no son cosas que sean mías, personales.

—¡Estoy yo!

Charles deja a un lado las riendas para explicarse. El caballo da un pequeño ajuste en sus caderas.

—Aparte de ti, y de Richard tal vez, Ruiz, que lo veo al paso cuando voy a la Planchada, no tengo nada más. La casa es tuya, los amigos son los tuyos...

—Mi casa y mis amigos también son tuyos. ¿Por qué dices eso? Todo lo mío es de los dos.

Isabel eleva el mentón y llena sus pulmones de aire. De repente se vuelve segura, como si la anterior tristeza y perplejidad que la embargaban dieran paso en su interior a nuevas revelaciones. O como si advirtiera una sombra de duda en los ojos de Charles y estuviera resuelta a apagarla. Toma las manos de Charles con fuerza y repite:

—Todo lo mío es de los dos.

Pasea por los cerros de alrededor de la casa. Encuentra un cururo, pero ya no necesita más ejemplares, el que envió en agosto no estaba mal. Especula sobre hacer un estudio especial sobre ellos, le puede sacar a la Sociedad Geológica un par de libras.

Una mañana un barco extremeño aparece con las respuestas a su carta. Su padre y hermana, tal como esperaba, se muestran dolidos y desconcertados, así que se detiene en la de Henslow.

«Querido Charles:

Respondo a tu carta nada más recibirla. Últimamente me has dado dos sorpresas, primero tu idea sobre la variación y creación de las especies, luego el anuncio, incluso más sorpresivo que el anterior, de que te quedas a vivir en Valparaíso. Me alegro por esa señorita, en todo caso, de seguro es una afortunada.

Yo no sé qué decirte, si es que en realidad quieres que te diga algo. Lo lamento, por una parte, pero por otra estoy confiado en que la decisión que tomes será la mejor.

Por aquí en Cambridge todo sigue más o menos igual desde mi última carta. Pero

no te he contado cómo van las investigaciones de los muchachos. Campbell está haciendo una colección de pájaros y animales vivos y muertos en Hawkstone y, como tú sabes que no escatima en gastos, creo que armará una buena. Hill tiene varias tráqueas y músculos vocales de pájaros nuevos y no descritos, de los que uno de estos días publicará un breve relato. El trabajo de Gould en los vertebrados aún no sale y no se espera antes del próximo año, pues será a una escala mucho mayor de lo que pretendía originalmente. Creo que lo sacará como manual. Jennings está llevando a cabo una obra espléndida, las láminas de colores en folio de los pájaros de Europa. También publicó una excelente monografía sobre los tucanes, con una placa en folio de cada especie. Ese trabajo salió bastante caro pero por ser yo, por suerte, me lo ofrecieron a precio de costo.

Harriet te manda saludos, dice que no hagas tonterías. Dice también que en algún momento querrá conocer a la susodicha.

Deseo, como siempre, que te mantengas fuerte y sano.»

En esos días Charles camina mucho. Sale temprano en la mañana, luego de tomar desayuno con Isabel en la cama. Sube por Montealegre hasta el final de la calle y dobla hacia el este. Cruza un par de cerros hasta llegar al Florida, y ahí baja por un sendero angosto entre dos casas que dobla y que perfila por la quebrada. Antes de llegar al mar dobla de nuevo hacia el este, y ahí serpentea por casas hasta alcanzar la playa. Luego, camina de vuelta al puerto y pasa a ver a Richard a la tienda de la Planchada o a comer castañas en la plaza de la Aduana.

Otras veces, sin embargo, apenas sale de Montealegre dobla hacia la izquierda y camina hasta Playa Ancha, le toma gusto al mirar el mar con esa franja de pasto y árboles mediante, siente que le da perspectiva. ¿Qué son esas interminables lenguas de mar si no las miramos? Desaparecen. Si una cadena de cerros o un montículo nos tapa el mar, ¿para qué sirve? A veces se llena los bolsillos de plantas e insectos, alguna piedra común, pero en general a media mañana se sienta en la pradera y respira tranquilo, deja que el silencio llegue a sus oídos del mismo modo en que entra el sol a su espalda por el cuello de su chaqueta, con calma y suavidad.

Se le hace evidente el contraste entre lo promisorio de sus ideas y lo ridículo de su situación. Pero esa sensación de extrañeza no había surgido de súbito, se había anidado de a poco, desde casi su llegada al puerto, y ahora aparece como un bloque indesmentible, una roca en el camino imposible de vadear. Si hacía una rápida evaluación de sus posibilidades concluía que era, para todos los efectos, una especie de

niño grande, un adoptado, con un rango de acción que se estrechaba a medida que avanzaban los días. En el mejor de los casos, su estancia en Valparaíso era un modo discreto de mirar la vida desde un costado. ¿Es simple presión de los hombres que le rodean? ¡El tonto de Jennings sacará un libro sobre tucanes! ¿Es vergüenza ante su familia, miedo a decepcionar? ¿Qué es lo que lo hace malmirarla? ¿O es que necesita continuar viaje pues aquellos mismos mareos y sensación de agobio le premian, a pesar de todo, con un sentido? Mentiría si dijera que debía resguardar su misión, que lo hacía solo por amor al conocimiento o necesidad de comprender: quiere ver su nombre bordado en el firmamento, que Charles Darwin, todas las letras que conforman ese nombre, asomen juntas como un animal nuevo y poblara lenguas, poblara idiomas, libros, revistas, conversaciones de pasillo, venciera incluso la maledicencia de los que lo admiraran demasiado como para alabarlo. Que esas sílabas discretas, con unas a engañosas que no anticipan las r como farellones, como dos tajos en medio de un campo, impulsen el aire en todas las gargantas, como el viento que pasa a través de un trombón abandonado en un descampado, y que lo hace sonar sin importar las notas.

Cuando llega de vuelta al puerto se queda en la orilla viendo dos perros jugar. Al rato observa que un par de nubes se mueven en dirección oeste.

—Bien, he pensado lo siguiente —dice Charles. Y sin darle tiempo a Isabel a pensar, dice:

—Salimos de aquí en el Beagle: Callao, Galápagos y luego el cruce a Polinesia. En Polinesia estará casi terminada mi investigación, ¡estoy seguro!, entonces nos podemos quedar ahí, disfrutando de la isla, el tiempo que queramos. Luego, cuando quieras, y solo cuando quieras, elegimos un barco que nos lleve en el verano a Kent, donde mi familia nos estará esperando, y podemos construir una casa a la medida de nuestros gustos. Terreno hay mucho.

Están en el pasillo sombrío de la casa. Isabel va con cosas al jardín.

Isabel niega con la cabeza.

—Escúchame, Charles, escúchame bien, yo no voy a ir a ninguna parte, y si tú sí te llegas a ir, esto termina aquí. Yo no puedo hacer eso.

—¿Y qué solución le ves?

—¿A qué?

—Bueno, a que los dos hagamos lo que queremos hacer.

—Me ha costado mucho establecerme aquí. ¿Por qué me obligas a abandonar todo lo ganado? No es solo que no quiera irme contigo, es que me molesta que a estas alturas me plantees el problema, y más encima lo hagas con entusiasmo. Ya no puedo enfrentar más dilemas, Charles, se llama cansancio de decisión. Mi marido murió en altamar y viajé tres semanas con su cuerpo en la bodega del barco. No más.

—¡Pero si esto será mucho más tranquilo! No pasaremos por el estrecho. Vamos hacia el norte, a mejores climas.

—Entonces ¿ese es tu plan? ¿Viajar un año en un cuartucho inmundo y luego llegar a Inglaterra? ¿A qué? ¿Qué haremos allá?

—Bueno, lo que queramos.

—Eso no es un plan.

—Hagamos el plan juntos.

—Escúchame, Charles, quizás es mi problema, pero no puedo viajar y tampoco tendré una relación por carta.

—Yo tampoco puedo. Ni quiero.

—¿Entonces?

—¿Entonces? He recorrido los alrededores, y no hay más.

—Lo que te dije antes, estoy yo, ¿te parece poco?

—Me parece mucho, por eso quiero llevarte a otro lado en donde los dos estemos felices.

—Me ha costado mucho llegar hasta acá, Charles.

—Necesito encontrar más evidencia para mi teoría. Necesito defenderla en Londres.

—¿Y no puedes hacerlo desde acá? Mandas una carta y llega en dos meses, ¡a veces en uno!

—Es cierto. Pero necesito formar parte de debates, eso no es suficiente.

—Haz viajes cortos.

—No puedo armar una expedición para mí solo. Tú sabes eso.

—¿Es tan importante lo que tienes que hacer?

—Bueno, sí, no sé.

—Si no sabes dónde vas, no sabrás qué camino tomar.

—Sé dónde voy pero quizás me demore un poco más de lo que te

gustaría, es solo eso.

—Haz lo que quieras.

Se forma un silencio, se oyen sus respiraciones.

—Tahití será un buen lugar para los dos. Tendremos tiempo de conversar y pensar en el futuro.

—Tú piensas que el único lugar en donde se puede estar tranquilo es una isla. Tahití, Inglaterra, da lo mismo. Esa es una ilusión, Charles. Yo he vivido más que tú y te digo que no es así. Si es tedio lo que sientes, allá lo sentirás igual que acá. La única diferencia es que yo también seré infeliz.

—Kent será un lugar estable para los dos, ¿acaso lo dudas?

—A mí me gusta Valparaíso, todo el mundo llega aquí.

—Y todo el mundo se va.

—No me provoques, Charles.

—Me refiero a que no es un lugar en donde vivir para siempre.

—Puede que no sea la mejor ciudad, pero es mi ciudad. Es mi ciudad. El lugar donde he armado una vida. Y no la cambiaría por Inglaterra y su clima horrible, la comida mediocre, los palmetazos entre hombres para felicitarse de mediocridades. Además, tú mismo me has dicho que allá los cadáveres no se mantienen y acá sí. De verdad que no entiendo.

—Ya he recorrido todo lo que necesitaba. Ahora debo conocer Polinesia y presentar mi teoría en Londres.

Isabel le da una mirada llena de rencor.

—Como te digo, haz lo que quieras.

Charles insiste, Isabel calla.

—Ya lo decidí, seguiré viaje y nos reuniremos en Inglaterra —Charles se pone de rodillas—. Te convenceré, amor, estoy seguro de eso. Como que me llamo Charles Darwin.

Isabel mira hacia el jardín y niega con la cabeza.

Esa noche se acuestan sin hablarse. Charles permanece rígido, hasta que el cuerpo cede y se queda dormido. En la mañana despiertan con las manos entrelazadas, y aún sin salir del sueño se besan con ganas y también con tristeza, con una tristeza que se mueve entre ellos como un ente real, físico. Lágrimas mudas caen del rostro de Isabel.

El Beagle vuelve a Valparaíso y Charles comienza a preparar el

viaje. Lo hace en un estado de euforia triste, de excitación maleable, oscura, como si estuviera en peligro y a la vez a punto de liberarse de algo. Pero ¿liberarse de qué? Esa liberación también es una gran pérdida. Como sea, el plan es seguir con el Beagle y terminar la investigación, luego llegar a Londres y desde ahí convencer a Isabel de regresar. Le hablaría de los jardines de Dawn, de su familia, de lo cómodo del viaje, le mandaría incluso un aguafuerte del jardín. Le escribiría cartas, muchas cartas.

Una tarde Isabel lo ve guardando cosas en el cuarto de atrás y se va con los ojos llorosos.

Es así como una mañana de abril, escapando del invierno y quizás de cuántas cosas que le llevaría tiempo entender, Charles se embarca rumbo a Perú. Tiene la certeza de que él puede, él puede con todo eso.

—Nos veremos más temprano que tarde —le dice a Isabel.

Isabel llora y lo besa. Luego se abrazan y Charles siente el pecho de ella temblar contra el suyo. Con la cintura entre sus brazos, respira sobre su hombro. Era ese olor y esa cintura lo que recordaría en el viaje.

Se mantiene entero, pero una vez que el barco sale de la bahía, se apoya en la borda y comienza a llorar. Es un llanto quieto, completamente fijo en el punto de fuga que es Valparaíso, en esas ondulaciones que se alejan. Nadie lo molesta ni le lanza bromas, incluso nota que los gritos a su alrededor son un poco más suaves que los más lejanos. No le atormenta tanto el pensamiento de si está haciendo lo correcto o no, sino el saber que no existe a quién preguntarle. O, más bien, que el único que podía saber era él. Y él no sabía.

Sombras de la plaza

Al llegar a La Serena encuentran una ciudad al borde del caos. Es como si las casas y edificios estuvieran hechas para recrear un lugar tranquilo, pero todo lo que ocurriera en el entramado de calles contraviniera esos propósitos. En la primera mañana, casi al llegar, Charles ve en la calle principal a tres soldados que, con roncos gritos y consignas, llevan pólvora para no sé qué cañones. Se entera a las oídas que solo una semana atrás, justo cuando zarpaban de Valparaíso, el pueblo se declaró abiertamente en contra de Santiago y convocó un congreso provincial para organizar la resistencia. ¡La región completa se estaba armando! Algunos hablan de aliarse con las fuerzas copiapinas y organizar el Gran Ejército Nortino; otros, como el dueño del hospedaje donde se alojan con FitzRoy, prefiguran una milicia que sea suya y de nadie más. Si va a ser independencia que sea de verdad, mister. De todos modos ya tienen una moneda propia, el peso de Coquimbo, que en tan solo unas horas y al primer dulce se cuela en los bolsillos de Charles resonando junto con los escudos y los reales que le quedan. El capitán FitzRoy, que en temas militares y de clérigos siempre está mejor informado que cualquiera alrededor, y cuando no lo está lo aparenta muy bien, dice que las tropas, aún leales a Santiago, están irritadas por la demora en el pago de sueldos y que en cualquier momento se sublevan. Al menos eso le contó el arzobispo, y él no tiene por qué dudarlo.

Almuerzan en la pensión arroz con ensalada y luego Charles se deshace de FitzRoy y su tropel de noticias y conjeturas y sale a caminar.

El aire que respira está cargado de olor a pólvora y también se escuchan explosiones, que Charles localiza en los cerros cercanos por humaredas cafés que avanzan y se extinguen sobre La Recova. Son tiros, le dicen, de preparación. Lo que ve es una ciudad en efervescencia, en indudable ebullición. Pero ¿para qué? ¿Cuál es el sentido de esta escaramuza? ¿Para qué toda esta gente loca quiere

tener un país?, piensa Charles con ligera irritación. Chile es en ese entonces, si es que existe como país, un lugar lleno de contradicciones, una contradicción en sí misma: un grupo de indígenas, mestizos, españoles, negros y zambos que a veces, en las mañanas soleadas y a regañadientes, se llaman a sí mismos chilenos, aunque en la tarde se arrepientan. También un país con apenas institucionalidad, pero con la máxima importancia en la solemne boca de sus escasos representantes, que pululan de recepción en recepción a ver si las comunidades extranjeras los reconocen y se aprenden su nombre. En fin, un grupo de gente movido por el deseo de separarse, de dividirse en tantas entidades como quebradas que cruzan el paisaje, pero que insiste en cierto carácter metafísico del territorio que los abraza o abrazará a todos, les guste o no. Para qué sirve una patria, repite Charles, ya no sabe si como pregunta o frase hecha, mientras cruza la calle. De todos modos, ya sabe para qué: para tener un lugar donde volver cuando las cosas salen mal. ¿Y para qué más? Es ese «algo más» lo que marcaría el paso, supone, de un lugar con policías y fronteras a una nación, a una nación de verdad, insistente y caprichosa en sus amores, orgullosamente coherente en sus defectos.

Su caminata concluye en una calle cercana al hospedaje, y decide volver. Cuando entra FitzRoy ya se ha ido, quizás adonde. Se sienta en la pequeña mesa situada al lado de la ventana, resuelto a escribir a Isabel. Moja la punta de su pluma en el bote de tinta. No puede apoyar el brazo muy fuerte en la mesa, porque si no cojea. Antes de tocar el papel, nota que la luz que atraviesa los arrayanes de la plaza dibuja sombras móviles y volubles sobre el papel amarillo. Se las queda mirando. Luego, interrumpe esas sombras con un trazo negro.

«La Serena, 20 de mayo de 1835

Querida Isabel:

Espero que te encuentres muy bien, y el aire de otoño de Valparaíso esté siendo bueno contigo. Hace poco llegamos a La Serena. Para hacer corto mi reporte de naturaleza, hay un montón de sauces, maitenes y arrayanes. Y abunda bastante el lúcumo, probé recién uno directamente del árbol y era agradable, y también dulce. He divisado palmas chilenas, y litres y lilenes. Animales no, pero es que aún no salgo de la ciudad.

Me he sentido muy mal desde que salí de Valparaíso, en el barco no pensaba más que en llegar aquí a escribirte. Si de ahora en adelante no merezco más tu confianza,

si nada más leer esta carta o luego de esta misma frase rompes el papel en decenas de pedazos, te entenderé. Enfrentado a un dilema totalmente nuevo lo resolví de la peor manera, he sido víctima de mis propias contradicciones, de pensamientos que no hacen más que debilitarme. Para empezar, quizás era un falso dilema... Durante este viaje, en muchas ocasiones sentí que me perdía a mí mismo, que mi ser se diluía en un tránsito inmenso e inacabable. Pero nunca tanto como ahora. Aquí en La Serena la ciudad se prepara para la guerra, ya te puedo contar más de eso. Antes de conocerte, me preguntaba dónde fijar la vista, en qué pensar para evitar los mareos. Y tú sabes que eran tu sonrisa y tus ojos las anclas que necesitaba, y tu voz suave e inteligente el canto que debía seguir, enredaderas volátiles y perseverantes que inundan mi mente y me mantienen atento a cada uno de sus giros.

En fin, el solo pensar que a estas alturas quizás dejaste de leer debilita el brazo con el que escribo. Por favor, quédate acá conmigo. Quiero que sepas que te echo mucho de menos, y que en esta ciudad caótica tuve una idea que podrá conjugar nuestros intereses, y de ese modo, aunque tardíamente, enmendar mi falta. En el trayecto no paré de evaluar las posibilidades, de afinar una ecuación que aún no resuelvo del todo pero que abrazo con entrega absoluta. Bien, es esta: en Polinesia estará casi terminada mi investigación, enviaré desde allá los últimos ejemplares que encuentre y un documento explicativo de lo que considero una teoría general de las especies. ¿Y si vivimos una temporada en Tahití? No dejo de fantasear con que te tomes el primer bergantín que salga al norte y nos reunamos en algún punto de la costa del Pacífico, y que juntos crucemos el océano. Puedo conseguir un compartimento especial, limpio y bien iluminado, en un barco de cinco mástiles, ¡o en uno de estos nuevos barcos a vapor! ¿Te gustaría viajar en uno? Al parecer en Polinesia hay uno o dos. Dime lo que necesites y yo lo cumpliré. Haciéndolo de esa manera, no es necesario que tomemos ninguna decisión a largo plazo, ni que renunciemos a nada. No hay que desarmar una casa, tampoco construir otra, simplemente pasar un tiempo fuera... Es cierto que en algún momento necesitaré viajar a Inglaterra, a defender mi investigación con Lyell y la Sociedad Geológica, y usted puede venir conmigo, si quiere. Y si es que no, pues muy bien, a esas alturas ya tendremos decidido, bajo vientos cálidos y un rumor de palmeras, y sobre todo mucha paz, qué hacer. Esta idea te la planteo muy en serio, todo lo serio que puedo ser... y tú sabes que a veces lo soy en exceso.

Mañana o pasado mañana comienzo una excursión en mula al desierto de Atacama, y el Beagle me pasará a recoger en dos semanas más en una localidad llamada Caldera. Envíame tu carta allí. La estaré esperando con ansias.

Siempre tuyo, Charles.»

Dobla el papel y sale a la calle. Cuando está afuera, y movido por un sentimiento de triunfo, un triunfo que por fin se impone al miedo, decide arrendar un caballo e ir él mismo a Coquimbo a dejar la carta para el primer barco que salga.

Cuando vuelve, dos horas después, está FitzRoy esperándolo.

—¿Dónde estabas?

—Bueno, recorriendo.

—Ya. Nos invitaron a una comida, tenemos que salir pronto.

Charles da un suspiro de cansancio.

—¿Y no puedes ir sin mí? Estoy cansado y lo que menos quiero es salir de nuevo.

FitzRoy le habla en tono molesto.

—No quiero que me vean llegar solo. Me tienes que acompañar, Charles.

En la comida se sirven locos, jaibas, ensalada de lentejas y vino. También hay pollo al limón en unas mesas de más allá.

Por la sala, tapizada de un papel color mostaza con formas de flores, todos se mueven satisfechos, como recreando un goce inocente. Es un mundo paralelo al que corre afuera, piensa Charles, o quizás el mismo pero en una pausa, dado que gran parte de los ahí presentes, incluidos los anfitriones, se pliegan a la causa nortina. Charles se interesa por un vino dulce que hay sobre la mesa.

—El puerto de Coquimbo sale muy perjudicado con el reglamento de comercio, eso es lo que ocurre —le dice una voz a FitzRoy.

—Hay que llevarlo todo por mula y eso lo manejan los santiaguinos —explica alguien junto a la ventana.

—Yo le voy a decir algo —le susurra FitzRoy a su interlocutora.

—Las jaibas están frescas, frescas —dice un hombre más allá, y recibe de respuesta algo sobre un postre con crema y canela que servirán luego.

Charles se acerca a uno de los grupos que están de pie, y mientras bebe de su vaso navega los temas de discusión de forma quieta y adormilada, con los monosílabos justos, como quien flota en la orilla del mar y sube y baja con las olas. En una de las conversaciones se cuela un hombre alto, con toda la pinta de ser militar o abogado. Tiene el pelo revuelto y vivo, aire noble y un abrigo ajustado que le llega casi a las rodillas y que realza su expresión combativa y solemne. Charles calcula que debe tener su misma edad.

—Pero no se trata de hacerlo de cualquier manera, ¿sabe? Mejor hacer payasadas con un arpa de acompañamiento que en silencio —

Charles nota que es la primera vez que el hombre irrumpe en la conversación del grupo.

Luego de hablar sonríe, y Charles se da cuenta de que le sonríe solo a él.

—Es posible —responde Charles.

Después de unos minutos, el hombre vuelve a dirigirse a él.

—El Aurora no debería pagarles más, eso es lo que pienso.

—Si puede gastarse eso en las velas, mejor. Menos tiempo en el puerto.

—¿Es marino?

Sus frases apenas se escuchan, así que deben recurrir a la modulación de los labios.

—No, pero navego en una expedición.

—Ah, está de paso.

—Sí.

—Ya veo. ¿Y ha tenido tiempo de conocer nuestra ciudad?

Charles piensa en el caos innombrable, en todo el desorden y el ruido.

—Un poco, sí.

—Pero no le han llevado a más lugares.

—¿Cómo?

El hombre rodea el grupo hasta llegar donde Charles.

—Que si no le han llevado a más lugares, le digo —dice el hombre, con una media sonrisa.

—No.

—Y seguro que no ha mirado la vista desde la terraza.

—¿Esta terraza? —Charles encoge los hombros—. Me he dedicado a comer.

—Venga, le muestro —el hombre rebusca algo en su abrigo—. ¿Fuma?

—No fumo, pero lo acompaño.

Después de sacar del bolsillo una pipa, el hombre extiende su mano.

—Juan Cano, mucho gusto.

—Encantado. Charles.

Salen por el canto de madera y hierro de la puerta que da al jardín.

Afuera, en la terraza, la luz cálida que atraviesa las cortinas y los

cristales desnudos se mezcla con la luna creciente y su baño de plata que, de forma silenciosa, cubre el paisaje que se extiende más allá de la balaustrada de piedra. Cada tanto se escuchan desde la ciudad estallidos y algunos gritos de alegría, de espanto o ambos. Como que no corresponde esta luz tan amable con el sonido, piensa Charles. Lo otro que piensa es que el hombre, Juan Cano, fuma con mucha devoción.

—Esto también es La Serena —dice el hombre cuando se acercan a la balaustrada, indicando el valle.

Charles asiente.

Al frente, iluminados por esa luz plateada que amplifica los contornos, dos grupos de cerro aparecen a un lado y otro. Palmeras aquí y allá asoman solitarias y desdibujan los contornos.

—Esos cerros que ve usted a la derecha pertenecen a Santiago. Por ahora. En el papel —enfatiza—. Y estos de acá —dice Juan, apuntando a una parte totalmente oscura— pertenecen a La Serena. Lo que hay aquí abajo son cultivos de alfalfa, para las mulas de las minas.

—Ya veo.

—En la noche, cuando el río baja, baña ambos lados —dice el hombre con un movimiento sutil de su mano.

En el vahído del vino, a Charles le parece una imagen suntuosa, parecida a la comida que probó recién.

El hombre da una fumada y bota el humo azul.

—Y al pie del cerro de La Serena, en la orilla izquierda del río, se reúnen las tropas de mi general Arcos. Esperaremos lo suficiente para la lucha.

—¿Y cuándo piensan atacar?

—No iremos, los vamos a esperar. Y cuando lleguen plantaremos cara y lograremos un acuerdo. Pero para eso necesitamos, al menos, una cosecha más, y así evitar el comercio con Santiago por unos buenos meses. La clave son los barcos de Copiapó. El metal, ¿sabe? Sin metal, ni Valparaíso ni Santiago valen un peso —y luego agrega—. Una cosecha más.

—Entiendo.

—¿Y usted? Va de camino, me dice —la voz del interlocutor deja el tono percutido y vuelve a ser suave.

—Sí, vamos rumbo a Perú. Recorreremos la costa del Pacífico y luego cruzaremos a Tahití. No nos quedamos mucho en ningún lugar.

—Ya veo. Un viaje interesante —dice Juan, como llegando a una meditada conclusión—. A pesar de que sean ingleses.

—A pesar de ser ingleses —admite Charles.

Al claroscuro Juan muestra una silueta entre satírica y amable.

—¿Sabe? Por acá se cuenta que una vez un bucanero robó una estatua de la virgen María, y al año siguiente volvió para llevarse la de San José, diciendo que no convenía que la mujer se hallara separada del marido.

Charles se ríe de buena gana.

—Bueno, ese no es nuestro ámbito de actividades.

—Por ahora.

—Sigo con mucha curiosidad lo que ocurre aquí. —no tenía esa curiosidad en la tarde, pero ahora sí la tiene.

—No alcanzará a volver a su país y ya tendrá novedades, eso se lo puedo asegurar.

—¿Qué tipo de novedades?

El hombre inspira.

—En corto, nos libraremos de las cadenas que nos oprimen. Haremos que nuestra gente tenga libertad, tan simple. ¿No cree usted que es mucho vivir la vida con tantas inhibiciones, pidiendo permiso a los demás por lo que hacemos y por lo que no? Usted lo sabe, usted viaja.

—Sí, estoy de acuerdo —dice Charles con actitud dócil.

—Su vida es muy distinta.

—Pues sí, tengo la mayor de las libertades, pero el viaje constante también puede ser un sacrificio. Le confieso que a veces quisiera una vida menos extrema, más estable. Una vida más tranquila.

Charles piensa en el viaje a Coquimbo que hizo en el día, en la carta, en la distancia con Isabel y su decisión de dejarla. Piensa en todo eso como una cascada que se le viene encima.

—Se le nota.

—¿Qué cosa? —dice Charles, saliendo de su introspección.

—El cansancio. En sus gestos.

El hombre se acerca a Charles.

—Si se queda quieto un poco recibirá lo que merece.

—¿Usted cree?

—No tengo ninguna duda.

Sus dos cuerpos casi se tocan. Charles se siente incómodo. Ve las manos juntas de Juan muy cerca. Al mirar donde termina el puño del abrigo, nota que una cicatriz sale de su muñeca izquierda.

Se escucha un grito y una carcajada adentro, y Charles siente que es el momento de volver.

—Voy a entrar.

—¿Está seguro?

—Tengo un viaje mañana.

Juan da un paso hacia atrás, o quizás es solo su espalda la que retrocede.

—Usted me dice que se va al norte.

—Sí, mañana, o quizás pasado mañana.

Charles nota que la silueta del hombre ha cambiado a una expresión dura. También ve que algo se mueve frente a él. Es una mano.

—Ni mañana ni pasado, pero muy pronto, aplastaremos la tiranía de Santiago y el abuso y la avaricia de los ingleses de Coquimbo. Para que vuelvan a sus tierras y se dejen de joder por aquí —el hombre escupe al suelo y luego se queda mirando dos puntos brillantes donde deberían estar los ojos—. ¿Entramos?

«Querida Isabel:

Acabo de volver de una recepción. Acá se cocinan todo tipo de planes, ya te contaré. Sigo soñando con vernos en Tahití. En espera de la mañana, dejaré la carta abierta por si se me ocurre algo. O te lo digo de inmediato. Buenos días, Isabel. Buenos días, amor.»

Caldera

Por una meseta polvorienta y soleada del desierto de Atacama camina Charles. Sus botas pisan la tierra seca y resquebrajada. A su alrededor se arrastran espirales de tierra, como si el viento guardara proyectos a punto de forjarse. Frente a él, a lo lejos, el océano Pacífico, apenas una línea azul entre el ocre omnipresente del desierto y el cielo abrasador, dos bloques que se aplastan el uno al otro, muestra la silueta vertical de Caldera, el pueblo que tiene la insolencia de subsistir en ese lugar y al que Charles se acerca con sus pasos.

Viene de andar todo el día por los caminos de la pampa. Hizo lo mismo el día anterior, y el anterior. Antes de llegar allí ha andado un largo trayecto: cabalgó por la costa hasta Huasco, subió a Vallenar, y desde ahí, luego de días de confusos caminos interiores, que bien podían ir en círculos, alcanzó el valle de Copiapó. Ya en dirección a la costa, igual que un río que atraviesa una llanura hostil y con suerte vierte un poco de agua al mar, pisa Caldera. Eso fue hace tres días. En su avance al norte ha encontrado un paisaje cada vez más estéril, cada vez más solitario, donde el sol y la sequedad son los verdaderos gobernantes de lo poco que se hace llamar vida. Pero en ese atardecer en Caldera no piensa en nada de eso: su mente toda repasa una y otra vez la carta que envió. ¿Será que después de leerla Isabel la botó, sin siquiera pensar en responder? ¿O es que se ha tomado tiempo para decidir, y su respuesta viene en camino?

El pesado bolso, lleno de piedras e instrumentos, hace que la correa unida a su hombro cruja con un ruido acompasado. Quiere llegar a su cabaña y lavarse la cara y las manos, quiere recostarse en el colchón de paja, quizás tomar un mate. De repente algo le alarma y le detiene en seco: tras las pocas casas que forman al pueblo asoma un barco. Al borde de la playa, y rodeado de un grupo de pescadores, hay un bote. El botero rema hacia el barco, la goleta gira y comienza a desplegar sus velas. ¡La carta!

—¡Ehhh! ¡Aquí! —grita Charles con todas sus fuerzas, pero está muy

lejos para que lo escuchen. Los sonidos en el desierto van siempre hacia arriba.

—¡Ehhh! —grita de nuevo, mientras mueve los brazos.

El bote sigue acercándose al barco.

Charles empieza a correr. Entretanto, hunde el sombrero en la cabeza y asegura el bolso a su hombro. No va en línea recta: decide ir al mar y desde ahí avanzará pisando el suelo compacto de la orilla. Al llegar a la playa su avance se entorpece por la arena seca, se desarma en cada paso, pero alcanza velocidad en cuanto pisa el suelo cercano al agua y dobla hacia el pueblo.

—¡Ehhh, aquí! —grita con todas sus fuerzas.

No lo ven.

—¡Ehh! —repite, y mueve los brazos sin dejar de correr.

Algo le dicen al botero, que deja de remar. Luego de unos momentos, el bote se acerca nuevamente a la orilla, pescadores y botero lo están mirando. Recorre los últimos metros caminando, recuperando el aire. En el ruido de las olas se ve a su silueta muda hacer con la mano un saludo.

—Hola. Espero una carta. Desde Santiago —dice, aún sin respiración.

—No he visto nada para un extranjero —dice el hombre sobre el bote. La pequeña embarcación se mueve ondulante sobre el mar.

—¿Puede revisar de nuevo?

—Bien.

El botero abre la bolsa de tela encerada que guarda la correspondencia y saca un fajo de papeles.

—Cualquier cosa para Charles Darwin —dice Charles.

—¿Charles cuánto?

—Charles Darwin.

El botero levanta la cabeza y mira con atención a Charles. Enfrente tiene a un hombre alto de veintipocos años. El joven, en mangas de camisa, viste ropas polvorientas y rasgadas, entre ellas unos pantalones de gamuza demasiado pesados y calurosos para el desierto. Mechones colorines caen por los lados de su sombrero gris de ala blanda. Se fija en su rostro: la piel, pecosa y demasiado blanca como para broncearse, ha decidido estragarse, y gruesas líneas, casi

cicatrices, cruzan desde los pómulos hacia los lados de la boca para perderse en la barba rojo oscuro. Qué diablos hará en este páramo. Yacimientos de plata.

El botero devuelve la mirada al grupo de papeles. Los repasa con gesto rápido, y al final dice:

—Nada, mister.

—Desde Valparaíso, ¿no? ¿Seguro?

—Nada.

El rostro de Charles acusa la resignación.

—Bueno, gracias.

El botero guarda la correspondencia, anuda la bolsa y la arroja con indolencia al piso del bote, y con un ademán se despide de los pescadores. Rema al barco, donde lo suben a él y luego al bote. Tras unos minutos, la goleta desaparece tras uno de los codos de la bahía de Caldera.

Al despertar en la mañana, lo primero que ve es el rectángulo brillante de luz que entra por los costados de la puerta. Se sienta sobre la cama y lo mira de nuevo, cuatro lados unidos en ángulos de 90 grados, lados de la misma longitud que se miran el uno al otro. Luego de unos minutos, se levanta y se pone el pantalón, ya rasgado en las bastas, y después las botas y la camisa. Afuera, en la playa, busca los botes de los pescadores, pero no se ve ninguno. Mira el horizonte. Frente a él el azul del mar, despejado, sin ningún barco, las olas tranquilas.

Cuando los pescadores llegan come con ellos anchoveta, papas copiapinas y cochayuyo. Tiene plantado el sombrero en su cabeza, pero el sol lo abruma de todos modos. Toma dos mates, de forma pausada, mientras alrededor los niños gastan la energía matinal. Se despide y vuelve a la cabaña. En el interior, en un rincón sombrío, hay mallas de pesca y un arpón, propiedad de los pescadores, y en la otra esquina los bolsos de las mulas, llenos de metales, maderas y piedras, como también ejemplares de lo poco vivo que ha encontrado desde La Serena hasta allí, muestras de líquenes, un zorro, dos tipos de ratón. Se sienta sobre una pequeña roca y comienza a ordenar las piedras y las maderas fosilizadas, mientras borronea en las hojas de su diario una primera clasificación. Horas después, cuando se levanta y mira por la ventana al exterior, hace tiempo que el sol ya cae a chuzo y sin

complacencia sobre el desierto, y los objetos mendigan casi su derecho a existir, se han convertido, sin quererlo, en su número negativo: sombras, sombras que durante el día peregrinan de un lado a otro del paisaje, claman por un lugar donde vivir. El sol se filtra por las rendijas de las paredes, y si se mira rápido en la ventana no hay un cielo, tierra o nubes, es un cuadro de luz que invade la habitación. Charles abandona las piedras y decide limpiar la colección de escarabajos. Los toma con dos dedos y les sopla el estómago, tratando de no volarles las patas. Luego, con su dedo meñique envuelto en un paño de seda, saca el polvo, y cuando el espacio entre las patas es pequeño usa el revés del escalpelo con el que abre los pájaros envuelto en la tela, y así mismo lo pasa entre las patas. Al terminar los atraviesa con una aguja y los clava sobre el panel de madera de castaño, panel que después tapará con la plancha curva de metal ya abollada por los choques de las mulas contra los barrancos. No sabe cuánto tiempo le lleva esa tarea, pero al levantar la vista el sol ya empieza a bajar.

Sale a la playa. Se sienta y rodea sus rodillas con sus brazos. Mira de nuevo el horizonte, y de nuevo el horizonte no le entrega nada. Se pregunta, por pura ansiedad, si podrá seguir más al norte. Pero hacia el norte el desierto de Atacama es una barrera peor que el mar más turbulento. Ninguna posibilidad. Juguetea con sus pies en la arena, empujándola. Respira hondo. Lo único que puede hacer, de ahora en adelante, es esperar.

El día siguiente transcurre entre conversaciones al paso con los pescadores y sus mujeres. Almuerza pescado con cochayuyo. Toma mate mientras revisa con ansiedad unas notas que enviará a Henslow. Luego, en un arranque de concentración, escribe sobre los efectos que, está seguro, tienen las montañas de los Andes en la existencia del desierto. Al atardecer se sienta en la arena a ver el sol caer, a ver las estrellas asomar. Si le envió la carta desde La Serena el 20 de mayo, entonces llegó a Valparaíso cinco días después, más o menos. De eso habían pasado casi tres semanas... En el horizonte el lienzo de luz se extingue y el cielo estrellado de Caldera aparece. Es un cielo brillante y definido, como si de súbito el planeta girara y le mostrara el reverso de lo que ha estado viviendo. En la oscuridad puede escuchar fuerte las olas, que no se ven, y ver claras las estrellas, que no se oyen. Se

queda aletargado en ese mundo estático, sin tiempo.

En algún momento de la noche se levanta a intentonas, con el cuerpo entumecido, y camina a su cabaña. El pueblo duerme, a lo lejos la luz de algún fogón aún sobrevive. Dentro de la cabaña, prende de memoria la lámpara y la apoya en el cajón que hace de velador. Se sienta en la cama y se echa sobre la espalda una de las mantas. Toma su diario y lo coloca en los muslos, cerca de la luz. Cuando lo abre quedan a la vista las hojas amarillas y dobladas, un río de anotaciones. Pasa las hojas con gesto automático, en total desapego, un desapego que se parece tanto a la recriminación. Un chasquido acompaña el azar de las páginas, se escucha insistente el sonido del viento. En algún momento empieza a leer.

«Durante la primera parte del día atravieso una montaña desértica y llena de piedras, y después una larga pradera cubierta de una capa de arena con un gran número de conchas marinas rotas. Resulta increíble pensar que este desierto antes fue fondo de mar.

Hay muy poca agua y es salada. No pasa ni como té ni como mate.

Llego a Huasco, el puerto no tiene agua dulce. 20 kilómetros más arriba encuentro un pueblo grande y bonito, con casas desparramadas por todas partes y blanqueadas a la cal a escobazos. En un día bueno, el valle ofrece un panorama admirable: al fondo la cordillera nevada, y a cada lado una infinidad de vallecitos transversales.

Es cada vez más difícil hallar un poco de grano y paja para mi caballo y las mulas. Llego a una antigua fundición, donde hay agua y leña, pero nada para los animales. En la noche, mientras ceno, los escucho roer los postes a los que están amarrados.

Me siento feliz de haber llegado a Copiapó, porque este viaje ha sido de constante inquietud, los animales no comieron nada durante 55 horas. Se lamenta casi de ver brillar el sol sobre un paisaje tan estéril, un tiempo tan admirable debería ir acompañado de campos cultivados y lindos huertos. En esta ciudad cada individuo parece no tener otro objetivo que ganar mucho dinero e irse lo más pronto posible. Casi todos los habitantes se ocupan en minas. Es el único tema de conversación. Insoportable.

En Caldera no saben de ninguna carta. Arriendo una cabaña. Luego de acariciarles el lomo como despedida, vendo las mulas y el caballo. El caballo lo suben, con grandes dificultades, a un barco que se va a Coquimbo.»

Charles levanta la cabeza por un par de aleteos que destacan sobre el sonido acompasado del mar. Se queda inmóvil, esperando si hay más. Vuelve al diario, pasa una página y lee lo que escribió esa misma tarde.

«A diferencia de lo que creí al comenzar mi viaje, los Andes no es un macizo que surgió de forma simultánea y como un todo. Es decir, las capas que lo componen no se levantaron al mismo tiempo. Del mismo modo, la costa en esta parte del continente de la América del Sur se ha elevado entre 120 a 150 metros, y en algunos lugares de 300 a 400 metros durante el periodo de conchas existentes. Más lejos, en el interior, puede que ese levantamiento haya sido aún mayor.»

Cierra su diario y lo guarda dentro del bolso. Se desviste y se tapa con las mantas. Apaga la lámpara.

A la mañana siguiente se despierta lentamente, como despojándose de un sueño hecho de capas. Luego de vestirse, amontona en una pila los objetos de la cabaña, para así no tropezarse con ellos. Encima de los bolsos con las piedras y las maderas fósiles coloca los bolsos de tela encerada con las pieles de pájaros, el zorro y los ratones, luego las cajas con líquenes y arriba, como coronando un altar impensado, la campana metálica con los escarabajos.

Sale afuera con su bolso. No hay nadie en la playa. Tras el techo de una casa revolea el humo de una fogata.

Camina hasta la orilla a pasos cortos. El cielo muestra unas nubes a lo lejos, al noroeste. Es probable que en algún punto del mar haya una tormenta. Un viento leve le llega en la cara, y Charles se acuerda de llenar sus pulmones con el aire marino.

Las olas se acercan y antes de llegar se hunden en la arena. Ya no movían el piso, no tenían influjo sobre él, pero le anunciaban, en susurros, que nuevos movimientos vendrían. Se ha dado cuenta del cambio. Desde que comenzó el viaje por el norte por momentos le cuesta respirar. Le ocurre todo el tiempo que se queda mirando una planta o un paisaje mientras piensa en otra cosa. Experimenta un quiebre completo y radical entre su mirada y su pensamiento, como si fueran entidades que nunca hubieran estado juntas. Echa de menos besar su cuello. Siente que todas esas risas compartidas fueron falsas, negligentes. Pero ¿negligentes de qué?

Se sienta sobre la arena y saca su libro de notas, también la pluma y el bote de tinta. Abre su libro en una página en blanco. Tiene vahídos de excitación y a la vez de agobio por todo lo que piensa y que no sabe aún cómo interpretar, qué es, por qué ve lo que ve, de qué modo se formó lo que siente. Las nubes de la Patagonia se le aparecen, el mareo

de Puerto Hambre, la primera fiesta con Isabel en Valparaíso, las pozas de Cauquenes, el clery y su risa escéptica y a la vez confiada, todo eso brilla como objetos de una vida pasada pero que también siguen presentes allí mismo en ese espacio, junto a él. Charles mira al horizonte vacío. Luego, llevando la pluma a la página, comienza a escribir.

Agradecimientos

Tuve la suerte de tener buenas lecturas desde un comienzo: gracias infinitas a Ignacia Valdivieso, Macarena Lobos, Alejandra Hernández, Luis Sauvalle, David Nuñez, Juan Carlos Echazarreta y Simón Ergas. Gracias a mi editora, Marcela Escobar, por su apoyo. Gracias, también, a Cristóbal Joannon y Andrés Couve, por las conversaciones sobre Darwin y sobre Chile.

Edición en formato digital: diciembre de 2021

© 2022, Ignacio Concha
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789566056775

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl